

VACACIONES DE VERANO

Comenzado el 07/08/2005 y terminado en algún día antes del 01/01/2006

TOMÁS LÓPEZ ALONSO

Reg. Propiedad Intelectual 02 / 2017 / 2823

tla.libros@gmail.com

<https://sites.google.com/site/tlalibroses>

PEQUEÑO ÍNDICE

EXPLICACIÓN.....	3
I - LAS VACACIONES SINCRÓNICAS.....	4
DÍAS PREVIOS.....	5
EL VIAJE.....	16
YA DE VACACIONES.....	26
LA VUELTA.....	70
DÍAS POSTERIORES.....	74
II - LAS VACACIONES DIACRÓNICAS	
<i>(de algunas partes del primer punto).....</i>	75

EXPLICACIÓN

El libro se compone de dos partes. Me gusta más la redacción especulativa, dada a rememoraciones y soliloquios. Las conversaciones y la vida de los hombres me asustan. Por eso, al no ser capaz de poder unir en una síntesis ambos comportamientos, es por lo que divido el libro en dos partes, una a la que llamo con el adjetivo sincrónica y otra a la que llamo con el adjetivo diacrónica. Mi amigo Andrés, el protagonista del libro, se refleja muy bien de esta manera. Tenemos parecidos gustos y formas de ver la vida. ¿Y qué mejor que verla en unas vacaciones de verano, cuándo las personas nos damos más a lo que somos y pensamos, alejados del maldito estrés de la ciudad?

I - LAS VACACIONES SINCRÓNICAS

DÍAS PREVIOS

Este verano va a ser muy distinto. Se intuye en su mente, como un fogonazo, como el relámpago que desciende impetuoso desde nuestras nubes, es decir, como meramente significa la palabra intuición. Durante sus próximas vacaciones algo va a ser diferente. Él veranea en los pueblos de donde son sus padres. Tiene ya 43 años y su estado civil no es lo más importante por ahora. Un nuevo atardecer algo más fresco cae sobre Barcelona durante estos días de mediados de agosto. Se prepara algo suave de cena, un poco de ensalada, queso, fruta y yogur, y la tranquilidad le vuelve a reconfortar. La vida todavía adquiere sentido cuando quizás el tiempo pasa de esta manera. Leer, un poco después, para antes ver las noticias en ese nuevo canal que continuamente ofrece la cruda realidad de nuestro mundo. Como son meros *flashes* los que se distribuyen cada media hora, donde las puras noticias violentas solo ocupan unos diez minutos, el mundo se hace mucho más aguantable, mucho más llevadero de esta manera. Contemplando como los niños mueren de hambre durante escasos segundos, puede que las armas y la siempre continua violencia humana, en todas las culturas y países, se diluyan mejor en el olvido.

Con su hermano queda de acuerdo para ver un dvd. No hay diferencias casi nunca. Ambos se aceptan sus gustos tan parecidos. Quizá él mismo es más dado a la ciencia ficción, al western, al terror, al *peplum*, a las películas de religión, al puro y sentido divertimento de antaño. Aguanta menos esas bellas películas más modernas sobre problemas cotidianos de la vida, tan bien hechas en otros países y que aquí no pasamos de simple *comedietas*, salvo excepcionales excepciones. Le gusta ver al enfermo mental desahuciado o comprendido por un niño, pero por la noche él todavía prefiere mero *entertainment* como bien aconsejaba Roger Corman. Esta noche “*Alien*” vuelve a atacar, y el terror ígneo, el del insuperable monstruo, se mece de nuevo sobre mentes tan deseosas de argumentos claroscuras. El argumento le va disponiendo hacia el cruel desenlace. La preparación, el acercamiento a planeta tan desconocido es lo que más les gusta. Vuelven a coincidir. Su hermano tiene 36 años y tampoco su estado civil nos interesa por ahora.

Llega el final de la película y ambos se disponen a dormir. Andrés se introduce de nuevo solitario entre las sábanas, pero no echa de menos la falta de compañía, situación quizás también absurda a estas alturas, incluso en esta sociedad de ámbitos tan variopintos y tan dada a todo tipo de liberalidades. Él de nuevo sueña con motivos asimismo por ahora extraños a nosotros, y tampoco sus rincones tan íntimos nos interesan. Incluso, éstos últimos no van a ser descritos fehacientemente en este libro. Así, que las cosas queden bien claras de salida.

Pronto de nuevo a dormir. Deseo que un nuevo sueño, de esos tan rotundos, de inmensa alegría, se me colme desde el Cielo. ¿Por qué la vida no podría ser como en esos sueños? Seguro que Dios nos tiene preparados esos ámbitos como futuro Paraíso. “*Seguro que nos la tienes preparada de esa forma.*” Y un nuevo gesto de

suave ironía surge en su interior. ¡Sí!, su ironía es tolerable, más al contrario, totalmente balsámica con los ánimos ajenos, ánimos tan necesitados de comprensión, de amor. Sí, el hombre y la mujer necesitan sencillamente amistad, a pesar de todo, del mundo canalla en que se mueven, de lo canalla que muchos de ellos y de ellas son. “¿Es simplemente ignorancia su comportamiento?” -hablamos del protagonista. No le importa ahora descubrir el algoritmo. Lleva tiempo no preocupándose por resolver o no poder resolver los silogismos. Él ya se sabe muy limitado, como hombre que es, y solo el tiempo, poco a poco, le irá enseñando. Ya únicamente prefiere pasar la vida, sentir el momento preciso, aunque con mayor profundidad que los que con locura saborean frutas y carne sin ningún rubor y con tanta prisa como si la muerte con la guadaña les esperase tras de la alcoba. A él no le preocupa el tiempo. Hace meses que ya ha comprendido, por fin, el funcionamiento de una vida sin complicaciones. Ya lo decía Séneca, ¿por qué preocuparse por lo que nos puede y sobrepasa? Ello lo único que hace es producirnos ansiedad y disgusto. Aceptemos lo que hay y en paz. Bueno... parece sencillo, pero por ahora dejemos que duerma.

Se levanta muy pronto para ir al trabajo, aunque ahora en verano ha robado una media hora al tiempo precisamente. La cama no tiene mantas y no hay jerséis ni camisetas que ponerse. El cuerpo se ducha rápidamente y es todo cuestión de temperatura el que uno vaya más rápido. No hay que calentar el baño. Andrés vuelve a rememorar sus próximas vacaciones y él sabe que incluso antes de disfrutar de ellas, las cosas son tan diferentes con respecto a otros años... No siente prisas, no está lo suficientemente preocupado por algo para que la sensación de angustia le invada; simplemente sufre lo justo y basta. Comprende rápidamente ahora. Los antiguos periodos de confusión han desaparecido.

El desayuno, tan necesario a primeras horas de la mañana, le vuelve a sentar plácidamente en el cuerpo. No sufre de dolores de estómago, de gases, de otras molestas disfunciones del aparato digestivo. No se va a quejar de nadie durante el trabajo. No va a molestar a sus compañeros con problemas que quizás en otras personas resultan tan molestos. Sencillamente cogerá el metro después de lavarse los dientes y se mecerá también en la lectura poco después. ¿Qué nos importa lo que lee si su variedad simplemente es segura? Él lee clásicos antiguos, clásicos históricos y clásicos contemporáneos no tan modernos. Reconoce que se pierde obras maestras, obras sobre los problemas cotidianos, como ya se ha dicho que hace también con las películas. Si acaso, gracias a su hermano puede ponerse ligeramente al día. Pero, ¿cómo compartir la lectura?... ¡Cosa de locos! ¡No!, no entremos en el silogismo, se dice. No es necesario. “*Por fin domino mi mente.*”

No nos interesa su trabajo. Son muchas las cosas que no nos interesan por ahora o definitivamente en este libro, pero dejemos en claro que no es porque no nos gusten, sino porque lo que queremos es observar simplemente las vacaciones de verano de

Andrés. No obstante, pasaremos como de puntillas por algunas de las actividades de Andrés, antes de que coja el coche hacia septiembre, incluida su situación laboral.

El chirrido del metro muchas veces es horrible. Le trastorna los nervios, ¡él tan concentrado! Pero puede leer, sí, se puede concentrar a pesar del ruido, a pesar del mal genio de la gente. Pero precisamente a esta hora de la mañana hay menos tumulto. Sin embargo, cuando sale del trabajo, muchas veces algo cansado o algo peor, le es posible también concentrarse. Estamos triplicando las palabras a propósito. Si Andrés no pudiera abstraerse, no aguantaría las miradas de la gente, el perder el tiempo mirando los mismos carteles u oír los estúpidos y molestos anuncios del metro, asimismo repetitivos, ahora que han permitido la televisión en el transporte. Malditos los que tan mal utilizan tan agradable herramienta. ¿Por qué ahora también invaden con sonidos e imágenes tan triviales, tan mercantiles, ámbito tan subterráneo? ¿Por qué no le dejan tranquilo con el acostumbrado chirrido y con sus suaves hojas blancas? Mirar a las chicas le gusta, pero puede sobrepasar límites obsesivos. Lo mejor es adecuarse a las circunstancias, asumir su situación e introducirse de nuevo en el entretenimiento literario, entretenimiento que con los clásicos se convierte en aprendizaje y hasta en cierto placer de la vida; de seguro que te comprometes con la Humanidad.

Las normas son necesarias en nuestro albergue social. La gente está entre la espada y la pared, a punto de saltar por cualquier nimio motivo, gente que ha sido, en líneas generales, apaleada por la vida. Incluso muchas veces los mismos vagos reciben sus coletazos. Son seres de todos los tipos los que trascienden, durante unas jornadas, su vida por este recinto, que pretende ser la catapulta que de nuevo les lleve hacia una existencia lo más ordenada posible. Sin embargo, la mente unas veces, las adicciones otras, el mismo carácter agriado por la falta de vida familiar, por la soledad, el propio engranaje socio-económico que los vuelve a expulsar, que ya no los quiere, les impide adquirir un camino que tampoco existe cuando muchos de ellos andan. ¡No, Machado! Querido Antonio, aquí el drama es muy distinto. No existe nada ni al andar. Sus vidas no tienen ya mucho sentido. ¡Aunque es cierto que hay que seguir! Y muchos no se refugian de nuevo en el alcohol, en el juego, en las mujeres, ¡no!, muchos hasta consiguen enderezar su vida durante unos meses, a pesar de las empresas de trabajo temporal, a pesar de esta sociedad que solo precia lo que tienes y nada más. ¡Sí!, todos tenemos que trabajar así más o menos hoy, pero toda la basura laboral cae con mucho mayor peso sobre este grupo de personas. Es mucho más fácil explotarlos. No tienen nada. Han perdido tantas cosas: mujer, hijos, sus ropas, sus libros y discos, todos sus recuerdos. Recordemos que este tipo de sociedad barre a los más débiles: a los enfermos mentales, a los que no han crecido en un normal medio familiar, a los que llegan de lejos. ¡Y claro!, también están contaminados por los vicios de nuestro presente. Ellos además presumen con su móvil, con sus juergas, con el poco dinero que en un día les hace parecerse al rey Midas. ¡Sí!, ellos también despedazan a sus compañeros de albergue. Ellos también se trampean y se engañan entre sí. ¡Hasta se roban! Pero ¿existe en otros ámbitos de

esta sociedad una utopía tal, una fraternidad o compañerismos cuales? No lo sabría definir de golpe ahora mismo. Será mejor acostumbrarse a dejarse llevar por el tiempo. Quizá más adelante, en otras circunstancias y con otros nuevos planteamientos, pueda aclararme más y poder asentarme en precisas conclusiones.

Y llega a casa a comer. Ahora se tiene que hacer la comida. Su hermano, no obstante, le tiene algo preparado cuando no va a trabajar. Llega a casa un poco cansado, pero durante este año las cosas de la casa las hace sin rechistar interiormente, sin quejarse de forma innecesaria. No sirve de nada mortificarse por lo que ha de hacerse finalmente. Ha aprendido que las cosas cotidianas son tan necesarias como la lectura de Tolstoi. Pero a ello le ha ayudado el cambio de medicación. El nuevo antidepresivo, que actúa sobre su problema obsesivo-compulsivo de manera eficaz por fin, junto a la terapia, le ha hecho ver las cosas de forma muy distinta. Goza incluso con la preparación cotidiana de su comida. ¡Por fin! De todas formas, este grave problema de salud, no merma el propósito de este libro, pues al hombre lo tenemos curado. Y curado significa que puede obtener de la misma cantidad de tiempo mucho mayor bienestar. Sí, ahora finalmente tiene mucha más definición, templanza y conocimiento. Ahora las ráfagas, las pinceladas sueltas, se hacen viento, se tornan composición.

Lo que tiene que hacer entonces, y puede, es practicar en la cocina. No basta con fritos y ensaladas. Hay que tener más variedad en los platos, no simplemente por una cuestión de salud sino también por una cuestión de gustos. Este año ya triunfa con los asados, y no son solo la carne o las butifarras las que se chamuscan, sino las pechugas o filetes de pollo igualmente. Su hermano tiene éxito en las legumbres y en el arroz. Las verduras son congeladas como también las pizzas, las lasañas y el pescado, pero ¿qué podéis esperar por ahora de semejante personaje? Recordar que es hombre y que el tiempo no le sobra precisamente. Él debe pensar, escuchar música, hacer muchas más cosas que no entenderíais: él debe soñar. Como la fruta es abundante, y las almendras y los yogures se adueñan de la noche, no hemos de ocultar que la dieta se ha tornado mucho más equilibrada este año. Debemos insistir en que los fritos han descendido mucho.

Las otras tareas de la casa van también por mejor camino. El lavar los platos no resulta ya pesado. Su hermano pone las lavadoras. Cuando llega el fin de semana, nuestro héroe hace una pieza de la casa a fondo y la suciedad no tiene porqué comer a nadie. Cada dos o tres días, según como esté la tierra o el sol haya pegado, riega las plantas como le ha indicado su madre. Se va quitando el polvo de las partes más sucias de la casa e incluso el agua del cubo se va cambiando cada dos días. Se le echa un chorrito de fregasuelos aromático y la casa huele como un primor.

Mis padres disfrutaban durante el verano en el piso del pueblo. Ellos ya son mayores pero tienen una juventud en sus setenta años que yo ya quisiera. Llevan muy bien sus

pequeños problemas de salud. No quieren viajar con viejos porque solo hablan de enfermedades como si el autocar fuese de la Cruz Roja. Allí, en el pueblo, prescinden de sus hijos, están más sueltos aunque también nos añoren. Les queda menos, pero ese temor es más propio de mí y de mi enfermedad que de la realidad. Aunque también es cierto que a primera vista, y por la lógica natural, ellos se tengan que ir mucho más pronto. Pero he aprendido también esto desde hace pocos años, y mucho mejor desde este último: el miedo solo aparece cuando nos obsesionamos. Ellos viven el día a día, pero no de forma absurdamente material. Son los momentos. Aprovechan lo saludable que es tomar el desayuno al sonido de los pájaros sobre los tejados, o como por la tarde es tan natural, a eso de las siete y media, cuando ya es más posible salir al campo y coger de los árboles algunas primeras frutas. Las montañas que rodean y cruzan el pueblo por todas partes estabilizan sus vistas, les ofrecen trascendencia incluso. ¿Qué más desean? Era yo el que les deseaba cosas que no necesitaban. La vida ya no la mido por los años que la componen, sino por su intensidad.

Mira, ya vuelven a llamar, ya tienen móvil. Solo utilizan lo que realmente necesitan. Saben descolgar, colgar y llamar. Este año estamos mucho más comunicativos, y realmente es comunicación lo que tenemos, porque se habla con ganas por el maldito teléfono.

La muerte es tan diferente para unos y otros. Andrés por fin ha controlado una idea que a lo largo de su vida ha resultado de diferente color. Su contenido era el mismo, pero la ejecución, cuando se hacía energía cinética, casi siempre terminaba en depresión. Su enfermedad no le dejaba ninguna otra opción. Pero ahora, alejado de aquellos turbios y *magnetizantes* días grises, de aquellos largos periodos de marasmo vital, disfruta por fin de algo que quizá se podía entrever entre los millones de líneas que han forjado teólogos, filósofos y hasta científicos; de las miles de obras que poetas, artistas y músicos han fraguado también, pero que una persona siempre ha de poner en orden asimismo... Porque cada uno dice la suya y sin ningún rubor (parece que no sean hombres ni mujeres ninguno, ninguna, los del primer grupo) dicen cosas que hacen daño, pero que mucho daño. Los segundos miran más por las emociones, por lo que te alejan del infierno para acercarte al posible Paraíso, ¡qué diferencia! Su teoría, la de Andrés, que es cierta, cree en ese Dios de Jesucristo, pero muy a su manera. Está ciertamente alejado de ciertos conceptos de la Iglesia Oficial, de eso que llaman magisterio eclesiástico, ¡y que sí!, que tiene que existir un orden en las cosas, una idea fundamentalmente mínima de la que partan todos los tentáculos concepcionistas sobre el sentido de la vida con Dios. Pero a veces, a veces están tan alejados sus elementos institucionales de la lógica de esta misma vida. ¿Han leído, han sentido con el corazón, o simplemente han razonado e ideado los Evangelios a sus intereses más cuadrados y así injustos? No sin certeza los misioneros del hambre ven un Dios tan distinto de aquel que conforman religiosos del primer mundo, tan

rico y sobrado en ciertos grupos sociales. ¡Ay éstos!, siempre respondiendo con que no podemos tender hacia una religión a la carta. Siempre controlando. Sin embargo, ¿por qué no tender hacia una religión más hacia la justicia?

La muerte vendrá a por sus padres porque esa es la regla que instituyeron Dios y el hombre y la mujer como respuesta. Sin embargo, el hombre y la mujer de por sí ¡qué orgullosos se ponen cuando quieren explicar algo! El hombre y hasta la mujer, esos seres que solo saben mezclar cosas o realizar hasta alguna que otra reacción química, para que coches y trenes rueden, para que aviones y cohetes vuelen, para que ordenadores y agendas electrónicas guarden datos... El hombre y alguna mujer a la que se le ha dejado, grandes creadores de especies... de mundos... grandes controladores de la fuerza primaria y energética... Nos dan miedo si un día fuesen capaces de algo mucho más serio. Su orgullo sería inaguantable.

La otra explicación es más clara y sentida para Andrés y sus padres. Dios es el único que puede combinar las reglas para que nuestros seres queridos mueran y después resuciten, para que en centurias ulteriores todos se puedan reunir de una manera tan energética, al modo judaico, pues la resurrección de la carne ¿por qué no ha de poder ser? ¿Y por qué este juego de vida y muerte y no de vía siempre perenne? Yo no me aburriría. Se aburren los tontos, con perdón. No sé, no sé, pero dejaré todos estos dilemas para obras más posteriores también.

¿Por qué no podremos gozar de una resurrección real? ¿De una resurrección del mundo, que algunos sí hemos podido llegar a gozar, a pesar de muchos sacrificios, a pesar de algún sufrimiento?... Los abuelos murieron con la necesidad continua. Con algunos atisbos de abundancia vivieron las abuelas. La explicación de la vida y de casi todas las religiones es esa búsqueda del Más Allá, esa indómita persecución de la vida después de la vida. ¿Porque no podemos contentarnos con ese limitado periplo al que muchos ideólogos de cierto tipo de lógica alaban, contentándose con esa estúpida estampa, muy lírica para ellos, de esparcirse por el mundo en forma de cenizas al final de su vidas, como si este mundo fuera jardín y edén en todo su orbe? Siempre hay que pensar la mejor de las intenciones y no caer en el pesimismo. Las cenizas no tienen por qué veniros a la cara porque no tengamos ni idea del comportamiento de los vientos, o no tienen tampoco por qué caer en un estercolero o en las estribaciones de una carretera. Parece que las modas corresponden a ese tipo de gente que no gustan de mayorías, que se oponen el seguir a las masas, pero que muchos no dudan en azuzarlas por puro negocio. Llegado un momento, solo hay que atizar en esta ocasión a las mayorías para que sigan los pasos de las minorías, con lo que todo se vuelve una vez más paradójico. Ya entierran los menos; es más barato además. Pero pienso, como el Céline bueno, que es mejor que quede algo siempre, por si acaso. Y así me obligo a ir a un lugar concreto a honrarlo, a honrarla físicamente, aunque siempre pienso todos los días en él, en ella. Sin embargo, yo no voy por ahí. Yo razono con los sentimientos y me opongo a escudarme tras estos nuevos políticos y

artistas que creen en esa inmortalidad, ya muy antigua, de la palabra, de la obra propia. ¡No!, es mi cuerpo y mi alma, es decir, yo soy el que quiere continuar viviendo, de esta misma manera si es posible, y si no, con la mejor conciencia, a modo de esos maravillosos sueños que de vez en cuando tengo, de esos sueños que rozan el Paraíso, el edén mágico, el paisaje sucinto y alejado de toda violencia, sincopado con el libre deseo que huye de cualquier mezquindad, que está pleno, sin embargo, de ese querer sencillo e infantil, primario.

Una tarde de verano en una gran ciudad puede perseguir los pasos fantasmales, claroscuros de nuevo, de un museo. Después de una escasa siesta, coger el metro y dirigirse al museo marítimo de Barcelona. Mientras el sendero de la visita transcurre por las viejas piedras de las antiguas atarazanas, no puede olvidar Andrés su extraño y verdadero sentido de la Historia. Uno tiene una hipótesis, una idea, una tendencia, y ellas se hacen hasta insufribles, pero es imposible dejar de creer en ellas. Cuando de pequeño imaginaba, sin apenas leer, solo contemplando los mismos museos de hoy en día, cuando miraba los documentales televisivos u oía a profesores y locutores expresarse en hazañas, en sufrimientos y en esperanzas, creía en una historia lineal de imperfecciones, que poco a poco mejoraban por el claro camino marcado por Dios. Más aún, la Historia no podía existir sin ser así otra vez, y guerras, pactos, cultura y arte eran por sí y para todos los demás. Junto con su amigo Miguel irían a bibliotecas y archivos para empaparse románticamente del bello mundo que la Humanidad siempre está forjando en nombre de Jesús. Sin embargo, dios se le acercó más en esa terrible etapa que se llama adolescencia, y entre enfermedad y razonamiento se produjo una destrucción, un cataclismo vital dentro de sí, que hicieron repeler y huir sus antojos de esa mayor y gran disciplina que es la historia humana, donde religión, filosofía, ciencia se suman para formar un entramado explicativo que muchos vocean ásperamente para el gusto de Andrés.

Si el fin del hombre es la perfección, el Paraíso como promesa y acto, cuando todos podamos cumplir mayormente la palabra del Padre con nuestros semejantes, terminará con la Historia: habrán terminado entonces los momentos de placer en la biblioteca, de mirar hacia el cielo azul, pletórico en nubes por la victoria de una idea. Porque Andrés no puede concebir dentro del plan superior a pecadores y no pecadores. Todos tenderán hacia la bondad universal, por lo que ya no habrá necesidad de disputas, de filosofía dispares, de tumultuosas hipótesis científicas, porque todo ya lo entenderemos mientras nuestra única preocupación será vivir en comunión con todos los demás. Las guerras, sus bellas armas, las industriosas artes que las crean, ya no existirán. Cientos de miles de libros desaparecerán. La literatura incluso habrá sido un espejismo, porque de seres inmaduros se forma su alma. Los avaros, los envidiosos, los egoístas, los ambiciosos, los extraños amores solo aparecerán en las páginas blancas, pero ya no en la fundamentación de la vida. Es cierto que todos los hombres y mujeres necesitaríamos de otra oportunidad y de un

claro aprendizaje para que nuestros impulsos y deseos tendiesen hacia ese fin supremo, pero ya no serán necesarios que teólogos, filósofos, científicos y artistas se esfuercen por crear nuevas y entusiastas teorías. Los óleos representarían visiones realistas de la naturaleza o del mundo que nos rodease allá. Los versos trocarían mil veces sobre la misma estampa del amor. La música por sí misma puede que fuera la única virtud múltiple por la que valdría la pena vivir. El sentido de las cosas ya no sería necesario.

Andrés, con su carácter o enfermedad obsesiva, perdería, dicen, los mejores años de su vida en caer y tomar, siempre el fin, por la vida presente. Ya no tenía sentido estudiar la Historia, la moral, la antropología de pueblos y civilizaciones.

Sin embargo, con mi curación, con la concepción que todos estos años también me han regalado, pues aunque no me lo pueda creer, son muchas las oportunidades que he tenido para aclarar mi mente, para calmar mi exacerbado y enfermizo ímpetu, ¡pues sí!, que al final ha valido la pena tanto sufrimiento, que aunque mayormente ha sido inútil, ocupando mi preciado tiempo, al fin he podido ver otro amanecer dorado e ilusionante, esperanzador, y valga la paradoja, hasta congruentemente histórico. Los hombres y mujeres nacemos para aprender a comportarnos en esta vida con nuestro cuerpo y con nuestros deseos; para saber respetar nuestro medio, para desear incluso que nuestros semejantes vivan con nosotros de la mejor manera posible. Y eso se alcanza tras la experiencia, tras el paso por la Tierra de muchas maneras. ¡Qué cantidad de vidas se truncan de repente! Cuantos defectos no se han vuelto a modelar de otra manera. Cómo con la muerte nuestro proceso queda inconcluso. No puede ser así. Dios o como le queráis llamar, elegir si preferís a la Naturaleza como ama y señora, no nos puede abandonar. Debe de existir más tiempo para que nuestros actos se juzguen y se afinen de una mucho mejor manera. Remodelándonos de nuevo quizá encontremos ese fin casi perfecto de nuestros deseos, porque claro, nosotros, los que tenemos asentada ya la cabeza, no creemos en la explicación del mundo a partir de la selección de las mejores especies, sea biológica o cultural dicha selección. Tampoco creemos que unas razas se impongan a otras aceptando el modelo humano. O que culturas de cariz superior tengan que imponer sus modelos a otras menores. Sí que creemos en que algo, que debieran ser universales, como la música o el arte, como la tendencia del hombre hacia el silencio y hacia la frugalidad de sus actos, habrán de extenderse como las aguas sobre los fondos de sus cuencas.

Y como la magia se dispone a lo largo de toda mi obra, os puedo recomendar ya la *pentalogía Vida Perfecta*, que en pocos meses va a comenzar a redactarse, pero que va a necesitar de años para reafirmar su significado. Es en ella donde encontraréis sentido a una vida sin guerras ni pecado, totalmente civilizada, ¡ésta sí!, donde en apariencia no hay Historia, pero que es el trasunto, el hecho de vivir y respirar, de apreciar los colores, la misma vida pacífica, ese día a día siempre así, el que irá

rellenando capítulos y capítulos con todo el sentido del mundo. Los hombres y mujeres de este paraíso en la Tierra elucubrarán durante toda su vida sobre todo lo que no han de hacer y sobre todo lo que sí han de hacer con el mayor de los amores. Sin haber asesinatos ni robos ni ninguna injusticia a las que tanto estamos acostumbrados desde siempre, existirán la literatura, el arte, la teología, la filosofía, ¡cómo no, la ciencia!, y la Historia tal como la concebimos, meramente elucubradas en nuestro pensamiento para debatirlas en clase, en el trabajo, en el café y no sobre los cuerpos asesinados del campo de batalla. Sea este el sentido perfecto que necesitaba Andrés en su crisis obsesiva, por la que padeció inútilmente, por la que perdió mucho, y donde lo único que se salvó es que al menos pudo ir recogiendo, de manera muy intermitente, momentos y saberes que su memoria fue acumulando para rebosar muy positivamente en el momento a partir del cual se fue curando. Es decir, que al menos va a disfrutar de unos pocos años verdaderamente vitales y bien felices. Eso ya lleváis de ventaja sobre Andrés, y que es mucha, os lo aseguro.

El museo Marítimo de Barcelona muestra sus distintas artes, pero la Historia ya no la concibe Andrés como resultado de una evolución. Sí que de esa forma ha sido la historia arcaica y la peor del hombre, que entre barcos piratas, galeras y cañones, los esclavos han sucumbido al ritmo de sus remos desde Roma hasta Nueva Orleans, desde las bahías de Asia hasta las rutas del Sur. Esa historia es bonita viéndola en los troquelados de libros de tan preciosos colores o en la construcción de naves que a los niños tanto gusta y que a las personas de edad madura tanto apasiona como arte mayor del coleccionismo. Los museos pueden ir adquiriendo, poco a poco, una fundamentación universal del hombre (y de la mujer; no nos olvidemos). Pero será despacio. Tendremos que aprender despacio a saber afrontar los nacionalismos. Puede que hasta se esfumen entre las cenizas falsas de las cuales surgieron. Y no ocurrirá nada. Andrés fue español como el primero, pero ahora, sin haber cambiado tanto su honda forma de ser, sino aprendiendo a reinterpretar mejor las mismas cosas, es simplemente español por las palabras que pronuncia, pero sin ninguna preocupación más. Ni catalanes ni vascos, con todos los respetos; no es que la idea de España sea falsa de salida y la vuestra cierta, ¡no! Es que todas se engañan detrás de las mismas tinieblas. Separar en vez de unir. ¡Claro!, soy hijo de emigrantes y tengo más de una patria y deseando siempre tener muchas más, es decir, comprendiendo simplemente a los demás, a los diversos y diferentes.

Qué bellos barcos. Habiendo perdido su sentido en el otro mundo fragatas y portaaviones, quedan los del transporte, los de pesca y los alegres transatlánticos que ayudan a contemplar los diferentes colores que hay en otros lugares del mundo. Digo, que los buques comerciales no entienden ya de especulaciones y de la división entre naciones productoras de materias primas, naciones productoras de productos manufacturados y naciones consumidoras. Todas se intercambian por igual porque

los sueldos son iguales, las ganancias equilibradas y el consumo equiparable. Claro, que la regla no la dicta la economía ni ninguno de sus teóricos manifiestamente interesados. No hay ciencia que explique o justifique ciertos actos humanos. No hay matemática que nos engañe con la magnitud de sus ecuaciones. En definitiva, ni teólogos ni filósofos ni ningún científico ya nos embauca con la firma de sus libros. ¡No! Es simplemente la ecuación del amor la que por fin ha triunfado, y por tanto ya no existen las oficinas de abastos ni muchas de las operaciones de bancos y cajas de ahorros, puramente especulativas, verdaderos ladrones todos. ¡Ah, que bien me sienta el fundamento de esta línea que quiere que sigamos Dios! Ya no hay más. Así las cosas han de ser para que la vida sea respetada, para que ningún Caín vuelva a caminar más sobre la tierra, para que el puñal no acierte a abrir los corazones inocentes. Sí, este es el fin, y solo debemos trazar un plan de entretenimiento futuro para no aburrirnos. Mientras tanto, son de nuevo los claroscuros los que anuncian románticos sentires a la luz de pacíficas murallas que protegen del sol y de las lluvias los espacios interiores. Es el tiempo en que veo la exposición, junto a mi hermano, algo concedido por Dios. Urge que llenemos nuestras vidas de vez en cuando con algo de trascendencia. Y estos pequeños acontecimientos, como ver una exposición, no más allá de su verdadero ofrecimiento pacífico, son las hazañas que a partir de ahora deben regir mi vida.

Ya solo les queda coger el metro en *Drassanes* y dirigirse hacia su casa. Hace años, cuando vivían en el mismo barrio donde el puerto, junto a Santa María del Mar, todo era más tranquilo, todo era más obrero incluso. Hoy son unos nuevos emigrantes, mucho más allá del mar, los que ocupan sus lugares. Sin embargo, la vida se ha corrompido asimismo con el paso del tiempo. Hasta hay pijos y supuestos artistas que han remodelado las viejas viviendas para su supuesto goce intelectual. La droga y el alcohol se combinan en una vorágine nocturna que alcanza a muchos jóvenes que creen divertirse mejor así en el viejo barrio. La delincuencia ha aumentado con el crecimiento del turismo. Y el materialismo de nuestro tiempo ofrece la imagen, ya en toda Barcelona, de que se puede ser mejor que cualquiera de nuestros semejantes porque simplemente llevemos una marca encima, algo que nos cubre y tapa los ojos. Se ha perdido y se ha ganado. Se ha perdido el que los antiguos campesinos, ahora ya envejecidos en la ciudad que les acogió, a pronto morir incluso, no puedan continuar dejando entre sus generaciones futuras el teñido de la frugalidad y del contentamiento. Son los nuevos extranjeros los nuevos campesinos. Pero pronto se olvida el bello mensaje porque la televisión y las mayores posibilidades engañan pronto a todos los hijos. Andrés y su hermano huyen pronto de ahí. Se instalan en su casa en el nuevo barrio, y aunque los pecados parecen mucho menos concentrados en él, mucho más tolerables, porque aún no es un barrio verbenero y juerguista, abunda en los mismos defectos de la gente. Dentro de su agujerito, de su piso primero, ponen una nueva película o leen algo distinto y diverso para no sentirse como meros peones más del maldito juego moderno en que se han convertido las marionetas.

Ya compra lo que su madre le dice que traiga. No es mucho, pero aprovechará el viaje en coche para llevarle algunos productos que son más caros en el pueblo o que tienen que comprarse en Calatayud. Sueña ya con instalarse a sus anchas y maneras en la paz y la calma de un pueblecito de Aragón, que aunque no está libre de los vicios de la sociedad contemporánea, sí que aún subsisten, aunque de manera muy deslavazada, las formas rurales. Y entre las formas rurales están las positivas, como el cuidar sus huertos sus tíos. Ayudan a que la cesta de la compra sea mucho más barata y a que los campos todavía tengan dibujadas de parcelas su alma. Es triste que hayamos mejorado y empeorado. Nunca puede ser todo a la vez. Nuestros jóvenes ya no cuidan los campos. No son productivos, claro. Gracias al mercado, el maldito mercado, las frutas y verduras son más baratas usando de tierra y mano de obra intensiva, y también ya todo sin sabor y ningún color de ningún paisaje. Internacionalizando países y regiones, precios sobre costes, se consiguen mejoras y nuevo tipo de injusticias. Los primos de Andrés no pueden ir al huerto después de trabajar porque prefieren beber hasta emborracharse en su tiempo libre. El huerto puede funcionar durante los meses más cálidos, que pueden ser tres o cuatro al año. Más no son ya como sus padres los hijos. Una nueva sapiencia se apodera de todos ellos. E incluso de mí.

Mejorar sí que se ha mejorado en relaciones personales y en la denuncia de las injusticias. Ya no se ve tan mal, incluso en los pueblos, que vivan juntos dos hombres o dos mujeres. Sea el origen que fuera el que los enamoró de esa manera, no veo en los Evangelios nada censurable con respecto a que dos hombres o mujeres, si realmente de alma así lo sienten, convivan juntos. Podemos hablar más libremente aunque nos sigan echando a la puta calle desde los trabajos. O sencillamente, tenemos que aguantar nuestro periplo laboral, porque los cambios que quisiéramos hacer son imposibles de hacerse. Veamos y leamos películas y libros que nos cuiden el ánimo. Solo así es más sufrible esta vida en el primer mundo. En los subsiguientes mundos todo depende de cada situación concreta, de cómo a cada uno se le haya asignado su puesto en el cosmos. Pero serán tratamiento de más adelante.

EL VIAJE

Ya están las bolsas preparadas con lo que hay llevar al pueblo: su música en cd's mp3 para que el ordenador ofrezca mayor abundancia mientras escribe en su ordenador; los libros ya leídos para devolverlos a la biblioteca de su piso en el pueblo; lo que le pidió su madre; el móvil, el dinero, las llaves, los documentos, unas cintas para el casete del coche. Los bocadillos ya están preparados en la nevera. La caja de mantequillas que le ha dado su jefe, pues sobran del *catering* del albergue, también aguardan en su fresco compartimento. Mañana por la mañana no se olvidará. Ahora es mucho más metódico. Su cabeza no olvida. La mejora en la enfermedad le ha hecho más efectivo. Toma con gusto la medicación, hoy dos horas antes de lo habitual. Hay que evitar efectos secundarios como la cabezada. Pero su dosis baja y la claridad que la propia curación en su cabeza produce, le disponen a que el viaje tenga un completo éxito. Solo a 120 kilómetros y sin preocuparle que le adelanten, facilitando incluso a los demás el paso. No importa que sea un percebe el que le adelante. Él incluso le ofrece amigablemente el camino. Son tiempos de madurez y de entender, de saborear por fin y como nunca una canción como *It Started With A Kiss* de *Hot Chocolate*. De jóvenes, cuando impetuosos, al intentar situarse en la vida, las conclusiones no siempre fueron las mejores. Él sabe ahora que la velocidad muchas veces enseña cruelmente en el último momento, cuando ya no es posible hacer volver a la vida a sus seres queridos. Él no ha sufrido ningún hachazo en la carretera. Sin embargo, parece saber las consecuencias. Sí que le puede dar un sentido romántico a un viaje, intercalándolo de buenas canciones y de mejores recuerdos. Pero ya hay gente en esta vida que no pueden ya ver un coche o una carretera.

Ya son las cinco y la ducha y el acicalamiento van transcurriendo como el café y las galletas con la leche. Va a por el coche y no es necesario ponerle gasolina hasta que pare en el área de siempre en la autopista, donde tomará el primer bocadillo y el siguiente fuerte café solo. Para el coche en la calle y sube y baja unas cuantas veces al piso hasta cargar el escueto equipaje en el vehículo. Se despide de su hermano que también se ha levantado para ir a trabajar y atraviesa la solitaria ciudad, a estas horas de sábado, libremente. Emergen las luces de sol poco a poco mientras el mercurio y el sodio cada vez están más alejados. Las nuevas ciudades son mucho más pequeñas y ya no tienen tantas luces encendidas. Es el campo el que poco a poco se impone. Sus pinos, los autóctonos y los de la reforestación, las vides que hacen ricas unas marcas de buenos vinos y cavas, transcurren a ambos lados de la autopista. Polígonos y naves industriales se ofrecen como riqueza o como exposición geográfica adecuada. Andrés ya ha acostumbrado la justicia a la injusticia y la injusticia a la justicia. Su mundo ya no se muestra tan radical. Prefiere una forma de ver sincrónica. Huye de la Historia, del discurso diacrónico. Los orígenes de la mayoría de formas humanas atienden a la injusticia. En este caso las industrias y polígonos se adecúan a las posibilidades. Sus productos se venden bien en nuestra sociedad capitalista, incluso se fabrican, hasta que los costos puedan enfrentarse contra la realidad. La mano de

obra se abaratará con nuevos esclavos extranjeros o en tierras bárbaras. Conseguiremos enfrentarnos a China, a esa mano de obra inmensa totalmente controlada por el partido y por el propio carácter del chino, tan trabajador hasta la extenuación, tan pusilánime. Y la palabra de Dios vuelve a insultarse por todos, europeos y asiáticos, americanos y africanos.

Esas ideas raras que corren por mi cabeza, que no entienden de reglas económicas ni de estudios estadísticos, y que solo creen en la regla absoluta de la fe y del amor. Sí, de ahí puede surgir mi carácter obsesivo. ¡No!, más bien soy así, tajante, y mi fondo motor propenso a la enfermedad no quita para que puedan imponerse alguna vez las reglas del amor, y sea entonces cuando todos trabajemos en una gran industria internacional que no obedezca a ganancias superiores por la reducción de costos, sino que simplemente nos contentemos con ese salario que nos mate el hambre y la necesidad, cuando al tiempo nos regale unos bellos denarios para ese otro ocio pequeño y nada pretencioso como el que puedan ser un libro, una cena, un viaje.

Y las industrias continúan atravesando su vista mientras las tareas agrícolas en granjas y modernas masías inundan cada vez, con mayor profusión, el paisaje. Un estudio geográfico comenzaría a dirimir, como hacíamos hace poco, pero ya las nuevas reglas no son las económicas. Todo ha de cambiar con el seguir de los tiempos. No deja de sonreír irónicamente, pues él ya sabe que de presagios no se puede vivir, aunque tampoco podremos aguantar mucho si caminamos de esta manera. Pero él no es un héroe típico y tampoco se va a poner a vocear por plazas y universidades donde tampoco le van a hacer caso y donde solo de loco le tildarían. Él ahora prefiere disfrutar del viaje, del poco espacio y tiempo del que dispone, y sean sus actos, los que son posibles y a los que puede controlar, esos tan pequeños que afectan a los seres queridos que le rodean, lo más benéficos posible.

Antes de *Lleida* para en el área de servicio de las Garrigas. Toma su bocadillo y su café. La modernidad ofrece grandes espacios, sentidos circulatorios con dos carriles, señales que se ven fácilmente, seguridad al volante. Los tiempos modernos, cogidos de esta manera sincrónica, muestran toda su parte benéfica. El cielo es azul, el silencio solo es rumor cuando el lógico pasar de los coches. Los gorriones juguetean alrededor mío como cuando vamos con mis padres y mi hermano. Mis padres, sintiendo un candor ancestral y humano, les echan migas de pan, los quieren y se divierten viéndolos, viendo a la naturaleza hacer. No son viejos y rudos hombres de campo. No son nimios e insensibles personas de ciudad. Son habitantes que han visto los animales en el campo pero a los que la palabra de Dios les ha sido dirigida. Sin embargo, y de ahí mi suerte, han creído de pie juntillas en ella para querer a los animales y para no querer leyes que perjudiquen el sano vivir del hombre y de la mujer. No han estudiado, no saben lo que es un libro de texto. La tele se les entregó, sin embargo, como uno de los primeros regalos de la ciudad, al poco de casarse. Aquella primera televisión... Son una especie rara que intuye lo positivo y que con

comida y alguna buena película se bastan. El cine... Así, esos gorrioncillos, reciben desde mis manos las migas amablemente. No piensa mi cabeza, salvo por mi inevitable enfermedad, en aplastarlos o en que sean atropellados, por las pesadas ruedas de un coche, semejantes cuerpecillos. No, consigo casi inmediatamente, mirar al Cielo y volver a pedir su favor. Y los pájaros vuelan y se acercan de nuevo porque saben que yo no les voy a hacer nada realmente. Algunos pajarillos, seres tan frágiles, se quitan la comida unos a otros. Sin orden ni concierto no se preocupan de la menor habilidad de alguno de ellos, de alguno enfermo incluso. Soy yo el que se acerca y el que decide darle en plena boca el maná a uno de ellos. Explícame Señor, y no te lo exijo, ¿porque ellos no pueden ayudarse más unos a otros salvo en rarísimas excepciones? ¿Por qué el hombre no utiliza más de ese regalo celestial tuyo cuando es el único preparado para ello? Mi albergue podría tener un mayor sentido, pero yo, con lo que puedo hacer, hago lo que considero necesario. Sí, debo realizar miles de equilibrios entre mi inteligencia, entre mi miedo, entre las normas, entre mi deber como cristiano y entre lo que me suplican los ojos de todos a los que veo sufrir. Creo que me voy a ir tranquilo de esta área de servicio. Antaño mi enfermedad, mi tremenda confusión, hacían estragos dentro de mí.

Pero antes pide que le aguantemos una vez más con su música. ¡Ay!, aquellos años, aquellos 70's infantiles cuando iban al pueblo en tren. Oía la música desde los transistores ajenos, desde las gramolas de los bares, y como entre recuerdos, sueños y momentos actuales, que no termina muy bien por concebir, realiza una recreación del ambiente que gente como *The Raspberries* hicieron mágico. Venga el *Go All The Way* de 1971 cuando la ciudad comenzaba a surgir a su alrededor y la comprensión infantil intentaba saber cómo era la satisfacción de futuros ambientes, de futuros estudios a los que deseaba. Este grupo une al rock duro la balada, a la balada la fuerza, al sentir el romanticismo. Y si es Andrés quien quizá realice dicha síntesis, no nos debe preocupar, porque *Eric Carmen* y los suyos, desde la parte mágica y benefactora de América, nos regalan los oídos con sonos deseosos y ciertamente intuitivos. ¡Qué mejor para ciertos momentos! Para Andrés, qué mejor cuando su sentir vital se muestra tal como es ahora, entre el pasado, el presente ¿y por qué no también hacia el futuro?

Los árboles pasan y más ríos y valles secos se van dejando atrás; Zaragoza se acerca y la modernidad, vista de esta manera, todavía le da esperanzas a Andrés. Un último detalle de nuestros amigos con *I Saw The Light*, con *Don'T Want To Say Goodbye* o con *Nobody Knows* le hacen atender esos kilómetros que pasan de la mejor de las maneras.

Y los años ya no volverán, pero ya eso no le preocupa, porque todavía puede casarse y concebir un futuro más trascendente. Él sabe que todavía puede hacerse, pero que las cosas debieran considerarse a su manera.

Manera tan mágica de ver el pasado. Tanta música puede que le embriague, pero envidia tal bebida, envidia sencillez tan llana y tan alejada de impertérritos radicalismos. Toda esta conclusión enmarañada hace concebir una última esperanza a

nuestro planeta. No nos asustemos por coger entre nuestras manos cuestiones gigantescas. Solo la imbecilidad las hace sagradas, alejadas de nuestras manos para que seamos meras herramientas de poderes y reyes, para que seamos estúpidos consumistas. Dios lo hace todo mucho más fácil. Ofrece sus gorriones, no muy solidarios entre ellos, para que Andrés o Jaime los repinten con otros matices. Ya *I Wanna Be With You* le hacen recordar sus infantiles correrías por el pueblo, sus cercanas gamberradas, sus caminatas por el campo y huertas, su consumo compulsivo de frutos secos y golosinas, sus *petardadas* en fiestas, su pequeño ingenio. Pero todavía quedan kilómetros hasta Alhama, todavía hay que esperar un poquito más, y es por fin, ahora, hoy en día, cuando su paciencia se ha hecho cuerda.

Llegados a Zaragoza, bordea por la autopista la ciudad. El tráfico puede ser terrible, pero también la paciencia y el cuidado, ¡cómo no! la costumbre, nos pueden hacer virarla con seguridad. Zaragoza cruza el río Gállego, los polígonos, la misma urbe, el Pilar, el Pilar!!, el Pilar!!!, el río Ebro, el pasado. Siempre Andrés tuvo que mirar hacia el pasado cuando sus problemas emocionales y de salud, cuando la base teológica, filosófica o científica o como preferirais –él prefiere todo a la vez y de manera inescrutable- se deshizo en mil pedazos. Comenzó de nuevo, y ahora las memoraciones pretéritas no son obsesivas ni terriblemente necesarias. Recuerda el pasado de manera dulce y es el presente el que recoge esos frutos de forma sencilla. Así, que pasar de nuevo por la urbe no le obliga a que tuvo que hacer aquello, a que los estudios debían de haber versado sobre otras cosas, a que sus relaciones podían haber sido mejores. ¡No!, la vida es precisamente esto, una superación continua de nuestros defectos, de nuestras ideas preconcebidas. Si nos mostramos airados con los demás, podemos pedir perdón aunque nos cueste, nos cueste. La práctica con y no contra los demás, para él es una forma de superarse. Incluso con personas muy difíciles, sus pequeños pasos pueden representar muchísimo. Él es tan limitado, como cualquier otro hombre o mujer, que si no cesa de intentarlo, en mejorar esos propios intentos, puede de sobra mostrarse hasta orgulloso, al menos hasta tranquilo. Y Zaragoza va desapareciendo, va meciéndose en su horizonte para que las fábricas cada vez sean menos, los últimos barrios dormitorio se hundan en sus cimientos y el aeropuerto y la feria se despidan con aires dulces y moderados. Hasta transcurre pacífica la base aérea; vista así es hermosa. Hacia Madrid.

Tengo 43 años y a pesar de todo estoy bastante tranquilo. Si pudiera encontrar esa chica de la que todo hombre alardea y que tanto se busca como ideal, quizá por ello mismo, por ideal equivocado, sería tan feliz... *Moody River* de Pat Boone suena en el interior de su coche, pero reverberando en todo el espacio llano y amplio que tiende a subir hacia *La Muela*. El coche se alza con fuerza por esta impresionante cuesta curvada. Deja camiones y algún otro vehículo más lento atrás. Pero él mismo deja que le alcanzan los coches mucho más veloces y potentes. Él solo quiere combinar música, seguridad y vida. Ni tan siquiera ahora puede apreciar totalmente a Pat. No se pueden hacer varias cosas tan a la vez.

Atrás quedáis, Zaragoza, sobre el llano estepario, encabalgada por el norte por esas orientales montañas, iranianas, saharianas, del mismísimo Colorado, ¡y por qué no! tan propias de los Monegros. Atrás quedáis corazón de mi España mía, de una España diferente, indistinta, perdida, aislada dentro de mis pensamientos. De seguro que silenciosa, que no pretende antiguas glorias, campañas en el exterior y que no goza con tan cruentos hechos del pasado. Perdonadme por ahora héroes, que defendisteis la tierra, el duro trabajo del campo, del ganado, de las propias minas e industrias, frente a invasores que predicaban ideas a cambio de botines. ¿Por qué todos los hombres hemos sido siempre así? Ofrecemos ideales de libertad, de evangelización, de seguridad... porque de seguro que nos avergüenza la verdadera causa que nos lanza a la conquista del exterior. Puede que muchas de las costumbres fueran bárbaras, indómitas con el ser humano, pero cuando se ataca una tierra cuyos habitantes meramente viven de su pobreza a cambio de su cruento trabajo, debiera avergonzar a los ejércitos invasores. ¡Ideas! Nadie regala nada. Son simplemente un asunto de botín la invasión romana, las invasiones musulmanas, el imperio Inca, la conquista Española de América, el preciosismo napoleónico en Europa, el gran Imperio Británico, el ofrecimiento comunista o nuestro contemporáneo poder capitalista. Si acaso el nazismo fue claro en sus precisiones. Solo había que hacerle frente; nadie podía dejarse embaucar cuando te espetaban en la propia cara con la palabra ¡esclavo! Cuánto hay que hablar. Que me olvido de los chinos, de los japoneses, de los zares y de los nuevos zares bolchevizados. Hasta las tribus amazónicas odian y pretenden agenciarse las mujeres y tierras ajenas, por mucho que pretendan justificarlos los y las antropólogas (cuidado con las petroleras también, cada día menos indios). ¡Sí!, esto debe cambiar, aunque solo sea yo el que lo diga, ¡ja, ja! Siempre el orgullo nos mata. El siguiente paso hacia el exterminio ¿cuál será? ¿La soberbia?

¡Qué importa! Él ya meramente se conforma con lo que puede hacer. No va a convertirse en terrorista, pero tampoco va a justificar ningún asesinato, pues a todos, hombres primitivos y muy cultos, les obliga a pensar en el respeto hacia el semejante, y cualquier otra interpretación es cerrar los ojos como cuando vemos el hambre y la muerte a través de la televisión. Ya ha llegado a la última conclusión, y su mente obsesiva, en ese punto hasta tan sacra, se espeta contra él mismo su propia inacción. No ayuda ni siquiera con donativos para paliar el hambre. Andrés se conforma con hacer extraoficialmente en su trabajo cosas políticamente incorrectas. Como el chiste contemporáneo de la esfera política, con mostrarse muy amable con los que pasan por el albergue, con realizar incluso hasta actos puramente paternalistas con los que acogen, ya se conforma. Le chirría mucho la cabeza cuando se excede en su labor. Síntomas de su enfermedad. ¿Y con donativos mejoraría el hambre? Os he de decir algo muy duro. Allá nos veremos todos las caras, frente a frente. Unos justifican sus actos porque no creen en nada trascendente y abusan sin igual de los cuerpos ajenos. Los otros se conforman con acumular y acumular porque su enfermedad mental es esa. No han visto nada más en sus vidas, lo que sus padres les han enseñado, tener y

tener más y más, acumulando una vorágine de egoísmo sin límites. Muchos no conciben ni siquiera el pecado capital, pues meramente aumentan y aumentan sus cuentas corrientes para que jamás puedan gastarlas. Es una mera enfermedad, sí. Ni ellos mismos se dan cuenta, ni tan siquiera los que tenemos mucho menos. Podíamos ayudar a los demás, en el mismo tráfico, dejando pasar, sin pitar, sin machacar el nombre de los familiares ajenos, mostrando una sonrisa sincera. En fin, la locura va mucho más allá de lo que creemos. Esos niños mueren hinchados, raquíuticos, para que las moscas destrocen después sus cuerpos. Serán también otros los insectos. Y yo hago literatura, o al menos escribo dichas líneas con semejante barbarie. ¿Arte? ¿Denuncia? Asco diría Andrés. El narrador ahora se confunde con él, no describe. No puedo soportar ver morir a esos pobres niños, a esos pobres y engañados padres. La riqueza, el nuevo colonialismo de los países ricos ha destrozado las costumbres tribales que tampoco le gustaban a Andrés, pero que al menos controlaban a la población socialmente.

¿Hay que explicar que la colonización del siglo XIX, llevada por Europa al tercer mundo, destrozó costumbres antiguas como las pre-industriales que teníamos aquí en Europa? De todas maneras, Dios, no me gusta la selección natural. Odio –y ahora hablo por boca de Andrés- a los demógrafos y a los economistas que pronuncian leyes sin rubor en público, a un público que se llama alumnado y que son el futuro nuestro. La naturaleza, la cruel naturaleza, siembra de hambre y de enfermedades las naciones cuando se produce una superpoblación. En el Antiguo Régimen, en la época Medieval, los niños más débiles se morían y las familias así aguantaban con sus lloros. Los más débiles... No es necesario que te diga, Jesucristo, que quiero que recojas a todos y los llesves a algo mucho más digno que el limbo. Una persona, alguien que pueda pronunciar unas palabras o un sentimiento, me merecen el mayor oro del mundo. Sí, después se harán mayores y asesinarán, violarán, robarán, pero ¿quién les ha enseñado todo esto?

Europa les llevó también las medicinas y la población poco a poco se fue vacunando, los campos pudieron alimentar a más gente, pero también muchos campos fueron poco a poco unificándose en productos como el café, el cacao o el tabaco para crear grandes latifundios. La lucha entre el aumento de población y la acumulación de tierras para productos no alimenticios comenzó a dirimirse. Y las leyes llanas, áridas, que resecan la boca de Andrés, comenzaron a dañarle, a hacerle perder el ánimo en la Universidad. Los profesores no tenían asomo de humanidad por mucho que predicasen desde el marxismo o desde alguna escuela liberal de tinte radical. ¡No!, se convierten en meros eslabones de teorías a-humanas, de conclusiones terribles que conducen a ninguna esperanza. Estamos de acuerdo en que la Historia ha sido un engaño, una mera cruzada de muerte y perversión, la demostración tajante de lo que es el hombre, pero no carguéis con teorías alternativas cuando no asoma por vuestros ojos ningún sentimiento hasta infantil. ¡No!, dejar las cosas como están sino tenéis mejor alternativa. Vuestro odio puede ser peor. ¿Para cuándo expondréis los muertos ante nuestros ojos? Quiero saber de las depuraciones

soviéticas y maoístas. Ya estoy harto de ver alemanes asesinando. Ya sé que quien tiene poder hace su historia, ¿pero hasta cuando los pobres orientales merecerán un nimio recuerdo?

Él se conforma con escampar el menos mal posible, por su parte, hacia los demás, hacia la naturaleza también. Hagamos todos lo mismo.

Deja atrás La Almunia y la carretera, desde su oasis huertano, vuelve a empinarse por encima del macizo ibérico. La carretera muestra la sequedad por encima de las montañas. Aparecen pueblos desolados, antiguos corrales abandonados, desconchados a la luz del sol, abrasados. Cuando la carretera comienza a descender, aparece a su derecha Morata de Jalón. De nuevo el oasis verdea alrededor del Jalón. Antaño, los pobres campesinos de estos bellos lugares –belleza es para el viajero– luchaban día a día contra la vida, contra la muerte. Pero el justo equilibrio entre la tristeza y la alegría estaba con ellos. No podían mejorar su dieta por culpa del atraso o porque las tierras no fueran las suficientes, mas cierto equilibrio estaba con ellos. La población ni aumentaba ni descendía a lo largo de las centurias, más ahora Morata se ve con unos nuevos habitantes mucho más sanos, con su buena asistencia sanitaria, con una mayor prolongación de la vida. Han tenido la suerte de estar en Europa a pesar de que España estaba siempre a remolque. Las ciudades acogieron a sus tíos abuelos, a sus primos. Ahora ellos aguantan gracias a una pequeña parte del trabajo agrícola que sí resulta rentable, gracias también a las industrias des-focalizadas de una más cara mano de obra, gracias al turismo. ¡Siempre gracias a las leyes del mercado! ¡Gracias a sueldos más bajos!, que a pesar de todo les dan con que ganarse bien la vida.

El mercado...

El mercado...

El mercado...

Resulta para cierta parte de la mano obrera mundial una suerte el que unos vean sus necesidades bastante satisfechas. Todo depende en el lugar donde hayan nacido, la dirección que han tomado sus clases dirigentes, y por tanto, las posibilidades dispuestas para que ellos mismos aspiren a algo más y participen en el mismo juego para seguir especulando dentro de ese mismo mercado, y con las mismas injustas leyes mundiales alzándose poco a poco, ¡o de repente!, para parir nuevos burgueses, nuevos ricos, nuevos ladrones sinvergüenzas.

¡No, no, no, Dios! Quiero descalzarme de esta montaña e ir hacia Calatayud para ver una ciudad nueva, una ciudad justa, una ciudad donde los notarios y jueces no especulan con la ley administrativa, donde los abogados no existan, donde los bancos sean meros distribuidores del beneficio general, donde el propio trabajador, sea campesino, sea industrial, mire a sus semejantes a la misma altura que su hombro. Quiero lo que no puede ser, porque mi Calatayud, cuyas callejas alrededor de las

iglesias, que entremezclan el mudéjar y el barroco, ya no pueden esconderme por siempre de mi engaño; a pesar de tanto arte, de tantos sueños y leyendas. Yo mismo me sacudo incluso de mi hipocresía. No quiero verlo, pero lo veo. Participo y me hacen participar en esta maldita ley llamada mercado y debo comprar para subsistir y debo participar en el mismo engaño económico-social internacional. Señor, aléjame del hombre y de la mujer, escóndeme entre las estrecheces angostas y claras de Calatayud, oyendo ¡por qué no! esas burbujas de oxígeno, esas claras lágrimas que desde mi mente caen porque escucho, por ejemplo, el *Cherish* de *The Association*. Una cantidad nada desdeñable de grupos de rock y pop me alejan de la cruel realidad. Verdaderamente han sumado a las cosas buenas que considero de Dios, novedad, material eterno. Soy algo rebelde, pero al producto de las estrellas debe sumársele orden y concreción. Siempre luchando en la paradoja. Me asusta esa grandeza de masa y energía, la cual solo sirve para que visionarios, como la mayoría de científicos, se enaltezcan porque sus cenizas crearán nueva vida. Qué más quisiera ser yo una canción como la de *Dean Martin: Under The Bridges Of Paris*. Sí, una canción. Perdurará a pesar de la Humanidad. Seguro que Dios ya la tiene memorizada para siempre. Canciones como esa son algo digno y natural. Son eternas. Hablan del amor. Más aún, son ellas, por la naturaleza de sí mismas, imperturbables. Con mi locura no puedo concebir muy bien lo que sería convertirse en una canción. Los reportajes sobre las matanzas en Uganda o en Irak no pasarán nunca del marco terreno en el que se encuentran. ¿Quién las esgrimirá como ejemplo? El hombre solo es capaz de esa locura. ¿Cómo alzarse como eterna la novela de una mujer maltratada para ser después incluso asesinada? Solo su dolor debe ir al Paraíso o a otro lugar donde ser. ¿Eterna nuestra Guerra Civil? ¿Cómo considerar los inocentes que murieron de ambos bandos?

Andrés ya no lee las cuantiosas bibliografías que de todas las guerras existen. Le deprimen inmediatamente porque jamás alcanzarán el nivel de lo eterno. Eterno solo puede ser el bien, solo un pedazo desgajado de Dios que se ha inmiscuido entre el mundo de los hombres y mujeres. La eternidad solo puede abrigar música o poesía pura, óleos paisajísticos. Pero incluso éstos cuadros muestran una naturaleza distinta, muerta si así preferís llamarla.

Cuando veo cuadros prefiero los paisajes holandeses, ingleses, italianos, franceses, alemanes, rusos e incluso españoles, nuestros maestros menores. Allí, de la realidad del ojo humano se esconde la violencia, como el pájaro come a la hormiga o como la serpiente alza triunfante al gorrion, para que el águila vuelva a llevársela. Si acaso los infantes, cuando niños, a lomos del caballo se alzan también, vestidos todavía, no de militares, como reflejo del mejor Velázquez. Son sus historias paganas, entre Baco y las Hilanderas, entre leyendas inventadas por el hombre y la mujer, por las que puedo todavía admirarme de pertenecer a la especie humana. ¿Por qué no podían haber existido las meras historias como ejemplo? ¿Por qué no pudo ser el Paraíso hoy y ahora?

Y el coche pasa veloz Calatayud para que la imaginación no vuelva a desbordarse. Mas la autovía vuelve a encaramarse por las colinas del sistema Ibérico, Y almendros, cerezos, melocotoneros y viñas pían hacia el cielo sus frutos. La carretera, entre curvas y cambios de rasantes, se hunde muchas veces en terreno tan falso. Hace falta ya que la arreglen. Mientras, son mayores sus otras preocupaciones. El río Piedra pasa por debajo, pero él no puede verlo. Poco después el Jalón. Y ya por la salida baja hacia Bubierca, hasta la antigua carretera. Desciende hacia la ribera que serpentea a todo lo largo del Jalón en forma de vega. Las curvas son mucho más y la estrechez solo da pie a un carril en cada sentido, mas el tráfico aquí es totalmente escuálido junto a la antigua vía del tren Barcelona-Madrid. Se acerca ya al pueblo de su madre, a Alhama. Pero antes debe cruzar el valle del río Monegrillos, que él prefiere llamar como todos le conocen, el valle del río Valdellosa. Al fondo se ve el viaducto alto y enérgico de la autovía, y más al fondo la colina vertiginosa, que como un ser vivo, mantiene sobre sí la ermita de Santa Quiteria. Cruel monstruo, de laderas ocres y rojizas, en perfectas aristas, que parecen defender secreto tan bien guardado. Una santa, que como tantas, fueron martirizadas con crueles tormentos. ...

Parece que necesitamos aprender después de la muerte. Es imposible para nuestra simple concreción hacerlo antes. No podremos así evitar jamás el asesinato o el robo o la injuria. Y yo la ira. Aunque hay pecados de menor magnitud que todavía pueden hacer que nos reconfortemos con la persona a la que hemos dañado. Es en estos pecados, no definitivos, en los que tenemos una y otra oportunidad para continuar haciéndole mal o para elevarnos poco a poco a ese nivel eterno al que aspira Andrés. Rememora un ataque desde el fondo del valle de un ejército a caballo para atacar, matar, violar y robar el fruto campesino. Ya no hay más oportunidad sino es que el guerrero se avergüence para siempre del devenir al que se ha visto obligado. Puede que entonces, como hombre, se supere a sí mismo y rece por los que ha derramado la sangre, por las que ha insultado. Quizá a la luz de la luna de Debussy surja algo parecido al amor, algo que se alce triunfante sobre la muerte y el pecado, y ese guerrero, convertido ahora en campesino, en pastor errante, quiera convivir con todos los que se conforman tras el duro pan diario. Puede que sobresalga hasta como poeta, hasta como compositor, ¡qué gran pintor incluso! Necesitamos ingenieros que nos ayuden a mejorar la cosecha. ¡Qué bien has aplicado la ciencia! Y los guerreros sean una simple sombra en los sueños o en algunos de los versos incomprensibles del poeta.

Una nueva subida de la antigua carretera nacional le abre todo el paisaje, girando hacia la derecha, sobre la amplia vega de Alhama, con la torre fortaleza de *El Castillo* al fondo, sobre los túneles del tren y de la carretera. Montañas a la izquierda que se van igualando con el terreno que se alza hacia ellas. Montañas detrás dejamos. Montañas a la derecha, a cuyas faldas también descansa el pueblo. Su padre le espera en el bar *Avenida*, y la edad, la sutileza con que la lleva, el claro humor suyo, su cara ¡por qué no!, joven aún. Él mismo, cuando pequeño, ahora grande dentro del coche.

Su padre le mira admirado. Lo pequeño se hace grande. Lo grande tiende hacia lo eterno si bueno. Va acompañándole fuera del coche a casa. No quiere meterse. Después de la larga calle aparca hacia la izquierda. Allá está el piso. Su madre se asoma por el balcón. Cara de niña aún, cara de ángel que con lo justo se conforma. Su piso al sol, que vislumbra el astro rey con sus cuatro balcones. La moderna fachada es de color ocre, como la tierra y el piso grandecito, de 90 m², con alicatado completo, dos baños grandes, salón y cocina grandes, tres habitaciones amplias, un cuarto trastero, todas las unidades en perfecta disposición, con puerta que separa habitaciones del resto más ruidoso de la casa. Y aquí no han podido especular porque el pueblo está lo suficientemente lejos de las grandes ciudades y porque el mercado en ese momento no era tan voraz. Todo fruto de la casualidad porque debían coger un piso para huir de vez en cuando de la ciudad. Él no puede vivir en Alhama, pero ese piso al sol, que goza de sombra a la tarde, le sirve para recuperarse cuando lo necesita. La luz es inmensa durante todo el día.

YA DE VACACIONES

Ahora mis padres gozan durante el verano de 3 a 4 meses de algo mucho mejor que la ciudad. Vuelven a sus raíces también, aunque ya saben cómo es la gente de pueblo asimismo. Ya saben que no pueden dejar de ser hombres ni mujeres: chismes, levantamientos, envidias, todos ellos pecados capitales que una ciudad esconde con mayor hipocresía. Si acaso, los trabajos son lo más parecido al pueblo en las ciudades. Donde mayor es la comunicación, mayor es el pecado. Lo otro ya se llama enfermedad. Y permanecerán ahí gozosos hasta que la muerte, la impopular hora, les llame. ¡Pero que permanezca lejos tamaño castigo de Dios! Que la explicación bíblica, tan teológica y filosófica, no me adolezca aún. Yo quisiera que pasaran a la eternidad en tan corto intervalo. Volvemos con la obsesión. La muerte en esas lápidas con flores de tan vivos colores se muestran por las tardes cuando el sol busca su refugio. Y debemos irnos a casa mientras abandonamos a su suerte a los seres queridos. Es terrible, aunque más terrible es solo recordarlos. ¡No!, necesito algo material, algo métrico, voluminoso que me recuerde, sí, que me acierte a decir que ahí están ellos. No quiero que mi cerebro, ya destruido, ya desaparecido, ya muerto y deshecho en miles de compuestos químicos, cada vez menores, no pueda recordar ya. Quiero un fundamento donde los niños, asustados, acudan allí a sonreír, matando su miedo con el juego.

Espero que esas cajitas donde nos guarda Dios se abran todas al mismo tiempo durante el mismo día y para siempre jamás. Sueños y creencias firmes, a todas os necesito en estos momentos de debilidad, si no me convertiría en un ser amargado y sobre todo materialista. Me preocuparía meramente de mí porque el futuro ya no tendría ningún sentido. ¡Cuántos millones de increyentes hay hoy en día si por sus actos los consideramos! Qué fácil es entonces pagar así, sin conciencia, tan bajos sueldos.

Alhama ya sabéis que está encajonada entre montañas. Le surca el río Jalón por su hermosa vega. Pero aparte hay valles transversales que la embellecen mucho más al darle mayores posibilidades. Pasado el castillo, tirando hacia el suroeste, se abre pronto la llanura soriana que como meseta primera se muestra. Es Alhama como una preciosa y alta frontera, rayana con el pueblo del padre de Andrés a 90 km: Berlanga. Si consideramos los anteriores planteamientos, Alhama como Berlanga tienen los mismos defectos.

Alhama es un pueblo de aguas, de balneario. Manan en cualquier punto aguas tibias, y en otros menos aguas calientes. Los romanos ya gozaron desde Bilibilis sus aguas. Los árabes le dieron su nombre actual: aguas calientes. Famoso el “*baño del Moro*” en uno de sus balnearios. Su abuela siempre se lo decía. Mejor aún las *Termas Pallares*, donde medio pueblo ha trabajado en su gran lago termal a la sombra de los

árboles. Cuando pequeños fue terrible el hambre para su madre y sus seis hermanos en la post-guerra. Hambre, astucia e infancia se combinaron en su madre para despertar una mente lo antes posible. Creyente niña cuyos robos de comida bien los justificaba Dios. Morcillas y chorizos, tocinos y panes, frutas y almendras desaparecían de los graneros y tahonas de los más ricos, de los que tenían más tierras y hasta ganado. Siempre trabajando desde no se sabe qué edad. De todas formas, solo era en la temporadas de la recolección, de la maduración de las frutas o de la matanza cuando podían cambiar de manos los alimentos. Y a pesar de todo no era posible siempre hacer de Lazarillo. Los niños que roban la comida para sus hermanos hambrientos, a pesar del exagerado sudor del padre, que de sol a sol no paraba de trabajar, son ángeles enviados por el Cielo para que comiencen a hacer la justicia en la Tierra. Su madre recuerda como algún rico repartía comida e incluso dinero en alguna ocasión: *“Dios los tenga en el Cielo.”* No fueron suficientes las excepciones, pero sí se agradecieron con buenos deseos. Pasaron los años y la emigración cambió las penalidades por esperanzas futuras. Los sueldos eran cinco o seis veces mayores o hasta el infinito. La comida comenzó a abundar y Barcelona se convirtió, por cuestiones económicas, en un solucionador del hambre. Es triste que siempre sea por cuestiones económicas cuando cierta gente pobre mejora. Cuando las ganancias pueden ser más abundantes, cuando los ricos ganan los millones por doquier, es cuando el reparto puede producirse por casualidad. No hay antes una reflexión. No se leen los Evangelios, sobre todo el de San Juan. No se llevan a la práctica. No se habla de tú a tú. No hay reparto, no hay justicia ni entendimiento. No hay Paraíso en la Tierra. Solo existe la pura ingenuidad de Andrés para que el polvo del suelo sea pisoteado sin remisión. Solo vuelan los ángeles blancos, esos pequeñuelos, esos mejor llamados querubines, que pululan por las cúpulas para el ablandamiento infantil del pequeño Andrés.

Como en todo pueblo, habrá sus caciques de cuantía mediana porque las riquezas son correspondientes a lo que el pueblo puede producir. Sin embargo, volvemos a recordar que en un pueblo todo el mundo se conoce y los malos, los egoístas y avaros no se pueden esconder en sus barrios, detrás de las capitánías o de los gobiernos civiles, alejados por medio de los periódicos, muy por detrás, en los despachos donde no se puede entrar libremente. Pero volvamos pronto al ahora. Hoy, en el 2005, la economía, las empresas han crecido en España, y han podido cabalgar con la distinta división del trabajo internacional, con la injusta consideración del comercio mundial, como ha sido así siempre, pero con el retoque de diseño llamado globalización. No sé por qué, nuestros sueldos que sí nos permiten comer y vivir un poquito holgadamente, a pesar de la creciente temporalidad e inseguridad laboral, se hace encima a costa de los pobres. Es decir, los grandes nos reparten unas migajas del gran negocio injusto y global que han forjado y por el que ellos ahorran y ahorran millones, no sé por qué. Una enfermedad, como dije en páginas anteriores, les ciega. Podemos los más desfavorecidos del primer mundo intentar formar parte del mismo asunto, para que jugando con las mismas reglas convertirnos, si somos listos o tenemos hasta suerte, en unos nuevos especuladores. De la separación, de la pura

manipulación de sueldos y precios, de la clara diferencia entre productor y vendedor, podremos enriquecernos. Estas son las “nuevas” reglas, estas son las “nuevas” ideas filantrópicas, las que ganan hoy en día, porque tanto tienes tanto vales... Como siempre. Solo es apreciado el rico, el snob, el que gasta y consume, el que entiende de marcas de vino, el que mima, hasta en el vicio de cómo cocinar, la gastronomía. Cualquiera pelagatos, cualquier primo o prima míos tienen las mismas ideas del ricachón al que critican y al que aúnan sobre el nuevo altar contemporáneo, al que quieren parecerse, con el que quieren estar y ser. El pueblo, en líneas generales ya está corrompido. De aquí podríamos teologizar para justificar la barbarie, los atentados, la muerte internacional. Roma, la apestada hoy, se extiende por los cinco continentes. ¿Por qué no han de ser los nuevos bárbaros los que la purifiquen? Creo que han enloquecido demasiado también éstos. Ya no son puros. Han contactado con nosotros. Se han horrorizado de nuestros vicios, retornando al peor de sus ideales, al del poder y la fuerza, al fanatismo. Y gran parte de Hollywood solo sabe reflejar eso mismo: violencia, el poder de las armas y que encima se venden tan bien; pues con violencia solo sabrán relacionarse las nuevas razas. Qué tristeza: ¿para eso también sirven las nuevas tecnologías, para escampar el mal y redundar en el crimen?

Qué fácil es caer en manos de un terrorista cuando el lugar, la situación y la edad son las precisas. Pude haber sido un nazi a los 12 años. Un depurador comunista a los 20. Un terrorista a los 30. Solo la realidad hace ver que la gente es menos distinta de lo que parece. Hay muchas personas que están encajonadas en este injusto mundo, que participa de sus leyes, que vive por ellas, pero no porque las hayan preconizado e implantado ellos mismos. ¡No!, muchos son trabajadores que apenas llegan a fin de mes por el engaño del consumismo, que hasta parece que hablan en algunos momentos profundamente, que poseen periodos de avaricia y de envidia, pero que guiados oportunamente puede que no se conviertan en genocidas. Prefiero continuar la difícil senda de Cristo, prefiero aunque me engañen mil veces más, mil veces volver a caminar por sus renglones sagrados. Aquí, desde mi piso, con la tranquilidad de este pueblo, con mi biblioteca y mi música, voy a pasar estas vacaciones de verano lo mejor posible. No me van a callar, pero tampoco voy a gritar a pulmón abierto, y sin ninguna consideración, tonterías idealistas. Y me refiero, cuando digo idea, a las que fanáticamente quieren imponer un grupo de gente armada sobre los demás. La injusticia sobrevive con las ideas manipuladas de las religiones, que en el fondo son el motor moral del hombre. Los fanáticos las manipulan para imponer su dominio sanguinario, para imponer el miedo. Sin freno pueden terminar en cruentos genocidios. La pura religión solo se ha dado en pequeñas comunidades. Creo en ese Cristo que dio su vida por todos nosotros, que habló de los desahuciados y desposeídos en aquella sociedad que le tocó vivir: de los enfermos, de los niños, de las mujeres, de los pecadores, de los pobres. Desde este balcón veo un nuevo mundo, pero poco puedo hacer sino oír ahora a *Foreigner* con su *Waiting For A Girl Like You* (1981). Delicadamente me dejo llevar por su candoroso ritmo, me dejo llevar para que quizá una mujer se deje querer por mí, para que un nuevo e ingenuo recuerdo

infantil retorne desde mis profundidades. Este año, con la nueva medicación y la terapia, hasta los recuerdos emergen en orden y hasta cuándo deben. Es increíble que el orden por fin impere en mí.

Le vienen a la memoria las hazañas infantiles con sus primos. Golosinas, gamberradas inocentes, música, los primeros y extraños instintos con las chicas. Estos instintos se tornarán enfermizos cuando una timidez provocada por razones endógenas (biológicas, de propensión a la obsesión y a la depresión) y por miedos que le fueron impuestos desde el exterior, unas veces ingenuamente con la exacerbada moral que veía pecado en todo, y otras, violentamente por sus compañeros de colegio, triunfe sin remedio. Todo en conjunción –ahora por fin lo comprende y no odia ya a nadie- dieron ese resultado de lo que él significa. Da gracias a Dios porque sus pasos no se hayan confundido con la misma violencia como respuesta. Él tiene problemas de irascibilidad, pero se da cuenta inmediatamente de su pecado. Procura incluso que la terapia le resuelva este síntoma tan terrible que puede forjar impredecibles acontecimientos. La irracionalidad del ser humano, del ser animal, también está en él.

La televisión. La pone. Que diferente a aquellos años de Ciencia Ficción, de series novedosas y re-dimensionadas. Ahora ya no le dejan soñar, buscar otros mundos para explicarse también ese vacío que como niño tenía. Las explicaciones trascendentes eran tan diferentes antes. Pero no. ¡Toma realidad! Abre el marmagnum del morbo. No huyas. Comprende la realidad para que nada nocivo después hagamos.

Nueva Orleans. Un violento huracán. No puede evitarlo, pero no debe dejarse llevar por aquellos impulsos también infantiles, catastróficos. No deseamos que ocurra, pero gusta tanto verlo: una ciudad anegada, una moderna aunque sea –dicen- pobre en E.E.U.U. La pobreza es muy diferente de unos lugares a otros. El contexto, nuestras visiones lo hacen todo. Y he ahí que ahora nos aciertan con que el ojo del huracán pasará, lo más seguro, sobre la misma ciudad, con mapas en colores, con proyecciones impensables hace décadas. La ciudad debe evacuarse. ¡Una ciudad tan grande! ¡Como en las películas! Caos, miedo, y nosotros viéndolo desde nuestras casas para gozo de nuestra enfermedad. A Andrés también le cuesta desempolvarse de estas manías tan dañinas en placer.

Y finalmente no pasa el ojo del huracán por Nueva Orleans. ... Silencio. ... América, la moderna América no da noticias durante bastante tiempo. ... Silencio. ... El ojo del huracán ha dejado en paz a Nueva Orleans. Pero de repente, la destrucción. ¡Han reventado los diques! Ahí tenemos el caos, la devastación, en definitiva, la muerte, para que desde nuestro confort podamos ver casi todo en directo. Una gran ciudad de los Estados Unidos de América tiene que evacuarse completamente porque ha sido destruida, anegada por las aguas. ¡Cómo en las películas! ¡Sí, ha ocurrido, por

fin ha ocurrido! Y lo de menos es el caos de la evacuación para nosotros. Lo importante es que la naturaleza ha golpeado una ciudad tan moderna, en la propia América y que nada puede hacer por evitarlo. Pronto nos emitirán el telefilm correspondiente.

Menos mal que poco a poco mis malos instintos son superados por el buen raciocinio y la verdad de Dios. Ya no me martirizo porque mis más bajas ideas no se puedan controlar en un momento concreto del día. Yo sé que no soy así. Ya me dijeron los médicos que contra más se lucha contra ellas, más recurrentes se vuelven. Lo importante es dejar de pensar, saber que uno no es así, y que ésta tan difícil vida en muchos momentos, sí que debe tener algún sentido. Mis padres me quieren... Ya tengo el principal sentido para mí. Lo otro es rodar y rodar frenéticamente hacia la nada. También han muerto 1000 personas más en Irak. Por una avalancha provocada, por un nuevo y estúpido acto humano. La vida no vale nada ya en nuestro planeta. Eso pretenden muchos dirigentes de sus más indignos intereses. No tienen alma nuestras vidas, dicen nuestros científicos más recalcitrantes. Entonces, si somos pura materia, para reconvertirse en una nueva ¿para qué preocuparse? ¿Por qué preocuparse de los llantos de los niños, de las miradas descarriadas de las mujeres, de los pensamientos de los hombres. Muramos y en paz, pero antes matemos y robemos, enriquezcámonos sin ningún remordimiento. Olvidémonos de antiguas y atrasadas ideas, que solo han servido para servir a los de siempre. Porque ni los ricos de hoy en día tienen conciencia ya. Su peor máxima se nos ha transmitido, y todos, como primer ideal y único, queremos ganar dinero como sea. El arte ya no sirve para excusar nuestros males. Ahora las catedrales no se construyen, porque no son emociones ideales las que necesitamos. Se prefiere un jugador de fútbol o de béisbol para elegirlo como héroe y ejemplo de los niños. O hasta algún mal cantante al que encima le hacen todas las canciones. ¡Bueno!, Frank Sinatra compuso poco, pero nadie le enseñó a actuar ni a ser como fue. Por eso existen ahora las academias. ... Peor, ahora cualquier provocador, que insulta hasta lo inaudible en cualquier *reality show*, se hace con todo el triunfo de la fama durante unos días, unas semanas, unos meses... porque pronto surge otr@ que ruge aún mejor.

La televisión no remite en ofrecernos nuevos crímenes de género. El eufemismo no sabemos lo que pretende. Se ha matado a una mujer y en paz. Hasta este nivel hemos llegado hoy. Nuevo avión durante el último mes ha sucumbido entre sus propias cenizas. No nos olvidemos de que existe un tifón en Asia también. Pero los muertos deberán ser muchos más, muchísimos más, geoméricamente hablando, que en Nueva Orleans para que podamos darle más categoría al fenómeno natural: en el mercado de valores humanos un blanco igual vale 50 asiáticos -pobres- o más; bueno, en Nueva Orleans el cambio va a la baja por la abundancia de negros. Esa borrachera de malas y cruentas noticias no para. Siguen los accidentes de tráfico en nuestras carreteras españolas con imágenes que no deben censurarse ni porque los pequeñuelos tengan todavía vacaciones. Sus ojos pueden ver tranquilamente la

muerte para que en el futuro no le tengan miedo. Al no ser un tema serio la muerte, sino banal, podrán nuestros hijos y nietos no darle ninguna importancia ni preocuparse por la desaparición de un vecino nuestro que no conocemos o de algún familiar que estaba muy lejos para ir a su funeral. Además, los antiguos egipcios ¿no se alegraban del morir porque este era el tránsito hacia la vida eterna? ¿Y nosotros, los mismos cristianos? ¿Es que no vamos a ir a una vida mejor tras la muerte? ¡Qué hipócritas somos! Es lógico pensar entonces que Hitler les estaba haciendo un favor a los judíos como los soviets a los ucranianos. ¡Salgamos entonces a matar a la calle! Vía libre a nuestra locura. ... Una vida ya no vale nada. El amor sobre ella ha desaparecido y nos importa tanto nuestro compañero de trabajo como un pollo que está a la venta, y además, con sus precios por los suelos en el mercado.

Mi casa, mis discos y libros, mis películas y mis recuerdos, mi cama, mis muebles, mis seres queridos, porque a ellos les puede tocar, ¡todo!, ¡todos! pueden resultar destruidos por una inundación, por un terremoto. No debo alegrarme por hechos tan luctuosos al otro lado del mundo. No es que me alegre, ¡no!, pero me produce curiosidad, preocupación, el estar tan atento y fijo frente al televisor. Más bien es un sentir final bastante placentero, os lo vuelvo a recordar. No tengo la culpa de que esto me ocurra a mí. No lo deseo seriamente. ... Hay que elegir el buen momento. Hay que tener agallas, pero que a éstas también las acompañe el raciocinio y el bienestar que mi cabeza necesitan. Sí, es ahora el instante de contraatacar y de quedar en el fondo bien tranquilo. Porque sí, lo único positivo de mí es que en mi fondo, en mi oscuro y tan subterráneo fondo, yace el deseo de paz, de calma, de que nadie sufra y muera sin necesidad, que ninguna catástrofe natural ni humana ocurra ya por siempre jamás. No me aburriré porque veré reír y divertirse a todos, incluso a los más débiles, a los niños. Hoy estoy muy bien. No necesito poner la tele, no quiero ver las noticias, voy a intentar luchar para que desaparezcan el hambre y la guerra en el mundo (suena a chiste). Al menos yo no colaboraré. Me enfadaré cuando yo vuelva a caer en la tentación de divertirme con el morbo. ¡No!, si en el fondo estoy todavía cuerdo. Ese fondo del que ahora hablo no desea nada malo contra ti. No quiere verte muerto con un tiro en la cabeza, no quiere verte violada por una cruenta guerra, no quiere ver cómo una nueva enfermedad infecciosa se ceba con tus piernas, no quiere contemplar tu locura porque te han echado del trabajo. Puede que debamos ser todos mucho más fuertes. Puede que tengamos que disminuir bastante el nivel de nuestras necesidades. Quizá bajando el listón a muchas cosas podamos llegar, o incluso no llegar, más tranquilamente en esta vida. ¡Ah!, y no te alegres, no goces en silencio con todas esas catástrofes. Creo que hemos olvidado que lo único que debemos hacer frente a una catástrofe es ayudar y no contemplar. No son un espectáculo, no nos confundamos.

La televisión o la radio debieran servir solo para ver deportes o películas con argumentos inventados sobre otros mundos inexistentes y donde el lema fuese el

antiguo y natural de las primeras olimpiadas modernas: “*Lo importante es participar.*” ¡Qué feliz sería en un mundo sin ansiedad!

Habéis ganado también en cuanto al resto de los programas que se emiten. El chafarderismo, el cotilleo, lo que no nos debiera importar de nadie, lo deseamos y lo aunamos a los altares. No nos conformamos con hablar mal de la gente, deseamos que haya engaño, que haya humillación, que la mentira y la corrupción del dinero dobleguen cualquier ideal de esos que aprendimos cuando la comunión o durante los ejercicios espirituales. Deseamos que el mal aceche a todos, que les toque y los reviente. La mentira, una nueva estupidez de alguna, todos los pecados viéndolos desde nuestros cómodos sillones. La tristeza y el lloro llegan cuando son los matrimonios de nuestros hijos los que por la misma vorágine se lleva el tiempo. Nuestros nietos... terribles enseñanzas les damos. No por ver el mal ajeno vamos a mejorarnos. Continuemos disfrutando con la mentira, con la hediondez ajena. De seguro que la estaca se nos clavará pronto en nuestro corazón. El escritor busca siempre venganza, al menos enseñanza tras el mal sufrido, pero aunque tengan suerte durante muchos años, la mala enseñanza de seguro que corromperá a los mismos hijos que contemplan y aprenden del tubo incandescente, ya plasmático o tipo led. ¿Por qué no iban a corromperse también? Aún no hay vacuna para ello.

Andrés muchas veces es exagerado. No por ver lo pecados ajenos vamos a hacerlos. Sí, da pena, pero da tanto placer contemplar. Nos aburriríamos sino. Los intrínquilis. Los vodeviles. Los comentarios vecinales de patio, de balcón a balcón hacen distraerse a la gente, sobre todo a las mujeres. Los hombres tienen otros divertimentos como el tipo de fútbol actual, más parecido a una pasarela. También es verdad que solo hemos aprendido a gozar con lo fácil. Y si continuamos así *in eternum...* De seguro que no nos importaría vendernos por un poco de dinero y decir tantas estupideces, las mismas, pero por nuestras bocas, ser famosos por unos días, perder nuestra integridad de forma tan fácil. ¿Qué es eso de la integridad mientras hay placer y placer?

Los paseos por los campos, por las sendas que llevan al monte o a otro pueblo, sirven para que nos pongamos en forma, para que respiremos mejor. Todavía parece que hay naturaleza en estado puro. El paseo rural de Andrés vuelve a disfrutar del pasado presente, es decir, de hacer un fino equilibrio entre aquellos recuerdos y las necesidades actuales. Los recuerdos constan de imágenes, olores e incluso de antiguos sentimientos. La cabeza de Andrés contiene, a más, otro tipo de recuerdos sin que con ello queramos decir que sean exclusivos. Son los recuerdos resumen. Una zona del camino posee un sabor profundo e individual que no han podido borrar los años. Incluso la misma zona, según la hora del día, presenta uno u otro sabor. Estos recuerdos-resumen no siempre recuerdan los hechos infantiles, o incluso

adolescentes, que los motivaron. Han tenido determinada consecuencia y ahí Andrés los vuelve a reutilizar para matizarlos con los acontecimientos presentes. Cuando la salud, como en estas vacaciones de verano, goza de plenitud, todos estos recuerdos-resumen se muestran tranquilos y colaboradores con la misma salud. Tiempo atrás la cabeza enferma buscaba explicaciones por todo y para todo. Lo único que se conseguía era la ofuscación y el completo malestar general.

Por ejemplo, esta tarde, a partir de las siete y media, camina con su madre y su padre por la vega del pueblo, siguiendo por el primer kilómetro la senda paralela a la vía del tren. Los suaves recuerdos-resumen le ofrecen el sabor antiguo de las correrías con sus primos y su hermano pequeño, poniendo incluso piedras sobre la vía del tren -esto no lo hagáis niños; ya estamos con las paradojas- o cómo cogían frutas de los árboles impulsivamente, saliendo todos corriendo en desbandada, cual gorriones, si algún amo les pillaba. Y las montañas a su alrededor le ofrecen con sus deseos de estudiar y estudiar para conocer el mundo, la naturaleza y la Historia, para conocer incluso más a Dios. Y el recuerdo-resumen le devuelve con un tamizado sencillo como que Él está sobre las montañas, y hasta dentro de ellas, para dejarle pasear en paz y no preocuparse ya más, sólo lo mínimo, sobre las cosas que no comprende de este mundo. No debe preocuparse ya excesivamente, porque él es tan limitado. Él, como ser humano, es tan sencillo. Y los cerros que se alzan sobre la urbanización de sus tíos solteros, adonde van de visita, le devuelven otro sencillo resumen, el aroma sobre aquellas correrías ya juveniles, aunque él fuera todavía tan adolescente, con los novios de su prima, con otras chicas y chicos, todos juntos yendo de peña en peña durante las fiestas del pueblo. Mucho alcohol innecesario para su delicada cabeza. Ahora qué bien sabe mesurar las tomas, beber siempre lo justo y cuando le apetece. Ha tenido suerte de no verse obligado a dejar completamente el alcohol, pero solo puede ya tomar un par de copas de buen vino durante alguna comida. No más de dos veces a la semana. Las cervezas con alcohol han sido sustituidas por las de sin alcohol. Los combinados ¿dónde están? ¿Las copas? Por Navidad alguna. Es mucho más importante su salud mental, su vida. La gente que se ve obligada a dejar el alcohol para siempre, por las características propias de su enfermedad etílica, no son menos para Andrés. Es muy triste que solo comprendamos con nuestra experiencia; quizá ése es el principal problema de la vida en grupo.

¿Quién es menos en esta vida? ¡Qué falacias infantiles, qué juegos de tontos adolescentes, que cuando hombres no debieran valer nada! Cada uno tenemos nuestros límites. Yo puedo beber un poquito, pero traspasar una línea, no siempre tan clara en mis pensamientos, una cerveza por ejemplo, puede hacerme violento con la palabra. Puedo convertirme en un ser airado y despreciable. Antonio, Jesús, Juan, Felipe, Frank, no os importe dejarlo, que digan lo que quieran, vosotros sois lo primero, vuestras mujeres e hijos. Somos máquinas que al tomar algo de esos tóxicos nos hacen perder la cabeza. Hemos traspasado la frontera y lo mejor es dejarlo, acomodarnos a esta nueva situación. Lo demás son palabras banales. Incluso a ellos algún día la enfermedad les arañará con alguna de sus zarpas. Y si no, pues mira,

todos tenemos un límite. No nos comparemos. Solo hagámoslo cuando intentemos dar lo mejor de nosotros mismos por los demás. Y aún así... no es nada bueno competir. Es tan ridículo ver competir a esos norteamericanos y neoliberales europeos como antiguamente a los mozos del pueblo lanzando la barra aragonesa o cualquier piedra gorda del camino.

Cerros nocturnos, cuyas estrellas os sirven de celestial sombrero, cómo os reís de todos nosotros, de todos estos hombres y mujeres que vamos diciendo tantas tonterías con la ayuda del alcohol y que a algunos la resaca encima les hace sufrir por sentirse verdaderamente culpables, por haber actuado inapropiadamente con los demás o por haber dicho cosas que uno ni siente ni cree. Licor de Baco, quépreciado eres si como el tabaco se toma por puro placer, por pura necesidad. Como el buen puro, después de comer, así puedo y debo ya tomarte. Y me moriré con las arterias taponadas... Otra cosa, el tabaco... Vosotros tomar como placer otras cosas. Vuestra cabeza ya no admita ni una gota de alcohol. Yo os veo desde mi estrado y parezco igual de pequeño que vosotros. Somos tan limitados los humanos y no pasa nada. Nosotros no nos podemos hacer a nosotros mismos. No somos dioses y yo, particularmente, no lo deseo. Vaya Frankenstein que diseñaría... Seguro que destrozaría pueblos y ciudades enteras. No me fío aún de mi odio extinto no hace mucho. Los bomberos no deben fiarse.

Alhama tiene otros caminos. Por ejemplo, en uno de los valles transversales existe la senda de la Zapatera que poco a poco se va alzando por el monte para llegar, bordeando el cerro de la Muela, a Valdellosa. Todo el camino está cercenado por almendros, cerezos, melocotoneros de viña y por las propias viñas. El antiguo agricultor cuidaba del campo para la manutención del día a día. Había que guardar para el invierno todos los frutos que por medio de Febo habían crecido sobre la hermosa Tierra a partir de la primavera y del otoño. Pero esos campesinos eran cristianos y Dios permitía que San Isidro hiciera llover o que San Lorenzo labrador enseñase a sus fieles. Las fiestas eran puramente campesinas. Se celebraban la primavera, la cosecha, la recogida de las frutas. El abuelo de Andrés era un gran segador, rápido, y murió por un exceso de whisky. Parece que por una tonta apuesta. La rudeza de aquella gente les hacía apostar según bravatas. Aún recuerda, visto con sus ojos, como sus tíos ganaban tomando decenas y decenas de helados o no sé cuantas cabezas de ajos. Antiguamente, sin tele, era el cine el que ofrecía la diversión y los sueños. Mucho antes los bailes y su música o las representaciones religiosas llenaban un tiempo largo y ancho, un tiempo bastante llano que se acercaba mucho antes a Dios. Recuerda con fervor todas las historias que le contaba su madre. Como se peleaban los abuelos, por una copa de más su padre, por demasiado genio su madre, por el hambre y al ver a tantos hijos, a tantas bocas que no se podían alimentar convenientemente. Era la época de la natalidad favorecida por el gobierno al terminar la guerra. Había que recuperarse demográficamente e incluso aumentar la población a

mucho más que antes de la guerra. Los brazos son los futuros obreros y los futuros soldados. Los niños, aunque escuálidos, reían y reían. Algunos de ellos soñarían con el que vendría después, con ese misterioso argumento que la vida les iba a deparar. Su delgadez no los mataba. Gracias a las vacunaciones generalizadas los niños muertos de hambre vivían y hacían aumentar la población.

Tanto me recuerdan aquellos tiempos de mi España querida al de muchos lugares del 3er. Mundo de hoy. A pesar de la necesidad y de la pobreza, las vacunas evitan las grandes mortandades y ya no hacen éstas que la población, por sí misma, se equilibre como ocurría en nuestras sociedades pre-industriales. Las hambrunas no son suficientes para que la población total no deje de aumentar en nuestro planeta. En otros lugares se subsana el déficit. En España hubo salida para este aumento desde comienzos de los cincuenta al emigrar la población rural a las zonas urbanas que más se desarrollaban. Y los años sesenta fueron la rúbrica al repartir los avances económicos en un mayor bienestar de la población en general. En África o América estos avances no se han repartido así. La población rural emigra a la ciudad al verse expulsada por la acaparación de tierras empleadas para los monocultivos, no para la alimentación de la gente que vivía en sus pueblos. Son expulsados de una pobreza normal a una pobreza preocupante. Favelas y ciudades de barracas crecen sobre los alrededores de las grandes ciudades, y los niños, subalimentados, crecen raquíuticos y muy mal ataviados. Todos poseen televisor, todos ven y desean lo que por ellas se escupe, y muchos caen en la delincuencia para conseguirlo. Estoy viviendo en un mundo feliz, un mundo variopinto para el turista de vacaciones, para ese turista que desea espetar sobre sus amigos y compañeros de trabajo cientos de experiencias que le hacen comprensivo con las situaciones que han visto, y libre de pecado, por la beneficencia superior que observan desde sí mismos. Naciones colonizadas por los magnates del primer mundo para que produzcan lo que estos magnates quieren que consumamos aquí en Europa, Estados Unidos o Japón. La diferencia del precio de usurpación, con el precio de venta, es tan geométrica que da vergüenza exponerla aquí. No importa que millones de campesinos pobres sean arrojados de sus tierras hacia los guetos de las moles urbanas del 3er. Mundo. La mano de obra siempre estará dispuesta para esa creciente des-focalización de las industrias que ya no son rentables en el 1er. Mundo. No importa que las reglas de la demografía se descontrolen. Hemos de decir que hay un sentimiento hasta cristiano al regalarles a estos hombres y mujeres pobres con esas campañas de vacunación que evitan que sus hijos mueran tan pronto. En realidad esto es mucho para mí, pero ¿qué futuro les damos después? El futuro de que serán los nuevos peleles en el juego de los grandes, como también somos nosotros, las clases menos asalariadas y más abundantes del 1er. Mundo. Nosotros, sin embargo, vivimos mucho mejor, aunque muchos no disfrutamos de nada mejor. Estamos todos estresados y locos por ir a la moda. ... Y con la globalización se desarrollan algunas naciones pobres, comen mejor los ídem, menos mal, se prueban nuevos cereales que resisten mejor las calores que van en continuo aumento; todo se fundamenta en el crecimiento alocado y el PIB siempre ha

de crecer porque si no se generan las crisis y así la pobreza. Mundo alocado que se come a sí mismo y que no conserva nunca nada. Odio la ciencia de la demografía, la ciencia de la economía, la estadística neo-liberal. No tienen alma, no creen en Dios.

Andrés necesitaba de esta explicación de nuevo, para resituarse. No hace falta decir cómo ciertas situaciones, como las de la necesidad, hacen que el hombre y la mujer sean mucho más humildes, mucho más fervorosos religiosamente, hasta mucho más humanos con sus semejantes. Hasta el arte y la literatura tienen su mejor momento. No es que debamos invocar por las penurias, al menos por ese medio equilibrio entre hambre y progreso; no es que queramos que los gobiernos del mundo se capaciten para que los hombres y mujeres de sus naciones obtengan un nivel socio-económico y no otro superior. No hay que hacer sufrir innecesariamente. Tampoco queremos robots, sino que por sí mismos sepan encontrar, en diferentes situaciones, formas que les hagan hombres y mujeres superiores, mejor dicho, edificantes. El concepto de hombre superior, que aquí utilizamos, es el del siglo XIX y no el del siglo XX. Hombre superior en el siglo XIX es aquel que afronta su vida, independientemente de su estadio económico, de manera totalmente comprensiva con los demás. Tiene hasta dotes artísticos y domina las principales cuestiones morales y filosóficas, pero de manera que no perturben ni a él ni a los demás. Frente a las desgracias no se siente alegre, pero tampoco clama por un desvarío dramático. Sería como un Séneca a lo siglo XIX y tamizado con el mejor de los cristianismos. Claro, que este hombre nada tiene que ver con el incipiente anglosajón burgués y sus alumnos adelantados, el francés opulento y el alemán capitalista.

Antes de comenzar a caminar, de ir por el camino de la Zapatera, se cruza delante de nosotros una niña negra, y es que en este pueblo, ahora muy turístico por los balnearios, se precisa de mano de obra suficiente para que los balnearios funcionen convenientemente. Y así, este pimpollo negro, esta bonita cría, se cruza delante de nosotros, vuelvo a repetir, y nos dice muy educadamente “*Hola, muy buenas tardes.*” Sí, tanto que hay otras niñas negras maleducadas y hasta estúpidas. Pero como también las hay españolas. Y deberíamos hacerles comprender que deberían cambiar hacia el bien. Pero es que solo nos fijamos, solo saltamos, solo nuestro racismo adquirido o no adquirido se revuelve dentro de nosotros cuando el color de la piel es distinto. Claro que hay barrios donde la delincuencia y la droga la dominan, sobre todo, los extranjeros, como asimismo hay mucha mayor pobreza en el Mundo y los magnates de nuestra querida Europa y de nuestros queridos Estados Unidos, incluida Japón, se preocupan de que ahí continúe estando la pobreza, en esos lugares, para beneficio suyo y para propina nuestra, la de los peores asalariados. Esta niña negra es feliz en este pueblo tan bello, donde sus padres le pueden dar bien de comer y llevarla a la escuela. No pidas mucho más por ahora, no caigas en la tentación de Midas y quieras ser más, como muchos de esos egoístas también blancos y a los que pretenden unirse otros ignorantes negros.

¿Es necesario explicar más, del camino de hoy?

Por la noche vuelven al piso. Y cenan tan tranquilos, tan celestialmente en paz, sus tortillas a la francesa, su jamón, sus tomates y pepinos con aceite, sus frutas, sus dulces, con el suave rumor del correr de los niños por la calle, de las conversaciones de la suficiente gente que pasa. Y ponen después el telediario de cualquier cadena. Y hablan del *Estatut de Catalunya*, del *premio Príncipe de Asturias*, de un conductor de Fórmula 1 o de cómo las empresas españolas van teniendo cada vez más peso en el mundo. La vanidad de las naciones...

Tiene muchas ideas extrañas nuestro querido Andrés. Pero puede hablar y pregonar quién ha sido comunista, anarquista, nacionalista, franquista o hasta en cierta forma racista. Sus ideas casi siempre eran las mismas, aunque no encajaban en ningún ideario político, teológico, filosófico o hasta científico. Sí, así de claro. Cambiaba de chaqueta, como se hace habitualmente, pero por distintos motivos. Porque nuestros políticos no es que cambien continuamente de partido: el *chaqueterismo* real es aquel que hace decir a los políticos distintas cosas para las mismas cosas que a los distintos públicos dirigen. Así su política será buena cuando manden, y la misma política, mala, cuando la hagan otros que no sean ellos mismos. ¿A qué esto os suena?

Tontamente creía en la humanidad universal, en que todos, como dijo Cristo, nos debemos amar, y que nuestros enemigos deben dejar de serlo, a pesar de todo. No hay religión del castigo. Los pecadores deben mejorar, deben intentar salir del camino equivocado, pero lo más importante es que les debemos comprender. El que ha caído bajo las garras del juego, o cuando el alcohol lo ha llevado a la calle, el enfermo de sida, que es ahora un apestado como buen homosexual que se merece la enfermedad, es cogido por sus manos y acompañado. Se habla con ellos, se les escucha, ¡eso!, se les escucha, y ven que la conversación es igual con ellos que para con ellos o como con cualquiera. Se mira a los ojos, pero no intentando dominar al contrario como cuando enfermizamente hacemos en los transportes públicos. ¿Qué importan esas cosas para Dios, para los entes superiores? No se les martiriza con su pecado, con su error. Todos podemos pecar, errar, hacer daño, pero también debemos poder esperar el perdón, la comprensión, la posibilidad de ver lo mal que nos hemos comportado. Y que conste que el homosexual, para nuestro Andrés, no es un ser pecador. Ya discutiremos, mis queridos felinos, sobre el Cristianismo a la carta, cuando durante siglos casi el mismo menú nos habéis servido por motivado interés. Aunque los tiempos también tienen que ver...

Todo puede complicarse, pero todo debe, de nuevo, encarrilarse. Andrés es muy dado a la dispersión por culpa de la enfermedad, pero a una dispersión que le bloquea casi en el acto. Mejor sería decir confusión. Y cuando los ramalazos de la patología le dejan estar y el raciocinio lleva durante suficiente tiempo engrasándose, puede llegar a concebir maravillosos planteamientos. Al menos el narrador así lo cree. Creemos tantas cosas...

Que paz aquí en el sillón, después de cenar, viendo tan felices aún a mis padres. Dan el telediario y con la suficiente paciencia me dejo invadir por las tonterías que estos locutores, que se creen estrellas, me espetan. El nacionalismo, el nacionalismo. No aprendemos ni con Hitler ni con un Stalin y su idea única, ni con Mao ni otros *majaretos* peligrosos. Ni ahora con el neo-liberalismo, la única línea a seguir, porque como dijo alguno: el capitalismo es el sistema económico menos malo. Por eso lo debemos aceptar, ¡claro!... Socialdemócratas, populistas, liberales, demócratas cristianos, centrados, etc., etc. El nacionalismo... Que puede ser español, al estilo legionario o al estilo burgués interesado. El catalán es más agresivo y disociador porque busca su espacio. El vasco más violento. ¿Será cuestión de carácter? No porque las cosas sean, las debo aceptar. No porque una mayoría gane, la idea que gana es la buena. ¿Recordamos de nuevo las elecciones de la Alemania del 32? Una idea la puede seguir solo un imbécil y ser precisamente la única buena. En fin, ¡estúpidos peligrosos!, leo en la etiqueta del vino:

Este vino ha sido envejecido en nuestras bodegas, con calma, con paz y al abrigo de la luz para conseguir un vino que sirva de emblema a nuestra tierra.

Todo bien hasta que llega la fatídica palabra *emblema*. ¿Y por qué no bandera, escudo, espada, cañón, bomba atómica? Que sí, que las cuestiones son de grado, pero el grado que ya hemos alcanzado es éste, y exigimos ya nuestro lugar los apocalípticos. Mi madre es aragonesa, de Alhama, ella tiene una dicción muy especial, un acento como de niña pueblerina y las palabras... ¡se inventa mucho sobre la marcha! ¡Es tan original! La falta de escuela le dio libertad en este sentido. Y va de Alhama a Barcelona como al revés. Vive aquí y allí y ama la tierra que le ha acogido, pero se vuelve de nuevo a Alhama y para ella todo es lo mismo, son carreteras y trenes que comunican, son las mismas nubes y las mismas aguas. Hay diferencia de carácter, pero a ella eso no le importa porque lo único que quiere es que no le falte comida, que pueda caminar al sol o a la sombra, que pueda comprar lo que a veces quiere, que pueda disfrutar de los gorriones de la autopista también, que sus hijos se sitúen en la vida de manera suficiente... Y este es su nacionalismo, tan ondulado, tan lleno de meandros, tan rústico, tan agraciado por el fresco de la mañana. Y sabe que sus días son unos cuantos en esta Tierra. ¡Que a saber adónde nos lleva Dios! ¿Por qué luchamos tan cruentamente. Parece que nos vayamos a llevar allá nuestros floreados ejércitos, nuestras primeras industrias, nuestro orgullo tan descabellado. ... Y viendo la tele mis padres hablan con el vocabulario y el acento que la escuela no les pudo ofrecer. Y mi padre se conforma con ese purillo después de comer, antes de comenzar a jugar a cartas en el bar. En España me gustaría que las cosas a nivel de nacionalismos se quedasen como están en las profundidades de los corazones buenos. Bastante mal ya se ha hecho a lo largo de la Historia como para continuar seguir haciéndolo todavía peor. Habría que mejorar los salarios, la forma de trabajar, de divertirse, las relaciones internacionales, ¡vamos!, mejorar todos esos rollos que os he ido contando desde hace un buen rato ya.

¿Habrá que mover poblaciones de nuevo? ¿Depurarlas incluso? ¿Crear nuevas leyes de estandarización? No sé lo que ocurrirá, porque yo no tengo más fuerza que la de mis límites, los cuales son tan nimios. Y me duermo ya, hasta en el sillón. Mis bellos ojos se cierran poco a poco mientras todos comenzamos a echar las cabezadas. Silencio a nuestro alrededor. La tele la hemos bajado ya de volumen. Pronto la quitaremos y nos iremos todos a dormir. Es tan placentera esta vida. Esto es lo que le pido a Dios, porque ya no nos conformamos, ya entramos dentro del vicio. *“Dios, ¿y si mi tocara lo suficiente como para venirme al pueblo? ¡Vamos, algo como para tener un sueldo como el de ahora de por vida!”* ¡Ay!, habrá que irse a dormir. Ya comienza uno a divagar, a soñar, a perderse en ese submundo mío de paisajes tan bellos y bonitos. Tengo mucha suerte. Mis sueños son muy bonitos. Y hay algunos que rozan lo excelso. ¿Serán premoniciones sobre lo que será el Paraíso? ¡Oh Dios!, llévate a mis padres tranquilamente, sin hacerles sufrir, y que me esperen en esos mundos tuyos de Dios. Señor, ¡cuánto te pedimos y cuán poco te damos!

El paseo por el campo da la vuelta de nuevo a las cosas. Ahí están todos los seres queridos de Dios. Encima de la corteza terrestre, sobre el manto y humus que fija y alimenta las plantas y árboles, están los seres vivos, los insectos no voladores, para que después se alimenten de ellos pájaros y pequeños roedores. Los insectos también los hay voladores que liban las flores y hojas. Es la vegetación el primer alimento, el primer eslabón de la cadena, para que después los carnívoros se alimenten o devoren roedores y pajarillos. Las rapaces también se cobran por medio de reptiles, ¡y cómo no!, por medio de ratones y conejos sus presas. Los jabalíes son mucho más corpulentos y ¡mira por donde! son herbívoros. Pero siempre queda todavía algún zorro, ¿quizás algún lince! ¡No!, por aquí ya no. ¿Cómo va a ver lobos? Y después llegan, como primeros dueños de toda la vida que Él ha creado para nosotros, el hombre y la mujer. El ser pensante que puede destruir todo lo que se le ha dado hecho, porque nosotros, los humanos, solo transformamos las cosas. Somos incapaces de crear, por mucho que todavía estemos jugando a la biología. Cuando decimos crear es hacer una vida y unas especies nuevas. ... Espero no equivocarme y que seamos incapaces de hacerlo. ¿Y si no? Siempre estaremos bajo el dominio de las 3 dimensiones. Así, ¿cómo no va a estar Dios por encima de todo este orden platónico-aristotélico -yo me curo en salud- que algunos, ¡bueno!, han transformado en orden material? El hombre en el vértice superior de la pirámide intentando traspasar la frontera para dirigirse hacia el otro triángulo. ...

Me gusta ver el campo de esta manera, a distancia lejana, incluso con la mirada miope. Porque las viñas, al lado de almendros y melocotoneros, de cerezos, de agradables frutas, que el parnaso terráqueo regala, son un primor para la mirada. ¿Y esos tomillos, ese té encaramándose por las laderas hacia las alturas? ¡Oh hermoso espliego que aromatizas el aire que me palpa la cara! Las piedras forman el estrato

primario del que las plantas, los primeros seres vivos a tener en cuenta con la mirada, se benefician para regalo de pintores y poetas. Los animales revolotean, abejas y mariposas, moscas y avispa incluso. Se escurren las zarandillas sobre las piedras de los lindes de los campos. Deben de haber culebras mucho más lejos del camino. Pájaros que vivís, no sé de qué, alegráis con vuestros pares mis pensamientos. Es raro que veamos algún conejo o animal mayor. Se esconden al escuchar nuestros pasos, asustados. Las rapaces dibujan el cielo azul y apenas desdibujado con algunas altas nubes. ... ¡No!, si me acerco más a vuestra realidad, veo que os devoráis unos a otros, ¡por necesidad, quizá!, pero os devoráis. Desgarráis los tejidos de vuestras presas, machacáis las cabezas para que glotoneen vuestras crías, esas tan bellas de ver. Y la serpiente traga la presa entera del gracioso ratón. Los buitres aprovechan, como buena señal ecologista, los cuerpos abandonados. Hay que limpiar el campo. ¡Qué mejor labor de la naturaleza! ¡Sí!, la naturaleza es muy lista. Dios ha sabido crear algo tan superior y tan grande. Cientos de pensadores, en todas las religiones y culturas, hablan siempre de orden natural, de lo lógico de las cosas, independientemente algunos, del Poder Supremo. Pero ahí está la Naturaleza como fuerza independiente, metafísica, que sirve a los científicos agnósticos o incluso ateos, como justificante cuasi divino de la Divinidad que niegan. ...

¡No!, el campo lo prefiero ver de lejos, al menos a esta distancia mía, desde la senda, lejos incluso de la segunda idea divina, de la que tuvo Dios mucho después. Yo como carne en el plato, no puedo evitarlo, estoy tan acostumbrado, pero me lamento de ver a los animales devorarse unos a otros aunque solo sea por necesidad natural. Que mal hecha está la naturaleza, ¡Dios mío! Quiero que la vida sea como la que contempla el pintor desde tan lejos. Como todas esas pinturas de naturaleza muerta, de simple exposición, así yo quiero la Naturaleza, así yo quiero el mundo que quizá nunca podrá ser. El ratoncillo ha comido insectos cuando el zorro lo caza. ¿Por qué no puedo ver separados, como en los álbumes del cromo, al saltamontes, al ratón y al zorro, todos con sus colores, sus diferentes cuerpos, con sus formas, y cada uno como viviendo del aire, como de ese líquido etéreo que reparte Dios sobre el mundo, y que por lo cual no necesitará cada uno violentarse contra los demás ni esconderse de estos mismos por miedo, como las montañas y sus barrancos, como los aluviones que la riada forma, como seres que simplemente observan y que sirven tan solo para ser observados y así apreciados? Sí, así me gusta Señor contemplar la naturaleza que Tú has creado, desde tan lejos, desde el borde del camino, como un ser que algo no comprende de Ti y al que Tú le has dado el don de la duda, de la libertad. Gracias al menos por poder discutirte. De seguro que Tú no te vas a enfadar, que van a ser esos semejantes míos, que también tienen libertad, los que sí se van a enfadar y muy en serio, quizá crucificándome o apedreándome.

Huye ligero por el camino. Se introduce por sendas desconocidas, por bosques nunca vistos. Puede que los animales aquí sean en formato cromo. La música suena por detrás de las pequeñas lomas para que las altas cordilleras que las rodean evoquen tan maravilloso sonido. Los poetas y pintores han abandonado a sus musas su trabajo.

Ahí están, encima de mesas naturales para la contemplación del visitante, del hombre curioso y sentido. El silencio más dulce sirve de interludio, para los momentos en que la mente también necesite de su descanso, aunque el Paraíso asome por todos los lados. Todo se cansa, todo necesita de su plácido sueño. No sabríamos decir si este mundo moderado, tan cartesiano incluso, pudiera tener lógica, existir por sí mismo. Desde cierto punto, sí. Tenemos la química que cualquier ser vivo necesita para su manutención. Podrían formarse por medio de poderosas máquinas las dietas necesarias para cada uno. En forma de pastillas, o en porciones más o menos grandes, todos libarían, engullirían. Más poético es pensar en el éter universal, como aire que se respira. El resto del tiempo estaría dedicado al juego, a corretear por el relieve regalado por el modelado natural, por la erosión incluso. Así todos los cuadros pintados a lo largo de la Historia Universal tendrían su sentido. Todas las naturalezas muertas, desde Leonardo da Vinci hasta Cézanne, tendrían todo el sentido del mundo.

Durante las vacaciones de verano, en un pueblo es muy fácil que se coincida con un entierro, al cual hay que ir como marca la buena costumbre. Yo conozco a la gente muy de refilón, pero como siempre me pego a mis padres y a mis tíos, preguntando se va a Roma, en este caso a misa, y bien agazapadito hago todo lo mismo que hacen ellos, y doy el pésame y regalo besos. La verdad es que lo siento aunque solo conozca a la gente de vista. Siento el antiguo fervor infantil, de cuando fui monaguillo y mis pequeños ojos se fijaban en serafines y querubines, sobre todo. Mis compañeros de clase eran distintos. Los peores eran muy desagradables, pues me decían las peores blasfemias para hacerme daño intencionadamente. Comprendía entonces qué era el mal. Hoy en día igual son muy buena gente y no explotan a sus empleados, declarando todas sus horas a la seguridad social. Por eso debemos relativizar, siempre poner en cuestión nuestros miedos y fijaciones infantiles, no cosa que se nos vaya la mano cuando adultos y nos convirtamos en unos tontos psicópatas.

La muerte... La muerte es un rumor que corre rápido por todas las tiendas del pueblo. A mi casa llega la noticia primero en forma de campanadas fúnebres, sin concreción, y después, cuando mi padre vuelve de la panadería y nos dice que ha muerto la señora T... Era de esperar, pues ayer estaba muy mal. Hoy el derrame ha terminado su tarea. «*El entierro es a las 5.*» La muerte, después de la misa y del pésame, es un cementerio, un rectángulo sobre la tierra donde se mete la caja y se echan kilos y kilos de tierra encima. Las nubes vuelven a pasar, las montañas rodean con su mismo paisaje al cementerio. El ruido de un tren, a lo lejos, interrumpe con su filo el silencio. Y desciende sobre la base el ataúd para que nos despedamos para siempre de la señora T... Toda una vida, todas unas vivencias y unos sufrimientos, con sus habilidades y con sus defectos, con sus buenas y con sus malas maneras. Ahí se tapan muchos años de vida, ahí se entierra toda una generación.

La muerte la entiende Andrés como esa soledad que cipreses y hierbas van renovando con nuevos seres muertos. El temor se confunde con el miedo y muchas veces él se dejaba llevar por el terror de películas y de viejas historias. Ahora cree de otra manera en la muerte, porque siempre es la misma aunque pasen y pasen más feligreses por el camposanto. En un pueblo todavía se entierran todos en la tierra, como respetando el origen de la palabra. Todavía continúa la misma costumbre, la misma muerte. Y es que ella jamás ha cambiado. Andrés continúa prefiriendo un lugar fijo donde ir a rezar, donde ir a ver a los muertos. No quiere nuevas filosofías ni cenizas al viento. Él es muy humano, muy contingente y solo entiende los muertos en un mismo y único lugar. A pesar de que el alma es vaporosa y se va donde le da la gana, dicho todo esto con el mayor de los respetos, pues Andrés siempre bien ha sabido que el alma, en ese estadio que alcanza tras la muerte, es dejada por Dios a su libre albedrío, hay unas normas, y cuando los familiares acuden a visitar la lápida del cuerpo al que querían, el alma retorna inmediatamente y asiente con el espíritu a los que le visitan. Muy niño todavía de mayor, pero nadie sabe mucho más. Y todos vuelven al pueblo, carretera adelante hasta que cada uno acuda de nuevo, sin saberlo, a verse a través de uno de los 2 planos de la vida.

La muerte en las vacaciones de verano tampoco ha cambiado nada. Continúa siendo la misma, impasible, irresistible, inoportuna la mayor parte de las veces, deseada y temida, fervorosamente entendida por algunos. ¿Por qué siempre tiene que haber una simple minoría de elegidos para ciertas cosas del entendimiento? ¿Por qué la masa general no comprendemos? Pues a eso vino Jesucristo, dicen, a salvarnos a todos, al menos a regalarnos el mensaje universal por el que entender esta vida, por el que saber sobrellevarla lo mejor posible. Somos muy simples todos, ¡se ve! Quizá deberíamos tener algo más de tiempo. Quizá nos deberían haber enseñado todo mucho mejor. Quizá nos han borrado la mejor excusa sin ofrecernos nada mejor a cambio. Yo, mientras tanto, por costumbre, por amor a mis padres, porque he visto la muerte de cara, porque es evidente que he rehecho mi fe a la carta gracias a pedazos de arte, que poetas y novelistas antiguos me lanzan continuamente, pues eso, sigo todavía en pie y me refirmo en lo que más se parece al aire que necesito en todo momento. Las montañas y ríos es así que se convierten en paisaje, albergando de nuevo el sentido del juego de los niños. Todo vuelve a tener ya sentido tras superar una nueva crisis. ¿Cuánto durará, Camus, pues la alternativa todavía es mucho peor, destrozándome lo que aún llamo mi alma?

Hoy va al lago termal. Las aguas calientes manan de su mismo fondo. Un ramal importante proviene de un pequeño estanque a pocos metros, pero el hombre ha debido situar la piscina mayor donde debe. Medio metro, uno, dos, tres y cuatro metros, profundidad para todos los gustos, y lo más importante, no da impresión cuando uno se echa al agua. Al agua, bajo ese verdor y variedad arbórea, al trasluz de cuyas hojas podemos tener sombra también, como escondiéndonos del sol, de las

nubes, como queriendo jugar con la naturaleza. De pequeño hubo muchos deseos que no han podido cumplirse, muchas ideas que se tenían sobre el futuro, sobre qué se haría a partir de los catorce años. La realidad ha sido que la enfermedad, las complicaciones, las dificultades, la vida en suma, han decidido las cosas de otra manera. Pero el resultado no amarga a Andrés. Ya dijimos que el tratamiento doble de farmacología y terapia grupal ha dado su resultado desde hace un tiempo, desde hace unos meses, y que por lo tanto las piezas sueltas, como dice la canción de *The Hollies*, han podido ser recogidas y dispuestas de la mejor de las maneras. Durante la adolescencia o la juventud no se han podido hacer muchas cosas previamente deseadas, pero más o menos se han recordado, y de cierta manera, mucho más tarde. Al menos ha habido memoria. También es verdad que cosas, que le han enriquecido, no estaban presentes previamente. Se aprende más con el dolor dicen. Parece ser certero el adagio.

Ahora nada sin ninguna rémora por parte de su pensamiento. Se mete bajo el agua y bucea sin ningún miedo premeditado por su desordenada cabeza. Bucea y en paz, goza. La luz y el sol, el que se hará a continuación, no importan. Todo es comedido por fin. Por lo tanto, con este nuevo orden hasta un nuevo tipo de poesía, mucho más alegre, se podría tañer si supiéramos hacerlo. ¡Ah!, qué placer después, al tomar una cerveza bien fresca, la única por hoy. Conoce bien sus límites por fin y eso le hace mucho más feliz. Comienza un tío suyo a hablar de pisos, de los pisos que tiene uno, de los pisos que tiene el otro, del coche nuevo de aquel tío primo del *acuyá*, de la jubilación alcanzada por uno más *acuyá*. *Acuyá* también tiene la idea de comprarse un nuevo piso en el pueblo.

- ¿2 en el pueblo, tío?

- Sí, aunque más adelante, sobrino, venderemos el de la *Cerrada*.

- Eso ya está mejor, porque si no son muchos gastos, mucha limpieza a hacer, muchas preocupaciones en la cabeza. Solo necesitamos un piso donde vivir, tío.

- Sí, es verdad.

Mi tío se preocupa mucho por las propiedades, por los millones, por las fincas y pisos, por los coches, por los seguros, ¡vamos!, por las banalidades que a todos nos hacen perder la cabeza y un tiempo precioso. Creo en el buen vivir, en una finca o en un chalecito con su jardincito o su huertecito, ensuciando el campo; ensuciar el paisaje a todos nos gusta. Ahora estoy más por adosar casas al centro urbano, a Alhama en este caso, y dejar el campo limpio y libre. Lo malo es si crecemos mucho, pero creo que Alhama tiene incentivos para que la cosa se estabilice. Darle a la cabeza solo produce quebraderos de ídem, sea por causas irracionales como la de mi enfermedad o por no sé qué tipo de intereses. Con mi religión-filosofía-forma de vida cristiano-estoica-no fanática-etc, creo que he conseguido estabilizar mis desórdenes mentales por los que tanto se preocupa mi tío y que a todos nos tientan alguna vez en la vida. Estamos en un pisito muy mono, en el centro del pueblo, con balcones al sol, con luz durante todo el día y donde el sol colabora no dándonos por la tarde. ¿Para

qué queremos jardín o patio? Sí, uno trasero no lo discuto, pero el campo, todo entero para nosotros, lo tenemos tan cerca. Y además, sirve para reflexionar, para juzgarnos incluso con valentía. Solo es necesario para aquellos ancianos, para aquellos enfermos que estarían tan bien junto al fresco verde de un patio interior.

A Andrés le caía como instinto de culpa recordar la desgracia de su prima con su marido. Por muchas causas, por muchos y estúpidos actos en los que creemos, él se había matado en un accidente de tráfico. Su hijo solo tiene tres años y ya la desgracia está con ellos de por vida. Antes había habido una separación, incluso una orden de alejamiento, y el posible vicio, juego o bebida, a él le perseguía, parece que sin ninguna cordura. Además, hubo una agresión a mi tía por parte de él. Se había vuelto loco, momentáneamente se volvió loco, perdió los estribos, ¡y claro!, entre su carácter y su catalizador, el alcohol, poco se podía hacer. Pero Andrés siempre tendrá en su pensamiento el no haber podido hacer nada. La distancia es lejana, y más cuando la relación es puntual, pero ya que parece que no se aclaraba la pareja, allá tan lejos, que no ponían las cosas sobre la mesa de una forma más calmada, Andrés pensaba ahora, tras superar la enfermedad –maldito lastre- el que se podían haber jugado ciertas piezas de otra forma, jugando, como en la baraja, como en el ajedrez. Al pensamiento abstracto le gusta reducir los actos humanos a sencillos monomios que pronto se convierten en polinomios. Ello ayuda, pero a la vez te desinhibe para jugar, para manipular las cosas del corazón sin ningún fundamento. No hay que llegar muy lejos; nuestro personaje solo busca metáforas con las que enriquecer su arte, pero el juego de los dictadores y fanáticos no anda muy lejos de ésta, en principio, trivial partida de ajedrez, y eso sí que aterriza.

Las manías son terribles, le pueden hacer a uno perder el norte, ver que las cosas importantes de la vida ya no lo son. ¿Qué importa el orden excesivo, la limpieza desmesurada? ¡No! El hombre y la mujer deben saber dónde tienen su límite. Sus primos le estaban dando más importancia a las cosas que a las personas. Siempre estaban hablando del parquet de casa, ¡de los posibles rayones! ¡El niño no podría jugar con los juguetes! ¿Ni con una manta? Creo y creerán ustedes, a primera vista, que es más importante el juego de los niños que el parquet de sus casas. Parece ser que lo difícil es llevar a término este axioma. Bien, el tabaco y la bebida, el trabajo en un bar, las tentaciones, las mujeres, ¿por qué no? A Andrés no le habían gustado algunos comentarios de su primo.

Pero la desgracia tiene que llegar de golpe, sin previo aviso, porque todos estamos bien metidos en nuestro caparazón, en nuestras necedades sin límite cuando ya no hay remedio. Se habían dejado llevar. Mis tíos también, con sus manías materiales y de limpieza. Ellos habían regalado mucho a sus hijos, incluso la entrada de un piso y miles de vicios más como comer en restaurantes a menudo, viajes, etc., pero ponían una extraña condición, que la relación con sus consuegros más pueblerinos fuera esporádica. No podían venir al piso de Madrid porque “*lo podían manchar*” y las manías se iban a apoderar del propio yerno a pesar de los sentimientos. ¡Oh, el

parquet!. ¡Oh!, las cortinas. ¡Oh, las miles de tonterías que tenemos...! Lo cierto es que cuando hubieron problemas en serio, se tomaron las cosas de la peor manera y el perdón o la comprensión no se consumaron. ¿Sabían lo que éstos significan cuando solo sabían hablar de cosas y de presunciones al respecto? Mi primo quiso pegar a mi tía y la locura adquirió entonces caracteres de nudo gordiano. Pero Alejandro Magno cortó de nuevo con la espada un problema que debía de haberse resuelto de manera cordial, si, de manera cordial. A pesar de la cruenta violencia o de la estupidez generalizada, se podían haber tomado las cosas por la raíz, se podía haber hablado de lo que a uno le quemaba, de que sus padres no eran bienvenidos; aunque él bien aceptaba por el beneficio económico que sus consuegros le otorgaban. Nos acostumbramos fácilmente a lo más vulgar, al dinero y al qué dirán. Mi prima, bastante histérica muchas veces, perdió toda capacidad de raciocinio, y nosotros desde Barcelona, por el simple y odiado teléfono, no nos hacíamos cargo de la situación. Yo odio el teléfono, me da vergüenza hablar por él. Puede que sea también otra manía, pero no lo puedo evitar. Y no hacerse cargo de la situación es no poder intentarlo. Siempre me quedaré con esta deuda, pero no puedo martirizarme más. Mis fuerza han sido limitadas. Precisamente yo me estaba recuperando en esos momentos, en esos y odiados momentos coincidentes, de mi último y terrible ataque patológico. No busco excusas, es que la vida muchas veces muestra un espíritu y unas formas de hacer muy terribles, pero razonando, ¿podía yo tener una relación íntima, verdadera, con primos tan tristemente básicos? Mi discurso ante ellos era la sencillez y el conformarse, pero mi música no la debí interpretar adecuadamente; se aburrían de mi labia; ¡hasta me llamaban cura!, de broma. Cuando la bestia está callada, los pecados continúan haciendo mal en el fondo de las personas, pero cuando ella despierta, es imprevisible donde caen sus zarpas, donde alcanzan sus fauces, y todas ellas, sepámoslo todos, pueden llegar a matar.

No pudo ni hablar. Trabaja en lo social y no pudo practicar en su propia familia. Los acontecimientos de esta naturaleza no pueden dejarse hacer. Suelen tener un desenlace muy rápido y cruento. Ahora al niño se le dice: «*Como hacía papá*», «*Cómo decía, ¿quién, hijo mío?*», esperando la respuesta infantil, casi forzada «... *papá*». Andrés ya no quería hablar más del tema. No podía devolverle la vida a su primo, que aunque se hubiera comportado tan mal, tampoco era culpable del todo y de seguro que había en él más de enfermedad que de innata maldad. La maldad que llevamos la gustaría medir Andrés, pero una vez que los hechos se han consumado, ¿de qué sirve hacerlo? Ni Dios puede que tenga ganas de hacerlo tampoco. Andrés ya no tenía ganas de disculparse, de lamentarse. No iba a decirle a su prima la falta de iniciativa por su parte, de por qué no pudo hablar con ellos. ¿De qué servía, ya? No eran momentos de buscar excusas, por mucho que éstas fuesen tan justificables. El tiempo ya era el amo en esta situación y a él tendrían todos que rendirse tarde o temprano. Andrés no lo puede controlar todo; no podemos estar atentos a la debacle argumental de tantas almas que solo se animan tras dar los mismos pasos de ciego. Qué frase para excusarse, pero a ciertas edades, en determinados capítulos de la vida,

parece que ya siempre es tarde. Pero los que tenéis mayor pericia sobre las cosas principales de la vida, intentarlo si vuestras fuerzas ígneas os lo permiten.

Describir el accidente coloraría de impresionante fotografía este libro. A este libro le falta, aparte de muchas cosas, este retazo contemporáneo de violencia, de grandes efectos. ¿Queréis saber si su cerebro sobresalió de la cavidad ósea que le rodeaba? ¿O si algunos de sus miembros se despedazaron? Por mí no lo vais a saber. Además, este libro narra, con mejor o menor acierto, parte de la vida de unas personas y los sentimientos y creencias de un hombre.

El año pasado, recordando el mismo paseo de hoy, venía a menudo a la piscina del pueblo. Andrés estaba en permanente lucha consigo mismo. La nueva medicación tardaría mucho aún en hacer su efecto y hasta febrero no pudo comenzar con la terapia, donde verdaderamente iba a aprender los trucos que le sanasen, que le hiciesen llevadera enfermedad tan crónica. Los efectos secundarios eran bastante desagradables, pero Andrés tenía clara su meta. Debía curarse. Esto sí que lo tenía claro. «¿Por qué mi primo no tenía claro esto?» No era quizá su momento, diremos ciertos beatos, pero hay situaciones en la vida que se nos pueden irse totalmente de las manos aunque tengamos, en líneas generales, la suficiente capacidad. Los arrebatos, la irascibilidad, un mal momento, pueden ser terribles y ser el desenlace irremediable de por vida. Leía el año pasado *El lobo estepario* de Hermann Hesse y había mucho material interesantísimo, aunque la resolución fue rara para él, porque simplemente quizá no la entendió. Aunque ya a esas alturas el entender o no un libro no era lo más importante para él. Muchas veces los propios escritores, las propias personalidades que los escriben, poseen una experiencia de la vida que no es lo que necesitan otras personas. Y Andrés, ¡cómo no!, tiene sus límites empíricos e intelectuales. Sea como fuere, no le importaba ya pasar por ingenuo. Él tenía su propia manera de ser, y lo que sí es más importante, es que hablaba, cuando estaba en un ambiente adecuado, sobre cualquier tema y sin rubor. Eso es lo más importante, no presumir con las experiencias, sino enseñar con la vida, como también aprender con el diálogo. Él no busca impresionar, simplemente desea curarse. Está harto de las charlas de supuestos intelectuales que están al acecho del error, del disparate; Andrés, en sus desenfadadas charradas, acoge a cualquiera, y enseña y aprende cuando se da el caso, siempre de manera natural.

La piscina de un pueblo como Alhama incorpora un matiz muy importante con respecto a otras piscinas, y es el de la rusticidad. Los perales y manzanos la rodean para que el aroma natural se impregne en el ambiente. Los riscos y todavía los antiguos postes de la luz o del teléfono dibujan el cercano horizonte. Más allá son otras las montañas y campos los que quieren rematar la fotografía. En su cabeza suena Perry Como y es agradable mezclar su música con el adecuado casino, que

también lejano, se aprecia en otro de los ángulos de la fotografía. El casino es de los años veinte, solo sirve para escuchar música tomando algo fresco y un *krooner* como Perry merece ese espacio solitario e íntimo para regalarnos con su voz. El casino del balneario de Termas Pallares crea el estilo adecuado para una época, con los jardines al fondo, con los hoteles a su izquierda, pegados a los cerros tan agrestes, con las aguas de sus baños en su interior, con el largo termal siguiendo a los jardines para ofrecer un conjunto más adecuado al paseo y al romanticismo, ¿por qué no? A pesar de todo, Andrés cree que las cosas de la vida y de este mundo deben considerarse de manera sincrónica. Perry, en su momento, es vivido, comprendido y no resulta en absoluto fuera de lugar si se le hace ser como fue. Perry ocupa un lugar importante en la discografía de Andrés. Es tan fácil ocupar ese lugar. Y más con respecto a la música del siglo XXI. *It'S Easy To Remember*.

Y el silencio irá poco a poco matando el recuerdo. La vida inexplicablemente tiene que continuar. No puede abandonarse al niño. Las cosas las veo desde fuera y es tanto lo que ya no puedo hacer. En fin, hagamos bien lo que a partir de ahora sí se puede hacer. No ser montaña, no ser río, no ser ese conjunto mudable por los mismos elementos y que la acumulación, la forma, nuestra razón, los hacer ser tales. Porque al contemplarlos los vemos tan inexpugnables, tan suyos, tan milenarios, tan sedentarios, tan sincrónicos, tan despreocupados de ese valor que nos aterroriza, de esa variable llamada tiempo. Es tan corta nuestra vida, sí, ahora que ya somos mayores, porque cuando somos pequeños, como esos niños que corren y se persiguen ahí abajo, somos, repito, tan niños, tan despreocupados... Porque niño es la despreocupación, es el momento puntual e intolerante a la hora de matar el hambre, a la hora de querer hacer algo, pero sin importarles nada el tiempo, porque el tiempo es él mismo, es toda la vida que le queda por delante. No teme más que lo inmediato, que le puedan pillar en el juego, que se ha hecho daño al caer sobre las rodillas, que tiene gana sabiendo que pronto le van a dar la comida. En cambio, esos niños africanos muertos de hambre han perdido ya toda la niñez. No comprenden nada. Han sido *diacronizados* por la estúpida ley de la Demografía, esa especialidad que demuestra nuestra falta de ética y que se complace en ser una simple disciplina más de una mucho mayor, la llamada e indiferente Historia. Están como si dijéramos en el mismo limbo. Tienen una necesidad, la más primaria e importante, y nada, que no saben nada, ni por qué están así ahora. Y se dejan caer por los miembros de sus madres desesperadas, de sus madres que ya no tienen ninguna esperanza. ¿Odiar esas madres? Lo sabrán los que están cerca de ellas. ¿Sus maridos? ¿Sus hijos mayores? Quizá nos digan algo los que de verdad van allí a ayudar y conviven con ellos meses y meses, años incluso. Aunque la verdad, ¿para qué nos importa saber esto? Para acumular en nuestra ciencia monumental datos y datos sobre todas las cosas, sobre todas las disciplinas y circunstancias que se dan en nuestras vidas, según las variables del espacio físico y social, del tiempo antropológico e ideas varias. Nuestro sentido científico general, incommensurable, me da miedo, mejor dicho, me da asco muchas veces. ¿Por qué no se resuelve el problema de una vez por todas y ya está?

Tiran piedras sobre la carretera. De él ha salido la idea y un enfermizo deseo surge dentro de Andrés. Quiere tirar también las piedras como su primo. Hasta que desde la vía del tren, del camino que circula paralelo, les increpan vecinos del pueblo: «*Sinvergüenzas, ahora se lo diremos a vuestra abuela, a vuestros padres. Canallas.*» Y el terror se le apodera a Andrés y no tanto a su primo, cuatro años menor que él. Su primo menor tenía esas ideas locas de golpe y de repente. Había dentro de sí algo inaudito, algo que como un fogonazo podía terminar muy mal, pero que también gustaba a Andrés en algunas ocasiones, en muchas más de las que él se cree ahora. No había disculpa, pero el miedo se incrustaba dentro de él cuando Pablo traspasaba una frontera que Andrés no entendía a veces por qué existía. Recuerda muy lejanamente como comenzaban las ideas a situarse dentro de su cabeza, pero todo, quieras que no, aparece en su pasado siempre muy difuso. Cuando solo tenía seis años ya era terrible su primo. ¿Por qué se le dejó estar? Yo ahora voy analizar solo el resultado. No dispongo de mucha idea sobre esta vida como para comprender el origen de nuestro carácter, de nuestro frenético e impulsivo genio. Puede que haya algo innato ya en nosotros, pero ese dejar estar...

Pasan los años y el tiempo no deja de ser grisáceo dentro de Pablo. Cada día que pasa, el pueblo le odia más. Andrés ya es mayor, ya ni siquiera es adolescente y las relaciones entre ambos son muy esporádicas cuando se ven. Cuando las edades eran menores, Andrés y Pablo se trataban diariamente junto con otro primo, Mario, de la misma edad que Pablo. Muchas veces hasta venían primos y primas más pequeños con ellos. Hoy día Andrés oye barbaridades lejanas. Tampoco es que el pueblo se reúna y hable con los padres, todos juntos y en comunión de amor, como se dice en la misa dominical, todos abiertamente, incluso con Pablo. ¿Para qué sirve Señor la misa dominical sino para repetir, de memoria, las mismas frases y las mismas oraciones muertas? Renovarse o morir, ¿cuánta renovación hace falta en la Iglesia de los vivos! La Última Cena se supone que fue de comunión y de relación absoluta. Bien es verdad que hasta que no pasó Pentecostés quizá no comprendieron muchos apóstoles el significado de Jesucristo. En la misa del funeral de la señora T... el cura sudamericano se comportaba igual que los curas anteriores: rápido en la lectura, como queriendo terminar pronto, como aburriéndose él mismo de lo que decía. ¿Por qué no reaccionas entonces y haces vida del sermón? ¿Por qué ya no hay valientes en nuestra iglesia salvo los que luchan en las misiones denodadamente contra el hambre y la enfermedad, contra la injusticia, contra la guerra? Sí, es de cobardes no morir allí, o hablar y escribir aquí. Sí, soy yo también un cobarde, me gusta la buena vida, aunque si es de decir la verdad, mi vida entiende de comidas, totalmente equilibradas, y de sexo, por ahora, auto-dirigido. Sí, soy una bola ciertamente enfermiza pero que de vez en cuando coletea como un pez, como protesta contra los demás y contra sí mismo. Pero aún hoy no puedo más que escribir. Ya veremos que ocurre en el futuro, cuando tantos niñitos africanos hayan ya muerto de hambre o de

lo que con locura ahora llaman muchos desnutrición o enfermedades oportunistas por falta de nutrientes que no propician las autodefensas -cuánta palabrería-; algunos psicópatas de la religión dicen que no se muere ahora de hambre, sino de...

Pero Pablo continúa entre nosotros. Cada día sus fechorías pasan y retornan sobre la frontera de lo penal. No hace falta que pase mucho más tiempo para que algún día se le vaya la mano y termine sus días muerto o en la cárcel. Una noche fue ese día. No pudo evitar destrozarle la cabeza con una barra de hierro, de noche, a su amiguete de tantas copas, a su conocido de toda la vida. Siempre y siempre entre bromas y hazañas, alzaban el vaso de cerveza juntos hacia el cielo del bar. De golpe, sin pensar, ¿por qué la ira, la locura del momento se nos apodera a ciertos seres, débiles, enfermos, culpables? Justificar aquí sería la tarea de una buena novela, pero también puede que no contuviera toda la verdad. No sé, no lo sé y no voy a explayarme más en ese punto. Lo cierto es que aquel hombre, algo retrasado, que estuvo en la misma casa de Andrés, que era incluso “*amigo*” de Pablo, está muerto, asesinado. Y la cárcel se asoma para quitar de la vida a nuestro primo. Qué extraño resulta todo cuando uno está lejos, cuando uno solo oye las cosas por referencias. En fin, asesino, culpable, hijo de la locura, de las circunstancias, lo cierto es, ¡y esto sí es verdad!, es que nadie te ha hablado de tú a tú, ni guardias civiles, ni primos, ni tus padres, ni amigos, si los tuviste, ni nadie, ¿cómo iban a hacerlo los curas? ¿Y las trabajadoras sociales? ¿Saben de alguna postura más interdisciplinar? Nadie habla ahora más que con su silencio, por lo que todos somos tan culpables como tú. Por omisión quizá, pero culpables al fin y al cabo. De nuevo he fallado a otra persona, a otro familiar. Ahora, ¡eso sí!, intenta recapacitar, saca de tu fondo lo poco bueno que tengas y hazlo mayoría. Tú solo. Aunque es verdad, alguien te deberá hablar, alguien deberá hacerte de catalizador. Espero serlo yo, y desde aquí, desde estas páginas, compinchándome con los lectores para que después me puedan exigir no se qué cosas prometidas, vosotros lectores, que no sois tampoco seres indiferentes y asincrónicos de esta vida. Por mucho que prefiera la sincronía frente a la diacronía, frente a la violenta historia, vosotros no os hagáis los taimados y veáis pasar, sin más, por la pantalla de televisión, todo el mal que hoy día hay en nuestro mundo. Confundís la vida con el placer. Estamos en una sociedad que tiene como tabú el dolor, el sufrimiento, el mal, la muerte, mas siempre la vemos por el maldito electrodoméstico ése, pero cuando nos azota con sus coletazos de verdad, alguno de esos diablos, es cuando lloramos, cuando nos llevamos las manos a la cara y como ignorantes, como queriendo echar encima la culpa a los que no la tienen, exigimos que el Estado, que la sociedad, que no se qué ni qué fuerzas locales, se hagan cargo de nosotros, de nuestros sufrimientos. Estamos muy mal acostumbrados, porque cuando alguien sufre no nos interesamos por ese alguien. Así que cuando a nosotros nos toca, a fastidiarnos en silencio. Las desgracias solo interesan cuando son megalómanas, cuando por televisión la locura nuestra goza con terremotos, volcanes y huracanes, cuando la tierra lanza contra el suelo moles de víctimas. ¡Sí!, solo como espectáculo es como reaccionamos, porque así cuesta menos ir a la caja, hacer nuestro donativo y adiós muy buenas, por si acaso no exista Dios y nos pille luego. Cumplimos como

marca la ley, las normas y la hipocresía estandarizada. Así que cuando un ser querido tuyo muera y de verdad sufras, puede que te lo tengas que tragar todo tú solamente. En fin, ya veremos cómo acabaremos todos, porque a mí tampoco me han comprendido mucho en mi enfermedad. Cuando comencé a decirlo, para que así se me entendiesen muchos de mis actos irracionales, pidiendo ayuda, pidiendo aire, ya much@s comenzaron a mirarme raro.

Y continúan pasando los días para que ya esa vida perezca entre los barrotes de la cárcel. Has matado, y sin ningún motivo interesante decenas de años vas a sumar a tus cuarenta. Saldrás jubilado y sin ningún futuro, sin ninguna familia y sin ninguna gana. Tus padres ya habrán quizá muerto, y yo, ya mayor, quizá esté internado.

Desde el tren hoy veo pasar Zuera desde tan cerca, pero no voy a verte, solo alguna carta escrita para cumplir. Al menos saco así toma mi bellaquería, toda mi cobardía, todo por miedo, todo por el siempre y consabido miedo, por no conocer, por no relacionarnos ya de una manera normal por fin. Así llegará un día en que todo quizá ya desaparezca. Son días grises a pesar del sol. Si acaso, son de esos días de resol donde no luce con fuerza el astro rey. Y pueden ser muy largas jornadas las de estos anticiclones que no tienen suficiente fuerza para impedir que crucen por él nubes, pero que tampoco no disponen de la suficiente debilidad como para permitir que las lluvias goteen la ventana de cristal. Pasada la estación de Delicias, vamos buscando el Jalón, por la antigua vía de ferrocarril. Y nadie parece interesarse por nada. Hasta yo veo pasar esos belenes encaramados por las colinas que montañas mucho más altas rodean. Pueblos pequeños, de mi infancia, de mi alborozada juventud, cuando deseaba que llegase el tren tan pronto como fuera posible para quedar con Pablo, con Mario y juntos todos danzar, salir hacia la libertad para cometer mil y una zalagardas como manda el canon infantil del juego, por el campo o por cualquiera de los jardines del balneario, para buscar después la juventud, el trabajo, las chicas, el matrimonio, los hijos, la nueva educación de esos pequeños vástagos, viéndonos así reflejados en ellos, desde tan lejos el recuerdo. Pero no, todos aún solteros, uno totalmente fracasado en apariencia, ¿quién sabe de sus pensamientos ahora? Nosotros ya veremos donde vamos a parar. Dios cree saberlo, eso dicen los religiosos, la mayoría de gente creyente un poco a lo metafísico. Tal vez Dios no quiera saberlo y deje pasar el tiempo tranquilamente para que sea el destino el que realice tan duro y semejante trabajo, ese ser Suyo que le libra de tanto conocimiento, pues así con él se permite descansar de la terrible labor que le hemos achacado los hombres y mujeres. Ese destino que hace que Dios pueda disfrutar mucho menos de su obra. Con ello Él evita derramar muchas más lágrimas. Lo digo yo, un hombre; le estoy diciendo lo que tiene que hacer... San Agustín dice que Dios se sentía solo y que por eso hizo al hombre. Hay que querer mucho para hacer una obra que le ha hecho tanto sufrir. Sea al menos ese poco goce del arte y de la ayuda a los demás, con que algunos seres humanos le han regalado, los que le hagan disfrutar. ¿Veis? Vistas así las cosas, todo lo eterno parece ser de otra manera, ¿no? ¿Por qué no interpretamos las cosas lo mejor que podemos? ... Sí, ya sé que el dolor produce

furia. También así yo creo que Él os comprende, como yo me siento ahora cansado y debo dejarlo, ¡si!, debo ya dejarlo por ahora.

Durante las vacaciones de verano de Andrés en Alhama, pasan muchas cosas. Al menos es así en su cabeza. Es un tiempo, el de las vacaciones, propicio para reflexionar tantas cosas también. Rememorar, tener presente, sacar conclusiones de una serie de consideraciones, actos y situaciones externas, a modo de resumen, de conclusión del año lectivo. Puede que así seamos mucho menos salvajes. Pasados unos días, y con esta práctica, puede que incluso algunos problemas del trabajo asimismo los podamos reconsiderar, como en perspectiva, y al menos podamos enfrentarnos a nuestros miedos con algo de menos ansiedad. Quién sabe si el enfrentamiento llega a ser llano y preciso.

A Andrés le está yendo bien este tipo de comportamiento. Saca poco a poco todos sus miedos, y es que el considerarse un ser limitado, capaz de errar, relativizando todo lo que viejos planteamientos pretendían esconder, permite que las próximas conversaciones con su familia externa -no la nuclear-, con sus amigos, conocidos, compañeros de trabajo y jefes sean mucho más tranquilas, sin apenas miedo y sin esperar ningún martilleo del ridículo. Al ver todo el laberinto que durante años han sido las relaciones de familia, tan ridículas y premeditadas por rumores, por críticas y por muy malas intenciones, concluye que todo ha sido una gran pérdida de tiempo. Unas veces contestaba sin ton ni son, otras su irascibilidad le ponía en ridículo, en aquellas, a pesar de su razón, la victoria en la batalla le hacía perder la guerra. No es cuestión de vencer, de humillar al enemigo, si es que debemos considerar enemigo a los que nos ofenden o hacen daño a terceros. Al mismo tiempo que se ha ido curando, la mejora de su carácter ha ido haciéndose. Un tratamiento previo en absoluto significó la curación, pero dulcificó sus maneras y proyectó una exterior mejora bien palpable. Con estos tratamientos lo único que queremos hacer ver es que el carácter verdadero, ese que realmente existe en la persona y que ha de dejarse ver, puede mostrarse tal como realmente es. No es que con los años una persona no pueda mejorar o afinarse en el trato con los demás y con las circunstancias de la vida, pero a un enfermo de este tipo primero hemos de ayudarlo a desprenderse de tan cruel coraza, de tan pesado lastre. Igual pasará con un alcohólico, con un toxicómano, con un ludópata, con un mujeriego, con un snob. Muchos enfermos no pueden mostrarse como son por culpa de su enfermedad. Y claro, nada se puede hacer, si el primer interesado, él o ella, no quieren comenzar la cura, darse cuenta de que están enfermos y de que necesitan ayuda. Si los programas de televisión sirvieran para unir familias, para arreglar diversos asuntos serios, utilizándose más que nada como lanzadera documental e informativa de muchas de las cosas que deben hacerse en silencio y con mucha menos gente, como corresponde según su propia naturaleza, y no como circo romano, como espectáculo para reírnos de los defectos de los demás y no de los

nuestros, sí que entonces el tubo de imagen o la moderna pantalla líquida tendrían el buen y único fundamento.

Llueve por fin desde hace meses de sequía, llueve sobre mi corazón, frase tan celebrada y reinterpretada, como ahora llueve sobre los montes y pinos, sobre los campos y caminos. Los animales continuarán despedazándose, esperemos que no a la vista de todos y que lo hagan con el menor ruido posible. Es la ley de la Naturaleza, la ley de Dios. Los animales no importa que se coman unos a otros, porque esa ley es lógica, lo hacen por necesidad, pero nosotros los matamos muchas veces por mero placer, pensando en nuevos tipos de sufrimiento como puedan ser los toros o el tener un animal encerrado en un piso pequeño de la ciudad. Pobres perros y gatos enloquecidos por el estrés. Don Gato y Matute se van a vengar. ¿Y quién tiene aquí la culpa? ¿Hay culpa? Dejemos *excepcionarse* a los hombres y a las mujeres, Andrés, porque hay enfermos o no que con perros y otros adiestrados animales, que soportan mucho mejor su pequeño espacio, tienen, gracias a ellos, su única compañía. Ancianos y enfermos, que a nadie tienen, independientemente de que hijos y amigos todavía vivan, sea con ellos mi comprensión. Digo que llueve una vez más sobre este campo, sobre el que hasta hace poco no me planteaba ciertas dañinas relaciones, y es que mi enfermedad todo lo quiere unir, comparar. No, no está bien. Deberé aceptar la vida tal como es, o simplemente no amargarme por como están las cosas. Esta es una seria recomendación para todos los que sufren de este tipo de pensamientos porque no hay otra salida. Creer en una vida distinta está bien, pero no hay que amargarse por conseguirla. Yo, Andrés, sé que no voy a alcanzar, el edén que deseo, aquí en esta Tierra, por lo que transijo y bajo los ojos continuamente. No se puede vivir de otra forma. Lo contrario es martirizarse. Pero transcurre el tiempo sin cesar y ya dudo de que sea enfermedad mi elaboración de ideas emocionales con respecto a la Naturaleza. Al menos, creo que no soy ya el único enfermo, ¿verdad, Camus?

Repetimos, llueve otra vez sobre los campos de Alhama, y los animales buscan su refugio o creen aprovechar esa oportunidad para sus hábitos. Las fuentes se van llenando tras meses de penurias. La tierra, después de dos días de llover sin parar, ha podido por fin empaparse. Pantanos y embalses van a subir sus reservas, y al menos así esperaremos mucho más tranquilamente las próximas lluvias. Se lavan campos, cerros y las plantas aromáticas, como el espliego o el romero, reciben esta ducha que limpia el polvo que las recubre, como un regalo de los dioses, de esos romanos o griegos que tan divertidamente fueron forjando antiguos héroes y mitos.

Otras de las cuestiones no entendibles por parte de Andrés es la cuestión sexual. ¡Vamos a ver! ¿No es la relación hombre-mujer ímpetu último para la reproducción, para tener un niño? Esto está disfrazado por lo tonto y tonta que nos ponemos a desear a la mujer o al hombre. Creemos que nos gusta su inteligencia, su conversación, su ironía, cuando todo termina en ese acto que obligadamente nos

inculca la Naturaleza. Es la vida así un poco lela o mema del todo para Andrés. Esa forma de desear y de hacer, aunque placentera, si razonamos un poco más, es deplorable. Todo se hace en base a un deseo, a un instinto para conseguir la procreación, para evitar que la especie se termine. Por lo tanto, es un acto instintivo de animales. ¿Somos animales nosotros, seres que empleamos de la razón?

Pero el hambre, para evitar morirnos de hambre precisamente, es el instinto necesario. Como la sed. Como la necesidad de ir al lavabo. ¿También entonces el deseo de aprender es un instinto? Pues no había caído en ello. El deseo de aprender. Bueno, esto también es mucho más matizable. Tantos nos conformamos por saber lo justo. Puede que este instinto sea según las personas, pero el instinto sexual, el hambre, la sed, las ganas de ir al lavabo sí que se convierten en deseos irrefrenables.

Más la vida ha cambiado a lo largo de la Historia. Tenemos que tener en cuenta que los bebés hay que cuidarlos durante mucho tiempo antes de que se puedan desenvolver por su cuenta. De ahí surge la necesidad de una familia, la cual puede tener variedades y subtipos. Andrés debe reconsiderar, para no volverse loco, sus planteamientos un tanto ilimitados, y tendentes, por eso mismo, al fundamentalismo. Pues el modelo de vida, al que hasta ahora todos estábamos más bien acostumbrados, es perfecto si el amor se hace, desde el primer día, guía de la pareja, pues los casa, les deja hacer sus cosas y cuando se cree conveniente, dadas las circunstancias materiales de nuestro mundo actual, tienen dos o tres rollizos o rollizas, y regalándose continuo amor y saber, conforman una imponente unidad social que llamamos familia. Sí, no hay que darle muchas más vueltas y tenemos que ser más activos, más participativos. Así se han de explicar las cosas. Y el hombre y la mujer, aunque su función última sea esa, la procreación, ¿por qué no van a gozar mutuamente de una profunda amistad, en forma de amor y cariño, que en el momento del acto sexual se avive? ... La vida y la muerte, la existencia misma, así exigen que sea el proceso, hasta supuestamente mágico para algunos.

Hoy sábado va a coger el tren, libre de coche y va a bajar a Zaragoza desde Alhama. Un antiguo amigo de la mili, donde podían hacerse los mejores amigos de toda la vida, le abre las puertas de su hogar, para que su mujer, su reciente niño adoptado y sus padres le saluden y le quieran durante unas horas. El niño es ruso y la aventura para traer el niño ha sido muy dolorosa, pero vuelve a ser la ironía la que de nuevo recubra de brillo, sin ser muy falso, el dolor. Pero antes es preciso hablar del paisaje hasta Zaragoza. El tren, ese juguete infantil, vuelve a regalarle con su sonido, con sus paradas, con sus ventanas. De Alhama a Zaragoza la vía normal de tren sigue la ruta del río Jalón, es decir, que hasta Ricla-La Almunia, el ingenio humano le va a regalar su ánimo con puentes, túneles, meandros, valles, pueblos encaramados y altas montañas. Es un paisaje arisco y bello a la vez, verde y dulce también, que la mente infantil teme porque nada más salir de un túnel es imposible evitar el puente que sobre decenas de metros se alza al cruzar el río que jalona esta tierra. Los frutales y

huertas recuerdan pasadas generaciones, que entre moriscos y cristianos han surcado estas tierras del mismo Dios. De todas formas, qué lejos debemos estar ya sobre aspectos religiosos fundamentales. Por cualquier rincón se encaraman iglesias y ermitas que llenas están de imágenes, de santos y santas, de la imaginación del pasado, esa herencia ancestral que ya antes de Roma pululaban por aquí. Dejar al campesino, al pequeño poseedor, al hombre y su mujer que imaginen, que se relacione con la naturaleza, para que entre bellas historias y leyendas, entre poesías y jotas, canten con la naturaleza, con la vida y hasta con Dios. Si los mensajes no se oponen a la vida y a nuestra pequeña libertad, ¿para qué queremos ideas sectarias, ideas políticas y hasta muchas de las ideas que dicen llamarse modernas? Sí, este laberinto, enmarañado por el entorno, el hombre y la mujer, discurre escondido de la moderna sociedad para que personas como Andrés aún escuchen el bello acento de estas tierras, la inocente palabra de sus bocas y hasta alguna otra mucho más pecaminosa y temida por él mismo, como es la de la mano del que hace daño y mata a su semejante con el puñal o con la propia palabra. Viejas historias, que se esconden entre meandros y peñas, entre torres de vigilancia, bien erosionadas por la acción del más allá, debéis permanecer ya solo como mero testimonio, sin ninguna importancia mayor.

Pasada la estación de Ricla-La Almunia, se abre la extensa huerta, y pronto la estepa a mi derecha, el desierto, el campo reseca y surcado por el mero hilo verde del Jalón. Así hasta Zaragoza, con otros pueblos, con otras bellas historia y hasta las malignas de siempre; se abre como otra geografía humana, pero que el poeta prefiere unificar hasta la misma capital. Ya en la nueva estación de Delicias su amigo le espera fuera y juntos se abrazan para ir a su casa y ver al vástago, al filandés-ruso y tartarizado. El pequeño es rubio, de ojos castaños y se ve en sus iris la alegría que siente un niño al tener por fin un hogar, unos padres, un amigo, Miguel, del valle de Hecho, con el que está jugando a camiones y cientos más de trastos infantiles, a pequeñas peleas también, y disfrutando ambos creando historias. Un maño profundo con un ruso abandonado a la suerte de un país en quiebra, de toda una población sumada más y menos, según regiones, a una pobreza y a una violencia que llega en muchos casos a aterrar. Niño que en tu país sufriste el abandono y que la suerte te ha acompañado. Niños que os quedáis allí para no tener padres y acabar en el lumpen: en la droga, en la delincuencia, en la prostitución. ¡Qué humana es la raza humana! ¡Qué indeseables también somos! Pobreza, corrupción, deshumanización, carne y despojos sobre dos piernas que caminan erectas. Ese es el hombre que se diferencia del simio. El niño, Iván, solo quiere jugar, solo quiere darse almohadillazos con Miguel. Ambos viven en dos casas. El rellano que separa ambos pisos es solo una pieza más de la mayor casa general. Los juguetes y otras de sus cosas, alguna incluso de sus propios padres, pululan y se trasvasan sin orden ni concierto. El común espacio es de los dos. Se llaman continuamente, se desbarata con frecuencia la paz y la tranquilidad. Por lo tanto, los padres, indiferentemente del crío al que pescan, están consentidos para que den una zurra de cariñosos azotes a diestro y siniestro, sin mirar qué hijo es de quien. Esta comunión de deberes, de ambos padres, Iván la ve justa.

Igual que los niños, de común acuerdo, se reparten sus cosas entre ellos, por lo mismo, también reciben el blando palo merecido de las manos que en ese momento les pilla. La hermana de Miguel está rolliza en los brazos de su padre y mira sin importarle nada el desaguisado -quizá así se expresa el asombro infantil- que un revoltijo de críos está formando.

El niño ruso está desmadrado. Ha visto la libertad que hay aquí. No hay castigos en la sala negra sin ventanas, sin juego, llena de miedo, sin comida. No hay gritos. ¿Quién sabe las palizas? Sí hay padres, sí hay amor, sí hay protección materna y paterna. Poco a poco se le van poniendo otro tipo de castigos, llamémosle más bien límites, y si llora que llore. Poco a poco Iván aprende a ver sus demarcaciones y cuando el padre alza la mano en broma, como señal de aviso, ve el miedo, el terror en los ojos del niño, e inmediatamente habla con sus amigos de cómo el espanto ha sido su único alimento hasta ahora. E inmediatamente el padre le toca la cara cariñosamente e Iván se deja, se deja.

Iván, el niño, se sube por los sillones, encima de las mesas, por las barras del autobús se desliza hasta que viene la reacción paterna. Pero ya pasado mañana vuelve a la escuela. En unos pocos meses ha aprendido a hablar español. Él solo quiere expresarse ya en español. El ruso solo le trae malos recuerdos. Hay que cambiar la situación del mundo para que no se odien países, lenguas, culturas, religiones. Y de todas estas cosas solo hay que quedarse con lo bueno para que el mundo camine firme y sereno hacia adelante, disfrutando de sí mismo por fin, disfrutando la Tierra, definitivamente, de su propio género. Ahora somos más bien como una erupción venenosa en su corteza, de la cual se avergüenza y oculta. Quizá con los años, con los siglos, o quizá también nunca, el mundo sea uno, delimitado por zonas exógenas que se diferencia meramente por el color, como las pecas y los lunares en nuestra piel. Puede que esa distinta coloración ya no nos moleste y que las diferencias sean sencillas y nunca propensas a la cobardía, al miedo y a la reacción violenta.

Hay que pasar ya a la ironía. *«Así que José Luis y Begoña, de Zaragoza a Madrid en el ave, de Madrid a Moscú en un avión, de Moscú a Perm en otro avión, de la Perm helada, y con solo 6 horas de sol frío, a esa ciudad que no recuerdo, en un coche limitadísimo sobre una carretera congelada durante 300 kms. Bien, bien, y en una ocasión os dijeron que os fuerais a Perm, porque el niño, aunque os quedaseis no lo ibais a ver hasta dentro de 10 días, cuando en el viaje de vuelta se estropea el coche a 50 km de Perm a las 4 de la mañana con 30 ° bajo cero, ¡y ya qué iba a pasar más! Como Oliver Hardy, alzando los brazos y mirando a la cámara, esperando comprensión, después del desastre total: qué más queremos, que a mi mujer le dé un ataque, que nos salga un oso del bosque... Que tengáis que esperar 2 horas, a propósito, en el aeropuerto de Moscú hasta que alguien de la agencia os recoja, porque en algún momento tiene que comenzar la desmoralización, porque así comenzaréis a hacer de paganinis tras esas dos primeras horas. Así, el cubano Fidel –no es broma. La vida sí que de primeras, sin novelarla siquiera, es una maldita broma muchas veces y para muchos- comienza a hablar de la avería del agua*

caliente en su casa o de cierto coche que necesita forzosamente para sus tareas diarias. Y los papeles originales, necesarios para la adopción del pobre niño, ni uno menos, comienzan a tambalearse entre las manos del ejemplar Fidel. Incluso, alguno comienza a arrugarse un poco. Antes que prosiga el plan de aterrorizamiento, mis amigos untan, como si sus billetes fueran nocilla, las manos de este insigne camarada. ¿Para esto tanta revolución, para que terminemos siendo simple manteca de cacao untable, con todo tipo de grasas re-saturadas por la nueva idea vigente de ya hace añitos? Las desventuras prosiguen con el juicio teatral, pues las cosas deben tener apariencia. Después de bien usado el aceite multiusos, no salen osos, pero hay que pagar las averías del gas, problemas eléctricos de toda una finca de vecinos y la manutención de cinco ex-secretarios de no sé para cuántas semanas. También hubo que asustarlos antes de irse definitivamente de Rusia, pues es evidente que no volverán ni de vacaciones ni aunque no lleven el niño. Y como eso lo saben hasta los de la agencia de adopción, el necesario pasaporte de salida, para el niño, se hizo en el último momento, faltando escasos minutos para la salida del avión, volviéndose a poner en riesgo toda la misión, perdón, la adopción, pues el aeropuerto todavía es territorio ruso aunque parezca de bucaneros ingleses. De los pasaportes no se encarga ni Raúl, pero Serguei todavía les escribe, una persona que a pesar de robarles también, pues necesita vivir como sea en su país, fue la persona íntegra de todo el asunto. A unos compañeros de fatigas les perdieron todo el equipaje en el área occidental, por lo que la Europa libre contribuyó todavía más al desaguizado general. Éstos tenían que ir hasta Vladivostok y lo hacían en mangas de camisa. Les juraron que habían tiendas de ropa en tal base de submarinos, con perdón para todos los vladivostokenses. Mi amigos -vuelvo a ser el narrador- cuando ya tenían todo arreglado, tuvieron que ir solo algunos, forzosamente, en un coche con los pasaportes reglamentarios, con todos los niños y con parte del equipaje, mientras que en otro coche iban el resto de padres o madres y con la otra parte del equipaje, por lo que podrán ver que el terrorismo de estado, de la agencia o de la ineptitud o de todo a la vez, me recuerden parte de mi España ibérica, africana, mora, judía, cristiana, germánica catalana y hasta vasca o gallega. Los padres que iban sin niños y sin pasaportes llegaron blancos al aeropuerto, y recuperaron la color solamente cuando, por ejemplo, a José Luis y su mujer, los posibles padres de Iván –paternidad que no llegaría a estar segura hasta que Iván no estuviera en Zaragoza y yaciese bien atado a su cama, pues él no se iba a escapar, claro- les devolvieran toda la mercancía correspondiente. Después de esta locura de viaje, surrealista, expresionista, caótica, alienígena o como le queráis llamar, todo ya es posible en nuestro amado y bien deseado planeta Mundo. Fëdor, poco hemos cambiado.»

Ya el niño está aquí y excede todos los límites de la educación. Él lleva solo ocho meses en casa de sus padres. Todavía cinco partes más de su vida conservan el silencio, unos terribles recuerdos y el desamor casi completo sino es por el recuerdo de los policías que le rescataron, los únicos buenos a quien recuerda. No es otro el motivo por lo que de mayor quiere ser soldado o policía. Todavía se necesita tiempo,

como me dice José Luis por Internet, muchísimo más tiempo para depurarlo. Pero de sus ojos castaños, pelo rubio y aspecto ruso-finlandés, con tendencias tártaras, salen gestos claros de que todo marcha bien, de que por fin vuela libre la imaginación de este niño, de que el juego se ha adueñado de su corazón como debiera ser así en todos los niños del mundo entero.

La vuelta entonces no puede ser más cómoda. Me llevan en coche a la estación, Iván se despide de veras -incluso me regalaba ya la habitación de enfrente-, el tren tarda veinte minutos menos en el regreso, voy bien sentado y cómodo regresando a casa, a Alhama, donde mis padres me esperarán en la misma estación; siempre acompañándome mis seres queridos. Noche, ningún paisaje es perceptible sino por la intuición de la luna y por esas luces eléctricas que el hombre ha sabido inculcar en el propio paisaje a partir de sus conocimientos técnicos. Noche. Luna. El laberinto de puentes, túneles, meandros y montañas es también intuible. Qué extraño placer pasar por encima del precipicio, a decenas de metros de altura, sobre el río, mucho más cruel de noche, gracias al casi perfecto mecanismo del tren. Siempre hay un casi para que el terror y el dolor puedan también darse. ¿Por qué? ¿Es esto lo que nos hace ser hombres y mujeres sobre la Tierra? Estas vacaciones de verano más repiensen mucho, quizá demasiado para algunos. ¿Son vacaciones? ... No puede estar Andrés sin pensar durante mucho tiempo en las personas. ¿A eso se llama existencialismo? ... Llegada, besos y comentarios, comentarios muy profusos y alegres sobre ese niño saltarín, aprendiz de gimnasta, que todavía no ha visto las películas de la mona chita, no porque no puedan verse en Rusia, sino porque en estos días es tan difícil ver por televisión algo ingenuo y alegre... Iván es tan ingenuo aún, es tan niño aunque se quiera mostrar tan vivo. Puede que aún en Rusia se emita la mona Chita.

El paseo de tarde por uno de los caminos de Alhama, llamémosle también veredas, pues aún hay ganado en esta tierra, posee mucho de sí, por el presente que lucha contra tantas cosas, pero igualmente ya tiene mucho hecho y son tantas las cosas ya asentadas, las mismas cosas que siempre se van a hacer por el paisaje, por los recuerdos, por muchas de las ideas que se creen convenientes y que no merecen la pena ya cambiar, que un nuevo andar, año tras año, después de la curación, únicamente sirve para volver a hacer esas mismas cosas que tanto gustan y que serán así para siempre y para toda la eternidad. El camino hoy elegido es el que transcurre por toda la vega, por toda esa planicie verde que a pesar de todo aún ofrece peras limoneras, de invierno, de don Guindo, manzanas *golden*, reinetas, membrillos y toda la verdulería posible entre cebollas, tomates, pepinos, calabazas, acelgas, patatas o judías. El paseo, no obstante, muestra cómo se va abandonando la vega porque la globalización no hace rentable muchos de sus productos y también porque la nueva juventud pierde el tiempo en otros *hobbies*. Mis tíos más mayores y solo un primo mío todavía cuidan sus huertos. Con ello colaboran en la cesta de la compra. Muchas

costumbres igualmente se extinguen por nuestras diferentes preferencias. Aunque perder el tiempo continuamente en el bar tampoco es lo más divertido. No es que haya solo sido esa la razón del cambio, pero entre pitos y flautas la orquesta comienza a desafinar. Cada cual prefiere entonar a su manera. ¡Qué se va a hacer! El tiempo ya nos matará, quizá poco a poco, aunque no sabemos muy bien cómo. Recuerda Andrés cuando de pequeño era imposible hacerse una idea de la vega. Era tan profunda y hasta selvática. Las hierbas y cañas se agolpaban sobre las acequias con tanta profusión, que el río Jalón era imposible divisarse. Ahora es tan fácil hacerse una idea de los campos. El río ha perdido sus playas de limo y muchas de sus cañas y de la fauna propia de la infancia por culpa de la re-canalización que hace pocos años se hizo para la represa que necesitaban los regantes de más abajo. Del Jalón se pasa agua desde esta laguna artificial hasta el Tranquera, y éste embalse del Río Piedra la guarda hasta devolverla de nuevo al Jalón, aguas abajo, para cuando haga falta entre las vegas previas

Comienzan a caminar desde casa de sus tíos los solteros. Se adentran poco a poco mientras los insectos no se muestran en absoluto molestos a mediados de septiembre, tras las últimas lluvias. Antes, su tío Julio ha cogido un palo largo y bien hecho, una vara, que un amigo suyo le hizo y en la que imprimió unas letras tibetanas, alegóricas de aquellas alturas. Ahora está en Zaragoza para las pruebas de bombero. Más gente a la ciudad, aunque Alhama siempre tendrá vida por los balnearios, por las aguas transparentes subterráneas. Pues una jauría de perros, de varias razas, que están en un corralillo al comienzo del camino se han callado de golpe al ver semejante palo. El recuerdo de anteriores varazos hace que entre ellos cunda de repente el silencio. Y mientras todos se introducen por entre la vega, con la ayuda del camino, las montañas cuidan de que nadie les estorbe. Las montañas son áridas, altas muchas cercanas, otras algo más bajas, más lejanas. Algunas muestran sus imponentes penachos calcáreos, erosionados, a modo de películas del Oeste. Otras hasta especulan con sus niveles sedimentarios, bien delimitados. Hay una, la de la Muela, cuyos estratos aparecen hundidos por el medio del cerro, mientras se levantan a ambos lados, para curvarse por uno de sus extremos y girar y girar hasta por detrás, hasta llegar al valle de Valdelloso. Ellos irán hasta esa delimitación y verán a lo lejos cómo el monte sagrado de Santa Quiteria, tan diferente a los que le rodean al fondo, guarda secretos, guarda una antigua venta que surgía al lado de tan antiguo camino. Pero todo ello es fruto de la inteligencia del hombre, del recuerdo, de la imaginación incluso, porque Andrés lo sabe, nada más. Ahora solo están por la vega de Alhama, bordeando ya, junto a la vía del ferrocarril antiguo Barcelona-Madrid, la represa, el estanque que con ella se forma. Y cogen frutas, su madre y su padre muestran buenas tragaderas, porque ya llevan dos manzanas y alguna entre la ropa. Andrés es algo más comedido, y sus tíos solteros todavía mucho más.

Mientras, su tía Patricia aprovecha estas caminatas para hacerse la entendida, aunque muestra un justo equilibrio para no parecer vanidosa y así ser lo suficientemente soportable. Es en muchas de sus aseveraciones conscientemente más comedida, por lo que se la va aguantando bastante bien. Cuando cruzan por el puente

metálico, el punto estrecho de la represa, por donde esta se alimenta del Jalón, Andrés recuerda viejas andanzas por el otro puente metálico, que ya no existe, del ferrocarril. El río Jalón, previamente se ha seguido desde hace unos centenares de metros. Además se recuerda como este río Mediterráneo, de historias *antañas*, de influencias orientales y occidentales, observaba otra presencia, cuando el follaje de la vega era inmenso, como ya hemos dicho. Hay que repetirlo para no desmemoriarnos. Todo en muy correspondencia con la naturaleza, porque hasta las acequias eran jalones en la tierra que se socavaban con azadas y azadillas. Ahora el cemento les da fuerza y delimitación. Los campos de manzanos chocaban unos con otros, los cañizos y maizales no dejaban ver el río hasta que por entre unas mismas cañas uno se adentraba. ¡Cómo no iba a ver una fauna mucho más molesta y variada! Hoy no hay tábanos. No nos perdemos sus picotazos de pura aguja. Pero aquellas playas grises y ocres, aquellas pozas que el río formaba en sus giros y que a Andrés ya no le daban miedo, porque conocía perfectamente, de años pasados, sus límites y peligros, han desaparecido. ¿Dónde estás *pozo el Tanete*, baúl de tantos recuerdos, de tantos sueños y deseos futuros? La montaña alta, agreste e impetuosa sobresale muy por encima de la hendidura del curso del río, ¡porque vamos!, no lo llegamos a decir, y es que este río ha escavado todo un cañón a lo largo de su curso. Por Alhama hiere la tierra hasta 10 metros. Para gozar de sus aguas hay que bajar por una caída que dicen que ha hecho el hombre, pero que su estado salvaje indica más bien un olvido de la naturaleza. Refugiados en el fondo, de los indios, de los cuatreros, de los fantasmas y monstruos, se percibe incluso la impresionante montaña. Ahora sí que entre el indómito follaje que rodea la orilla, es decir, esa tierra que está diez metros más arriba, es vencido el miedo a pesar de ser tan gigante. ¿Y los sueños? A pesar del juego, de la fantasía, de los recuerdos, Andrés gustaba de la practicidad también. ¡Qué bellos libros los de texto!, sobre todo los de ciencias sociales y naturales. Aquí en el río pueden caber las páginas blancas que hacen referencia a los ríos, a la orografía, a la vegetación, y sobre todo, al tema, deseado y no muy deseado, de la erosión. Playas en el mismo río, y al otro lado del cauce, la profundidad, como en el mar. Pero la corriente del río crea tantas diferencias mágicas. Y le quedan aún dos años para hacer el bachillerato, para hacerse mayor, para soñar de otra manera. Hay otros estudios que le entusiasmarán mucho más, los históricos, los de la creación humana, pero asimismo pronto se harán dueños de su enfermedad. Todo lo humano hace daño. Solo habrían de manar buenas obras que cantaran el mal humano inexistente para explicarnos de por qué el bien. ... Debemos aprender para conformar nuestra vida, dicen. No somos perfectos. Esa evolución crea grandes obras. ... Lo malo es cuando todo es cruel. ... Pero ahora, curado, sabe que las obras que cantan solo lo bello y el bien supremo son mágicas, como regalo de los dioses. ¿Cómo van a ser depresivas las producciones que describen y hablan de hermosos y buenos motivos? ... Sus padres, su pequeñito hermano al que vigila constantemente en la playa, royo, bien royo con su bañador de niño pequeño. Sus primos, juguetones, nadan como culebrillas. Se le escapan de sus manos. No puede casi con ellos. ... ¡Ay, recuerdos! Ahora el río continúa encajonado diez metros bajo tierra, pero han

desaparecido la flora y la fauna naturales desde hace unos años. Hoy recubren sus orillas pétreas losas para que se comprima más agua y no haya crecidas. Sin embargo, la flora vuelve a ganar terreno, gracias a Dios y al fracaso del plan, a la soberbia de los hombres y a sus políticos. No vale la pena pensar más porque la tristeza lo envolvería todo. ... Continúan andando por el otro lado de la balsa.

La tía Patricia insiste, después de hacerlo Andrés, en que ese horizonte aquí lo podría pintar la mano de su hermano. El cuadro debería ser muy horizontal. A la derecha surgiría el valle nordeste, adonde se dirige el curso del río. Seguidamente se abriría perpendicularmente *Valldeloso*. Al fondo de éste están el puente de la Autovía, las arenas, el monte enigmático de Santa Quiteria y dos valles a su fondo, para que elija nuestra imaginación por dónde trazar aventuras. Más hacia nuestra izquierda, ya casi en el centro, nuestro cerro imponente, *La Muela*. En el mismo centro, la vega, y al fondo, el castillo sobre la muralla de montañas. Previamente el pueblo. Continuemos girando el cuello del trípode. Se alzan otros macizos, otras suaves cordilleras, las que cruzan el río por su interior, las que se dirigen hacia el *Monasterio*. Las casas de mis tíos los solteros yacen junto al mismo río. Creo que no es conveniente pintar más. Ya mi hermano sabrá enfocar mucho mejor que yo el trípode pictórico. Sus manos parecen que han sido labradas por cinceles angelinos.

Ya estamos de nuevo por el camino que nos ha llevado por la vega. Ya hemos trazado el círculo en forma de copa ancha y baja. Han sido unos kilómetros de salud, de aire puro y de bellos recuerdos que ya no hacen daño.

Bajar a Calatayud significa ir de compras al Sabeco y a otras tiendas. Alhama no deja de ser un pueblo grande, pero nada más. Para comprar de todo, y mucho más barato, ahí está la ciudad principal de la comarca. Cajas y bancos, lampistas, electrodomésticos, cines, libros, zapatos y ropas, muebles, cacharros de todo tipo, congrios y bacalao, todas las conservas del gran norte, etc., etc. Desde el surco del Jalón, pero desde ese subnivel superior al mismo cauce, en la carretera antigua, en la vía de ferrocarril antiguo, desde ahí subimos hacia la cumbre para coger la autovía. La autovía se cuelga por encima del macizo ibérico. Se hizo así para abaratar gastos, puentes y túneles, aunque fue el tramo, de todas formas, como el del río, que más costó hacer, dada la orografía del terreno. De todas maneras, el fiasco, el comisionismo impertérrito, enfermedad crónica de país tan ibérico como el nuestro, y a la que está tan acostumbrada su indomable raza multivariada, ha dejado la autovía a punto de ser inservible para el tráfico. Los badenes son continuos, el piso de cemento no sabemos a quién benefició, y los arreglos, como siempre en esta nación, son a trocitos. Cuando el plan de carreteras ve que un coche se puede caer en un agujero y no salir de ahí, lo rellenan, ponen encima un poco de alquitrán y a seguir con el *puzzle*. En España todavía es imposible llevar a cabo planes generales de obras públicas sin robar a la comunidad. Después saldrá el ministro o ministra de turno, y

en vez de ser constructivos, negarán lo evidente. En fin, a callar encima. Vayamos al grano de nuevo...

Una vez que los amortiguadores del coche se han acostumbrado al piso infame de la carretera, circulamos ya todos con el conocimiento de que los golpes que provengan desde el piso no deben de molestarnos ya tanto. Fijarse mejor en la circulación, y si puede ser, de refilón en el paisaje, ya que uno va tan bien agarrado al volante, que estos malditos vaivenes de ministro así los siento menos. Por encima de las montañas todavía hay algunas colinas que nos sobresalen. Pero ya llegamos a la gran olla de Calatayud, que se abre ya desde Terrer según esta dirección desde Alhama. Tras culebrear grandes curvas, sentimos que allá está Calatayud, la capi que nos va a proveer. Terrer posee una antigua fábrica de azúcar muy bien restaurada y pintada, aunque no sé ahora a que se dedica semejante espacio. La pequeña historia industrial de la comarca también existe a lo largo del Jalón. En Morata aún está la fábrica de cementos. En Ateca se continúan haciendo chocolates muy buenos. En Épila, ya mucho más abajo, aparecen ya cerradas sus famosas azucareras. Existen más fábricas, pero Andrés solo recuerda la de colchones, ya cerrada asimismo, en Alhama. Claro que hay talleres y pequeñas industrias por todos los lugares, pero éstas dibujaban muy cerca de las estaciones una historia diferente, su pequeña contribución a España. Ver fábricas, en este medio tan rural, era romántico para el pequeño Andrés, originalmente tan excepcional. Como jamás se concentraban, sino que aparecían como pinceladas suaves en el cuadro, pasaban por fábricas ecológicas, a pesar de los supuestos contaminantes que inocularan a sus obreros.

Y salen por la salida principal hacia Calatayud, recorriendo la nacional de Teruel, aquí urbanizada a 50 kilómetros por hora. Llegan a la plaza del Fuerte, pero paran por el barrio cerca del río, fuera de la zona azul. Zona azul. ¿Cuál será la diferencia en todos los lugares entre lo que le falta al fisco para cumplir con sus prerrogativas y las comisiones que se llevan por obras y servicios prestados? El robo se dulcifica amargando a los que siempre pagan sus impuestos por ley. Es una diferencia que siempre existe, pero que está hábilmente obscurecida en las comunas por las contabilidades de todos sus ayuntamientos, autonomías y gobiernos.

Mi tía Patricia es muy tacaña algunas veces, porque siempre nos suele dar de todo cuando comer y beber, que es lo que interesa; es una tacañería por un miedo que parece irracional, pero que se debe a la pobreza vivida y mal reinterpretada y que es aprovechada por un tic que sufre para su mal. Le decimos que no le dé demasiada importancia a las cosas, pero cuesta, cuesta. Ello provoca una gran pérdida de tiempo, el cual aquí, en Alhama, no es oro, gracias al mayor bienestar existente con respecto a las ciudades. Sin embargo, sí que produce malestar al estar siempre sumando y restando, al hacer cavilar, de manera continua, a la cabeza por cualquier miserable producto. Su hermano Julio le dice a mi madre: «*Ya verás, ya.*» Además, algunos de los productos que compra son malos, por esta comparativa infernal de precios. Menos mal que en la comida compra calidad, aunque no le entra en su cabeza que los

productos gastronómicos buenos casi siempre conservan el mismo nivel de precios, que es muy escasa la oferta en ellos.

En el paseo hemos luchado con un cajero lento de una caja de ahorros. «*Antes iban incluso más rápidos*». Debe conllevar aún cierto estrés urbano, de carácter estúpido, pero esa demora no puede ser para una cabeza tan informatizada como la de Andrés. También las prisas, su carácter a veces airado, van con él. Se introducen por el casco viejo buscando jamones, pero tienen razón sus tíos. Los jamones “*Pepe*” aquí son más caros que uno que los trae directamente al pueblo; así que Calatayud asimismo observa sus excepciones. Vuelven a disculparse las mujeres no sé por qué razón anómala. «*Bueno, luego o mañana vendremos.*» No vamos a volver, son más caros y esa es la razón. Solo hay que decir adiós, no nos interesa y gracias. No vamos a ser tan directos, pero tampoco tan culpables por algo que precisamente nosotros no hemos cometido. El dueño ya está aburrido de escuchar la misma cantinela. El casco antiguo de Calatayud lo forman calles estrechas, muchas de sus casas derruidas y solares, entonces, dejados a la mano de Dios, con las vigas, muros y pinturas de pared, que muestran viejos secretos de manera escandalosa, muchos tan antiguos, sobre familias, alegrías, tristezas y riñas, de fiestas pasadas, de conmemoraciones incluso, de niños enfermos; todo a la vista ya y olvidados, ultrajados por el maldito tiempo del que muchos se afanan todavía, adorándole y piropeándole con aforismos. Andrés odia los aforismos regalados al tiempo, por mucho que sean ocurrentes, ciertos y creados por personas tan inteligentes como Shakespeare, Benjamin Franklin o Albert Einstein. El tiempo es cruel y mata sin ninguna compasión. Sirve para hacer bonitos párrafos literarios incluso, pero mejor sería que se dedicase a repetir cíclicamente la vida de las personas, de esas personas que sí merecen vivir, como aquellos niños enfermos que no tuvieron ni tan siquiera otra oportunidad. «*Te odio, tiempo. Mira si soy ahora yo ocurrente, lo cual me importa tres pepinos. Muere ya, tiempo y deja en paz a mis amiguitos.*» ¡Viva la sincronía, que camina tan despacio y que por ello mismo se hace contraria de la diacronía! Hasta yo he cincelado aforismo tan estúpido, pero del cual me siento su máximo aliado.

Otros edificios sí que están de pie y se apiñan para conformar calles desordenadas y rincones que definen la antigüedad de una ciudad. Hay palacios, universidades que ocupan antiguos espacios de enseñanza, con esa tan rica y añorada arquitectura aragonesa, castellana, francesa, italiana y mudéjar. Todos juntos, y en comunión, han creado el estilo de la comarca y de otras hermanas de Aragón. Las torres de las iglesias por el valle del Jalón son tan características, que las atalayas serán como mudéjar ¿pero dónde se dan de esta forma como en otros sitios son tan suyos? Las personas, el acento, son tan propios, pero por favor, no levantemos la lengua ni la mano contra nadie ni entre nosotros. Yo quiero pasear al sol de la tarde por estos rincones de Calatayud, tan especiales, tan propios, solo mostrándose, sin desear ser superiores a nadie. Solo quieren yacer.

Ya vamos al supermercado y los carros son tan grandes que algunos niños se montan en ellos. Andrés criticó esta actitud en su momento porque manchaban los

carros que otros teníamos que usar después. Pero ahora se dice: «¿*Qué van a manchar estos hijos de Dios?*» Además, es una forma de tenerlos a mano, de entretenerlos con la savia que los alimenta, el juego, sino se irán corriendo por cualquiera de las estanterías y terminarán hasta subiéndose a ellas para tirar cualquier pirámide de botes y pastelitos; se podrían hacer mucho daño con el monstruo vendedor. Un supermercado es la lujuria del mercado. Cualquier producto, hasta juguetes, dvd's, juegos, bolígrafos y lápices, ¡papel!, están ahí. La ferretería, los ordenadores, la ropa incluso. Pero, ¿qué es esto? Una mujer lleva 3 chaquetas y las pone sobre la mesa de una de las cajas como si fueran una lata grande de atún en escabeche. Luces, música, precios, conservas y más latas de cervezas y refrescos, vinos de todas las variedades españolas, hasta algún francés, carnes, pescados, congelados, verduras, pasteles y más pasteles, chocolates, cafés, ¿qué más queremos sino nuestro amor empaquetado?

Al cabo de una o dos horas, porque aquí el tiempo no es aburrido si participas activamente en la cesta de la compra, vamos a pagar y a mostrar todo delante de las narices de la cajera, que arduamente vuelve a depositar la misma mercancía al otro lado de la mesa que camina poco a poco, tras haberse informatizado un nuevo asiento en la cuenta. Y vuelta al carro para meterlo en bolsas y para después llevarlas al maletero del coche, ¡arf, arf! A conducir, a subir de nuevo por la autovía cochambrosa, a bajar al primer nivel de la cuenca del Jalón, donde aparecen encaramados los pueblos sobre las montañas, ¡y a Alhama! A sacar del coche de nuevo las bolsas y a subirlas de nuevo, ¡arf, arf!, esta vez al piso. Por último, ¡claro!, a ordenarlo todo en su sitio: nevera, armarios, habitación subsidiaria y... ¡a comer o a cenar! La cena la hace la madre de Andrés con una ligereza que asombra tanto como su calidad. «*Tan pobre soy que solo sé conducir, llevar el carro de la compra y subir las bolsas.*»

Hemos sido de gran ayuda a nuestra madre, no obstante. Por lo que los complejos por una culpa verdadera se vuelven a suavizar gracias al amor materno. Al menos escribo desde la dimensión correspondiente... ¡¿Excusas?! Vemos el partido de la *champions*, pierde el Madrid y mañana esperamos que el Barça no vuelva por sus fueros. Que día tan entero, que día tan bueno. ... Realmente me importa ya ton poco la guerra del fútbol, de las estúpidas etnias, religiones, ¡hasta políticas!, que prefiero emborracharme de cerveza y Beach Boys, al viento del sol y de mi infancia, tan típicamente *hippy* y feliz dentro de mi mente de azul cielo.

Los cañizos es un merendero que hay a unos 10 kilómetros de Alhama tirando por la carretera del *Monasterio de Piedra*. Sigue la vega para coger el valle que asciende, fuera del curso del Jalón. La carretera les introduce por campos de almendros, por viñas, cerezos y por tierras de secano, cuando no de monte ya, en las faldas de las colinas que se estrechan tan pronto hacia arriba. Después bajan hasta Godojos, donde un ligerillo riachuelo ha creado un pueblo. Sube otra vez la carretera buscando

nuevas rugosidades de nuestra madre Tierra. Durante varios kilómetros solo las curvas alteran la profundidad del altiplano. Las montañas vuelven a ser los testigos. Y de pronto otra vez hacia abajo. Pero esta vez la pendiente es mucho más profunda. Es kilométrica recta su desnivel. Al fondo se ve el pantano de la Tranquera. Ahí está el merendero, donde comienza un camino, la antigua carretera que se hendía por el río Piedra, entre vegas y veguillas. Un bello paisaje se murió hace tantos años.

Llegados al merendero, el pantano se muestra rodeado de montañas perfectamente aserradas. Hay sedimentos que se curvean como serpientes, que se retuercen a la vista de todos para que nos hagamos una idea de los movimientos tectónicos que las han formado. Pinos y hasta enebros reverdecen el paisaje. Después de merendar, de festejar un par de horas con ensaladas, verdes escabechados, embutidos y fruta; con cerveza, vino y agua; con cortados y carajillos; es momento de recoger, de meter las cosas en el maletero del coche y de seguir la antigua carretera hasta el fondo del pantano, hacia donde las aguas permiten el andar del hombre y el de la mujer. Yendo por la carretera, que muestra aún escasos retazos asfaltados, llegan hasta la base pedregosa a la que podemos llamar playa. «*¡Qué fría está el agua!*» «*Aquí pronto cubre.*» Y las montañas son de cuento, de otro planeta o de la más pura imaginación. Solas todas ellas aparecen, no mostrando tras de sí mas que más y más colinas en forma de sierra. No hay testimonio alguno del hombre. Parece que hayamos llegado al fin del mundo conocido. Qué extraña sensación se produce dentro de Andrés. Existe la mujer y no existe aquí. Al menos, en la imaginación es así.

Por este y otros motivos pictóricos, podemos hacer dos tipos de descripciones de este lugar: una sincrónica y otra diacrónica. La sincrónica solo ve montañas, árboles e historias que no han existido y que no existirán jamás. Igual se confunden desde antiguas leyendas, pero los muertos, si los hay, son héroes, gigantes, seres dantescos, de fábula y paraíso. El tiempo es en sí mismo. El pasado puede codearse con el futuro dentro del propio presente. Andrés puede entender así su frágil mundo interior. Pudieran perdurar así todas las cosas, después de la muerte, iniciando el proceso de resurrección que preside Dios Nuestro Señor. De esta forma, en esa nueva historia, de la que muchos le retiran la misma denominación Historia, la cual niegan en momentos tan etéreos y atemporales, Andrés puede caminar tranquilo, puede abrir incluso libros sobre sentimientos y actos puros, al respecto de aprendizajes deleitables, incluso con sufrimiento, pero que no cuentan con la muerte ni con la violencia, y donde siempre la segunda o la tercera oportunidad todos tendremos. Esta manera de ver las cosas, la misma historia o la propia eternidad es tranquila como el aire que acaricia sus sienes, su cara. Inocentemente cree que los sentimientos del amor perdurarán, que su mujer ahí estará por siempre, como sus padres y sus hijos; éstos, con sus nietos, y todos en una cadena prolongada donde será posible volver a vernos, juntos, a cualquier edad. La inocencia no quiere decir que no puedan darse tales hechos.

La forma diacrónica de ver este paisaje es mucho más movable, quizá mucho más humana y divertida, pero choca directamente con las concepciones de Andrés. Ahí están los romanos, las invasiones germánicas y musulmana para que la época

medieval formase pueblos cada vez más cohesionados, con su parroquia al lado, con su mezquita también. Todos trabajando y creyendo, para que el mal tiempo, el hambre, la propia injusticia y hasta el vandalismo curtiese los caracteres de estos campesinos y de estos pastores. Solo unos elegidos irían a las grandes empresas extranjeras, a las campañas militares que quizá los enriqueciera. Muchos murieron para desaparecer. Pero los demás continúan labrando el futuro con la fuerza de sus manos. Pasarán siglos de continuidad hasta que la revolución industrial del siglo XX vaciara estas tierras. Pero antes mataron a muchos por aquí. Uno se escapó porque se tiró a las frías aguas del pantano, dice la madre de Andrés. Y le tirotearon y no lo mataron. Supervivió en los cerros con la ayuda de su familia, y cuando las cosas se calmaron volvió al pueblo para atacar verbalmente a los caciques que iban en la procesión. La guardia civil le avisa varias veces y varias veces vuelve a gritar. No pasa nada más. Los caciques de todas las épocas van en procesión junto al pueblo, verdadero creyente. Parte del otro maldito bando quizá hubiera convertido estas sagradas tierras en algo sin fundamento con la tierra. Jamás sabemos lo que es mejor. Lo que sí es malo es matar y no dejar hacer. Si ninguno de los dos bandos se hubiera comportado tal como lo hizo, las cosas serían de otra manera. Pero entonces España no sería España. Nuestro carácter es el primer culpable en los dos bandos. Los buenos ideales chocan con nosotros y los malos son los que, al imponerse, cercenan a peor todas las cosas. Está harto ya Andrés de discutir sobre la historia de España. Odia la diacronía. Solo merecen una segunda oportunidad los muertos que no sobrevivieron. Escuchar y no matar. Lo mismo va con vosotros, muertos, no seáis después los nuevos verdugos.

Quiere Andrés retornar a la sincronía del lugar. Las aguas del pantano revientan débilmente contra las orillas pedregosas. Toda la familia está más mayor, pero todos los que están aquí, los hermanos solteros y los padres de Andrés, se conforman con este momento, la necesaria comida, sus pisos, tener algo para gastar y ya está. No quieren demostrar a los demás, no quieren ser sobre su propia familia. Han aprendido y Andrés tiene mucha suerte. El viento sopla de nuevo débilmente. Trae aromas a romero y espliego. Gusta de ver unas cuantas caravanas. Son adoradores de la naturaleza y no molestan a nadie. No se oye ningún coche. Únicamente al subir de nuevo, por la antigua carretera, ciertos motores que rugen por la nueva, hacen su aparición de vez en cuando. El equilibrio de la naturaleza con la técnica aquí se hace placentero. ¿Queréis alguna prueba más de sincronía?: sí, la música y algunos párrafos o estrofas literarias, algunas estatuas y cuadros, ciertas obras arquitectónicas, como un templo dedicado al dios Enebro. Dios permite que juguemos. Solo el hombre prohíbe lo que el Dios Mudo jamás afirma. El hombre necesita moverse de vez en cuando, pero que sea ¡por Dios!, dentro de marcos sincrónicos parecidos.

Van Andrés y sus padres a casa de los *chamberineros* (viven en el *Chamberín* de Alhama). Su tío Mario, hermano de su madre, es hombre de cabeza bien grande,

pueblerino e hijo de la huerta. Él conserva su admiración, no solo por el cultivo de la tierra, sino por el cuidado de los animales. Tienen gatos, perros y unos corrales con gallinas, gallo, conejos, palomas y hasta un caballito pequeño. Un pony. Antes tenía el burro de siempre, pero ahora se defiende con el pequeño caballo, que le lleva en un remolque hasta el huerto, transporte antiguo, que viene cargado para casa de frutas y verduras. Viven aislados, en la casa más alta del pueblo. Por encima de ellos solo está el cerro con sus pinos y plantas aromáticas, con sus nubes, el sol, la luna y las estrellas. No oyen a nadie pisar por el techo. Todo el pueblo está por debajo de ellos, pero solo por la cuestión de estar tranquilos. Eso sí, para subir a la casa hay cuestras muy elevadas. Los años hacen que permanezcan cada vez más en la casa. Tienen gran despensa, pero mi tía sufre bastante, porque siempre hay que bajar a comprar algo. Lo mejor es que durante el invierno estuvieran en un piso abajo en el pueblo, pero ciertas circunstancias no lo han permitido. Ven las ventajas de su ansiada libertad, pero también reconocen que el piso donde vivimos les hubiera gustado para cuando más mayores. El Chamberín hubiera quedado para el verano. Los animales ya los hubiera cuidado su hijo. Pero su tío Mario se habría acercado cada día a los corrales porque sin los bichos no vale vivir.

Andrés vuelve a rememorar el pasado cuando lleva cierto tiempo en el comedor, ése cuya pared, donde está la librería, es puro cerro, es pura roca, es pura naturaleza pintada de blanco. Con su primo Mario hace años que habla poco, solo en esporádicas visitas, pero pronto, ¿y por qué no?, con la ayuda de la cerveza que le han dado, vuelve hablar con él más en profundidad, sobre los beneficios de la casa, de la vida tranquila que llevan en el campo y no en la loca ciudad, sobre lo sano y fuerte que está. Los hermanos vuelven a charlar de sus cosas, de cuando pequeños, del hambre y de las pillerías que tenían que hacer para sobrevivir. Mi padre ya comienza a hacer gracias y a piropear, con insultos a su manera, a otros miembros de la familia. Su ruda sinceridad siempre les ha hecho reír a los chamberineros.

Retornan sí, esos recuerdos de antaño, como cuando va al lavabo y aprecia las antiguas *racholas*, la antigua bañera, la misma ventana que da a la calle, calle solo para ellos, riada de corrales, de almacenes y rincones, por la que nadie va a pasar, porque por ahí únicamente están ellos, nadie más. Tener una calle para ti le impresiona a Andrés. Es una calle propia, de la familia, íntima entonces. Viejas músicas, *Pretty Faces*. Tiempos modernos en una España rural, música melancólica y rápida para Alhama, jóvenes almas que se enamoran y que se casan con unas melodías que Andrés tiene en un pedestal. Esas mezclas de paisajes, de ámbitos, de músicas, de situaciones contemporáneas, modernas de ahora, ese mejunje que se hacina en el interior de su alma, propiciado por su carácter, por su propia patología, lo agradece, de verdad que lo agradece. Pueden tener sentido entonces los altos pensamientos de Sócrates, o los consejos meditados de Cicerón y Séneca, con la vida que llevan unos campesinos que viven del salario de la obra y de la ayuda que a la cesta de la compra conllevan un huerto y un corral. La música la aporta también Andrés y su infancia sazón de zalagardas, aventuras y hasta de alguna desventura que enseña a aquellos críos, el panorama que recrea dentro de su mente. La televisión

les vuelve a la realidad: asesinatos, matanzas, hambres, injusticias y demás insensateces. Qué de hambre en el mundo, qué de mal; qué colores más sanos en nuestros rostros, qué de alegría en todos sus rasgos. Llegan los niños de una generación nueva, los hijos de mi prima y penetran con esa gracia pueblerina que se despreocupa del mundo exterior. Qué de cajas repletas las de ese mundo exterior para que se las coma la tierra y no la caridad ni menos la justicia. Todos nos veremos allá arriba las caras y muchos caerán desde lo alto. Me gusta subir y bajar, acalorarme, ponerme frenéticamente contento ahora que a mi mente puedo dominar, la que por fin hace caso a mis riendas. «*Vamos a ver el pony, niños.*»

Se van los dos hermanos, la edad va con ellos. «*Cómo me conoce mi hermano*», me dice mi madre en casa. «*Me ha dado los higos bien maduritos, que son lo que más me gustan. Además, el médico me ha dicho que van muy bien para la artritis. El plátano, no.*» ¿Qué más puedo desear si les veo a ambos tan contentos?

Bajamos con bolsas llenas de frutas y verduras. Mi padre y yo llevamos esos higos para mi madre, tomates, pimientos, cebollas, judías verdes y un melón. Las calles están vacías a las ocho y media de la tarde. Un frío del norte ha venido de repente tras las lluvias de ayer, para decirnos que el verano ya toca a su fin. El cielo está exquisito con ese azul intenso tan limpio. Por las calles ya no hay nadie a las ocho y media de la noche, y las casas y calles que forman están tan dispuestas para ser pintadas, que diríase que se han preparado para nosotros. Quedan pocos días ya para volver a Barcelona. Se nota que estos días tienen el mismo sabor que cuando mi infancia: nostálgicos, distintos y a punto de despedirse de la mirada.

El padre de Andrés es de un pueblo de Soria, a unos noventa kilómetros de Alhama. Está descendiendo a pocos kilómetros de los puntos más altos de la meseta superior. El macizo Ibérico se encabalga hacia el este. Hace de gran escalón. Siguiendo la carretera comarcal que lleva a Berlanga, el alto de Alentisque separa ambas categorías orográficas. Es todo suavidad desde aquí hacia el oeste, es todo planicie y campos de cereales. Verticalmente dibujan el paisaje por las flechas lanzadas por Dios, chopos, álamos y carrascas. También algunos enebros en las laderas de las bajas colinas quieren tener cierto protagonismo geográfico. Los pueblecitos se alargan en torno a una iglesia y el silencio es amplio, amplio. El coche se deja llevar porque no hay prisa. Son tan malas las prisas en el tráfico. ¿Hay necesidad, a pesar de todo, de la misma? Andrés nunca tiene prisa cuando está solo o cuando va en familia. Llegan a Monteagudo, pasan por su calle principal y solo pasan dos almas. Llegan a Morón de Almazán, pasan por su calle principal y no hay nadie. Ya Coscurita queda a su izquierda. Un nuevo silo, del antiguo plan nacional agrícola, queda asimismo a su izquierda. Cunden los silos en Soria. Continúa el silencio saludándole, continúa, ¿le podemos llamar todavía Castilla la Vieja?, mostrándose. Llegados a Almazán ya solo quedan unos 29 kilómetros hasta Berlanga de Duero. Pueblos antiguos, de la antigua Raya, de las antiguas disputas entre moros y

cristianos, de la pasada generación, ya ni los grupos de rock de los 60 y 70 parecen recordarse aquí, en paisaje tan propicio para ello. Andrés sí que continúa haciéndolo. El coche nota en estas carreteras las heladas, las heladas que las hieren profundamente. El suelo a izquierda y derecha aparece más hundido y oscuro. Más verde resurge a partir de Almazán. Es el Duero que ha venido hacia nosotros desde el norte, el que trae su serpiente verde oscura. Pero aparecen montañas lejanas que en invierno son de nieve a Occidente. Y pasando Barca se divisan los pinares en estos llanos arenosos para dar todavía más personalidad a esta otra tierra, a esta otra parte del corazón de Andrés.

Mirad, padres míos, como los pinares nos saludan ya a ambos lados. Mirad, padres míos, como la vía del tren Ariza-Valladolid, aquella que cogíamos hace tantos años, cuando nosotros éramos pequeños, Pablo y yo, está toda muerta, toda abandonada, para que siempre sea la tristeza, el sentimiento que hace arrancar los mejores versos a la poesía, la que los dicte, siempre en mi España pobre, siempre en mi España abandonada por los políticos y también por nuestro espíritu. Ya son muchos kilómetros de bosque en este mi país ya casi sin bosques. Continúa sin haber nadie, porque nadie es poca gente, es el silencio y es el escaso tráfico. Nadie es la presencia puntual del ser humano. Poco daño entonces le haremos aquí a la tierra. A pesar de los campos cultivados, estos mismos campos que coadyuvan al paisaje solitario, a ese de naturaleza muerta, tan preferido por Andrés, se puede considerar a Soria como liberada de la estirpe humana. Sus únicos habitantes meramente la sirven como las hormigas. No han encontrado petróleo ni otras minas, no es muy rentable para las fábricas instalarse aquí. ¿Urbanizaciones? No os conviene: Zaragoza, Bilbao y Madrid están muy lejos para que vengáis a pasar el fin de semana.

Ya giran por la revuelta y se lanzan, por la carretera local de Caltojar, hacia Berlanga. Ya se divisa el gran castillo amurallado, la gran colegiata, sus dos o tres ermitas más. Dentro encontraremos su graciosa y típica plaza *aporchada* castellana, sus porches y casas nobles en otras calles, la picota a la entrada como aviso de lo que nos puede pasar si no respetamos las leyes humanas. El palacio renacentista fue quemado por los grandes artífices de la libertad europea: los soldados napoleónicos. Todo es una paradoja en esta vida. ¿Cómo vamos a aprender, a querer esa libertad si nos queman, si nos matan, si nos roban, si nos violan? ¡No! Así no se hacen las cosas. Prefiero encerrarme de nuevo dentro de la locura de mi convento.

Y el silencio, el silencio continúa. Las aves son también distintas. Es que su eco rechina de otra manera a estos 900 metros de altura en planicie, en llano. Recuerda entonces, cuando infante, este sonido y este silencio inequívocos, porque las palabras mismas eran de otra naturaleza indiscutible. El andar, las tiendas, el jolgorio, todo sonaba de otra forma, con ese característico eco que define a Berlanga desde hace tantos años. Y a su padre le saludaban amigos de su juventud, de su misma infancia, familia, y todos eran extraños, eran tan lejanos. De verdad que venir aquí significaba toda una experiencia que ninguna ciencia puede explicar. Puede que el tiempo sea

cíclico aquí. Puede que esa sea la respuesta, ¡claro!, la de vivir, por siempre, dentro de una sincronía cíclica que nos aleje de la amarga diacronía. Mientras en otros sitios rurales, de costumbres quizá más antiguas como Alhama, el tiempo es lineal, consciente de su ayer y de su posible mañana, aquí, en Berlanga las horas y los días son mucho más cíclicos. Descienden hasta un punto del cual remontan hasta otro que no pueden ya superar. Y qué bonita es esa otra forma de ver pasar la vida. Siempre las mismas cosas para recordar, pero como si hubiesen pasado esta misma mañana o ayer por la tarde. Los hechos históricos, mejor aún los cotidianos, los que construyen belleza, columnas, arcos y bóvedas, casas y refugios para el ganado, se repiten incesantemente aunque digan que son siglos los que han pasado. El sabor, sí, será porque la modernidad se ha introducido muy poco aquí, en pequeños detalles, en suficientes creo yo, permanece presente con su pasado. Tiempo cíclico que haces que las cosas sean casi igual pero distintas, que haces que mis padres y yo seamos de otra manera aquí, a pesar de ser siempre los mismos. Es por ello que mis grupos de rock, de pop, de country rock, incluso de otros estilos, se recuerden aquí como el comportamiento interminable de un acordeón, como los fuelles que separan los vagones de trenes. Es un continuo ir y venir, llegar y salir, de vuelta a comenzar tras finalizar la sesión. Sí, aquí mis obsesiones y compulsiones siempre han estado muy activas, pero aquí igualmente las ideas agradables han estado en un continuo nacer-renacer. Con la mejora de mi salud, las maravillas infantiles vuelven a darse con toda la sabiduría de mi madurez. Que este año solo durante un día permanezcamos allá no me produce ese terrible sentimiento depresivo, que sin fundamento, contempla las cosas y las resiente en sus más hermosos fundamentos. No. Este año me levanto bien, desayuno agradablemente, hacemos el viaje, paseamos y arreglamos unos papeles, comemos en el restaurante sin pensamientos recurrentes, volvemos a pasear, ¡vemos a mi tía!, y retornamos volando hacia Alhama. No hay resquemor ni ninguna mayor tristeza. Solo una dulce melancolía recorre mis ojos. Ahora, a pesar incluso de la edad, el poder de la razón del sentimiento triunfa, con lo cual, teniendo todavía esa víscera como primera vocación, es el corazón mucho más consciente, por lo que los mismos sentimientos del amor o del recuerdo se viven bien precisos y hasta de manera agradable.

Soria ya vuelve a quedar atrás. Chopos, carrascas y enebros, despediros de mí hasta otro año, hasta otra historia. Lomas y cerrillos, valles sencillos e íntimos, sin gente, valles influidos por la mano del hombre, del antiguo hombre que ahora ni existe. Soria, vuelven los poetas a cantarte porque ya pareces muerta. Quizá así, muerta, es como únicamente debes ya estar dentro de este mundo, mundo que no le corresponde al hombre moderno.

LA VUELTA

Son las 6 de la mañana y se preparan para volver a Barcelona. Se ducha Andrés, se acicales siempre como corresponde, el perfume del masaje y la colonia le dan prestancia. Se desayuna y a recoger todos las últimas cosas. Se hacen las camas, se cierran bien las ventanas y se bajan los bolsos de viaje, paquetes y bolsas al coche. Hasta 2 sacos de patatas, unas rojas y otras blancas. ¡Cómo no!, en otras de plástico blanco o negro o azules y claros, están los pimientos, los tomates, las calabazas, la *morraja*, las almendras, los ajos. Queso y jamón de la zona, chorizos y morcillas, unas botellas del buen vino de Calatayud, miel y legumbres de Castilla, dulces, todo lo bueno, hasta el buen pan, retornan a lo que muchos llaman civilización, ¡tontos! El café va en el termo para el camino. Los bocadillos van dentro de la nevera. La nevera de casa hace horas que está descongelándose. La limpia la madre, ¡qué de honores merece! Y habiéndose ya bajado todo el equipaje al coche, se cierran las llaves del gas, del agua, la luz. Se cierra la puerta de casa. Se cierran una nuevas vacaciones de verano. Por fin, unas vacaciones adultas normales, por fin ha funcionado Andrés en unas vacaciones de esta vida cuando mayor.

Son las 8 y el coche arranca con el fresco de la mañana. Finales de septiembre para volver a Barcelona, para comenzar un nuevo invierno en la ciudad. El pueblo, sus montañas, sus pinos aparecen grises, claros, pero todavía con muy pocos rayos de sol, si acaso allá, en el horizonte de la carretera del monasterio. Y la vega se deja hacia la derecha. Es en esta ocasión la antigua nacional la que les llevará a la autovía de Madrid-Barcelona, a la gasolinera de Calatayud, hacia Zaragoza.

¿Se pueden contar cosas de un viaje de vuelta? Sí, Andrés siempre tiene muchas cosas que contar aunque no interesen a nadie. Cualquier corrillo de vegetación, cualquier cerrillo perdido y que ninguno ya le da importancia, cualquier antiguo riachuelo, barranco o campo motor de la vida de antaño, hacen imaginar a Andrés otras formas de vida, otras formas de ser, que para él sí merecen importancia. Ya por el solo hecho de existir, de estar y permanecer allí, tienen suma importancia. Es un pintor del paisaje, él respira y vive por el campo, por la naturaleza vista así en la distancia, pues cuando se acerca y observa que los animales también se destrozan unos a otros, aunque sea por pura necesidad, ya este mundo le gusta mucho menos. Bien, cosas de Andrés.

La montaña es la alfombra de todos los vehículos que avanzan. Es la mejor senda que han encontrado los ingenieros de caminos. Camiones, furgonetas y coches, hasta alguna moto, siguen por esta autovía, algo difícil, dada la orografía del terreno. Por fin, al menos en el camino de vuelta, ha recibido desde Calatayud un asfaltado hasta Zaragoza. Lástima que las obras continúen siendo chapuzas nacionales. No ha debido haber más presupuesto para adecentar el camino peligroso en muchas ocasiones. Tampoco hace falta correr tanto. Es de lógica. Pero qué maravillosa conjunción si ambas seguridades, la estatal y la individual, fuesen siempre juntas. Pero estas consideraciones sobre el hombre y su desarrollo social: sean de Aristóteles, de Santo

Tomás de Aquino, de Locke o de Marx, ya no le interesan. Son una auténtica pérdida de tiempo cuando la naturaleza o su relación con el hombre, la geografía, están ahí, a la vista de todos.

Ya se baja hacia Doña Godina. Tremendo desnivel que significa el final del macizo Ibérico. Ya la plana hacia Zaragoza solo contará con sus últimas estribaciones. Y entre molinetes de viento, alta tecnología para disminuir la contaminación, se acercan pronto a los límites de la gran ciudad. ¿Por qué no se toman en serio las semillas como combustibles –dicen que no contaminan-, la energía solar o el motor de hidrógeno? ¿Por qué siempre tenemos que estar dominados por los grandes negociantes y sus armas los políticos? ¿Por qué han de ser tan lentos los avances cuando la técnica es mucho más rápida? ¿Por qué la sociedades...? ¡No! De nuevo a hablar del hombre como estructura social que forma etnias, naciones, estados y otros estúpidos estratos de población. ¡No!

Es la música un licor aparentemente, pero sus consecuencias mentales son placenteras, y su posible adicción estaría en re-machacar, de forma patológica, la misma canción. Aún así, está tan lejos de ser una droga. Sea la música la ahora protagonista. ¿Grupos beat, grupos de Rhythm & Blues británico, grupos pop americanos de los 60's? Cualquiera que sea la música, si es música, que coja el protagonismo. Conduciendo se puede conseguir un *feeling* que no es recomendable cuando se relaciona con la velocidad. Tampoco es bueno que nos despistemos con ella, que hundamos nuestra alma en su fondo. Estemos atentos a la circulación. No añadamos más leña al fuego.

La autopista cruza Zaragoza. Las entradas y salidas se multiplican. El río circulatorio parece el de una gran estación de trenes, donde los cambios de vías invisibles se deben intuir con mucho cuidado. La autopista del Norte, las carreteras de Teruel, Castellón y Huesca, de Soria, se entrecruzan. Pero pasamos sin novedad. No es hora, ni día, domingo de finales de septiembre, argumentos que sirvan para hacer engrosar el tráfico. Atrás quedas, Pilar, del que me avisan mis padres. Yo no puedo verte. Pasamos sobre el Gállego y ya los polígonos de Malpica se quedan atrás. Mala autopista hasta la de peaje. ¿Por qué siempre se ha de pagar lo bueno en metálico? La estatal se paga también pero parece ser que merece mayor olvido, no sabemos por qué... ¡ladrones del alma de la comunidad! ¿No hemos dicho de no hablar más de política? Andrés rememora automáticamente cosas que ya no le preocupan. Tampoco hay que exagerar con esta censura.

Y los Monegros pronto están ahí. Desierto español, desierto en el norte, que grande eres España para que tus habitantes se puedan adaptar, desde hace siglos, a tu clima estepario y caprichoso, que pintas de golpe con oasis del mejor impresionismo y arte natural.

No puedo evitar tener siempre las mismas sensaciones al pasar por los mismos lugares, por los mismos campos, por los mismos pueblos y ciudades. Incluso los camiones y autocares los reconozco. Otros conductores, quizá con mejor criterio circulatorio, dicen, no les dan ninguna importancia ni después de parar. Entonces,

¿qué sienten? Igual existe el mismo sentimiento, el mismo toque que regala la naturaleza a cualquier ser humano, mas la impresión no se hace tan profunda, tan inseparable del yo de cada uno de nosotros. Pueden ser enfermizas mis sensaciones. ... ¿Sufro como hace años? ¿Repito continuamente imágenes y detalles? ¿Pierdo el tiempo por ello? ... ¡No! No siento ningún malestar hoy, al contrario. ... “*Entonces goza y sé cómo eres.*”

Paramos en el área de servicio de Pina donde el aire galopa a lo loco. Pues a comer dentro del coche. No queremos gastos innecesarios, robos inexplicables. Nosotros con el bocata nuestro, bien bueno y el agua de cada día, de nuestro pueblo balneario. Después vamos a los lavabos, pues para eso pagamos el canon de la autopista. ... Y tras bien meados y bien lavados nos lanzamos por el desierto de los Monegros, que con estas autopistas bien asfaltadas, ningún problema. ¡Y no hace falta correr! La estepa también ofrece unos paisajes que apreciarse, pero siempre en base a la seguridad. Después, una vez parados, ya reharé las dispersas imágenes para que el recuerdo sea el que corresponda. ¿Y por qué no escuchar el *New Orleans* de *Bern Elliot & The Fennen*? El tiempo transcurre, no perdona ni a los ídolos. De todas formas, debe de haber algo para que las maravillas creadas sean respetadas por el Gran Amo.

Ya estamos en Catalunya. Sí, hay más verdor, más fábricas, mucho más movimiento, pero ahora cualquiera sabe cómo hacer negocio en este mundo de locura capitalista. No obstante, si te pones a profundizar, ves que el viento, si sopla a favor, puede ver adecuada cierta postura, por lo que quizá haya que tener cuidado en el futuro para ser lo máximo de coherente. La idea, lo que uno piensa, puede ser tan diferente cuando el acto, cuando uno ya puede hacer. ¿No es mejor, por lo mismo, continuar apreciando el paisaje?

Vuelven las ondulaciones. Estamos ya en las cordilleras costero catalanas, alejadas de la meseta, del sistema ibérico y del macizo central. La geografía vuelve a estar condicionada por la política. Puede ser romántica esta clasificación, que solo entenderán algunos -perdónenle los demás tan maña licencia-, pero ya estas cosas no le comen el coco a Andrés. Continuemos. El mar se intuye. Ya tiene ganas de estar en Barcelona, en su barrio. Pero lo que realmente quiere es estar en su casa, en su lugar de intimidad, en su necesaria soledad. Suenen los temas de AC & DC se dice Andrés, de la primera etapa mejor, de ese tan idolatrado rock & roll a pesar de todo, de esa locura que llevó a tantos hasta la muerte. La inexperiencia y los excesos son tan diferentes con Andrés. Andrés no necesita ni de drogas ni de alcohol. Con la misma música ya está a tono. El sexo es amor y no tiene nada que ver con las estúpida frase. Pueden ser sus desordenados líquidos cerebrales los que le faciliten esta toma de contacto con el Cielo, este desparpajo con el mismo Dios. Tanto nos debe perdonar. Es injusto si Andrés posee esta habilidad, por lo que tened cuidado los demás, no le queráis imitar. No vale la pena. La vida ha de vivirse con lo que tenemos. No beber ni fuméis para adquirir otro estadio. ¡No! El mismo Andrés sabe que lo suyo le ha hecho sufrir mucho también, pero él jamás pudo decidir. Ahora es una habilidad, pero él

posee mérito, porque pocas veces la impone para destacar sobre los demás, si acaso sobre algún estúpido@ torpe al que sería mejor enseñarle con amor. Está adquiriendo el dominio de no exhibirse a costa de algo por lo que él no tiene ningún mérito. Solo lo cuida. *«Y aunque yo lo tuviera, Señor, ¿por qué he de aprovecharme? ¿No somos todos iguales a la luz de tu imagen?, pues déjame meterme contigo y escucha, de estos locuelos de AC & DC, el Let There Be Rock. En tu honor.»*

Sí, a Andrés ya se le ha subido la música como a otros el alcohol. De todas maneras, sabe frenarse. Ya están en el cruce de Valls y las dos autopistas forman tres carriles en vez de dos. Las ciudades se agrandan, la profusión urbanística ya comienza a ser. Barcelona ya se percibe. Lo que están deseando todos, y eso que el viaje en absoluto es muy pesado, no hay demasiados kilómetros, 417, es llegar a casa. En esto también forman tan unida familia. Llegar para estar bien tranquilos en su intimidad, para descansar. No quieren ninguna juerga más, ningún otro paseo hasta mañana, si es preciso. Ya los plataneros, semáforos y cruces indican que están en la Ciudad Condal. El tráfico es fluido. Son las dos de la tarde y ya comienzan a descargar los sacos de patatas blancas y coloradas, las cebollas, los pimientos, los pepinos, los tres manojos de ajos para todo el año, el melón y una sandía, las botellas de vino, unas pastas y las morcillas y chorizos, la miel y las legumbres, etc. ¿Qué más quieren traer de allá? La gente les mira. ¿Hay envidia? No muestran expresión alguna mucha gente de ciudad. No es la tristeza lo que se va a apoderar de Andrés. Él es muy fuerte. Aunque sería tan mezquino humillar a gente tan enferma. El sol del domingo, en una ciudad como Barcelona, puede parecerse algo al de allá. ¿Por qué no? Todavía está todo tan fresco. Deberíamos ser todos hermanos. Y ahora a ordenar, a recoger, a comer y a dormir la siesta. ¿Qué más desea el ser humano, ese que forma parte de una especie tan frágil y estúpida en muchas de sus conformaciones? Pero amémosle, amémosle mucho más, a pesar de todo, pues lo contrario solo traen mal y violencia.

DÍAS POSTERIORES

No hay mucho más que indicar durante los días posteriores. Se va al trabajo, los compañeros comen unas cerezas chocolateadas al marrasquino de Alhama, retorna la rutina del albergue social, con su conserjería y su informática, en el metro se convierte en un hombre al leer a los clásicos que le obligan a no dormirse en esta vida soporífera y tan denostadamente capitalista. No por eso prefiere el comunismo: lo odia por su mentira asesina; todavía muchos creen que es necesario matar para que cambien las cosas. ¿Y el nazismo? Más de lo mismo, pero de otra manera. ¿Es que no tenéis más ideas en la cabeza? ¿Es que no habéis recogido lo mejor de Sócrates, Platón, Aristóteles y de cualquier maestro posterior, todo aderezado del mejor amor cristiano o budista, de los subtipos que jamás intentan ponerte la mano encima o explotarte, ¿eh, arzobispos e intermediarios de mezquita u otros que habéis profanado a Dios, a Alá, al Ser libre y a veces al Ente tan desorbitado? ¡Ay, cruda naturaleza! Escucho el *Being Lonely* de Abel, de 1971, y quizá todos estos chicos de cabello largo, allá por su infancia, en tan bello barrio de Barcelona, ahora tan machacado por turismo tan átono y consumista, tuvieran toda la razón; ya de pequeño toda esta música procedente de América le era tan elevada al niño, con sus álbumes y telefilms, con los dibujos animados tan divertidos, ¿que por qué tuvo que avanzar la Historia una vez más, la indomable y cruel diacronía?

II - LAS VACACIONES DIACRÓNICAS (de algunas partes del primer punto)

- ¿Qué película vemos, tete?

- Elige tú. Siempre tengo que elegir yo. Como sigas así, siempre tan indeciso, no te vas a curar.

No comprende mi hermano que los ataques directos a los enfermos son muy malos. A mí, que conozco esto y estoy mejorando tan estupendamente, no me afecta. Lo que ocurre también es que no suelo protestar por las películas que se ponen en casa. Él es más protestón, y como sus protestas sobre las películas que elegimos son tan frías, como el cuchillo certero, pues ya no me atrevo con la iniciativa. Se va a dormir sin rechistar, y después de insistir mucho nos dice que no le gusta la película. Pues como los demás somos todos más maleables, o porque incluso hemos ya perdido la capacidad crítica, le dejamos a él la última palabra. Pero no, ahora sale con éstas y siempre hay lugar para su cuchillada fría. Al final me sobrepongo y me pongo poniendo voz de muñeco:

- Pues pongo *Alien*.

No hay problema con ciertas películas.

- Andrés, esto es una mierda.

No hay nadie en la recepción. Podían estar escuchando por la escalera de servicio o por la que da a la sala de televisión. Además, a estas horas casi siempre hay una señora de la limpieza por la zona. Pero el dolor, el dolor ése que proviene de la mente, de sus sentimientos y razones, siempre puede más y da igual quien haya abajo, arriba, a este o al otro lado.

- ¿Qué pasa Javier? –está nervioso, triste, desangelado.

- No sé qué hacer Andrés. Me tengo que tirar al metro, eso es lo que pasa.

A Andrés ese tono ya no le gusta. No es una broma, ni tan siquiera una bravata, es la pura y odiada realidad de la que él no gusta. Solo quiere venir a trabajar, ¡que no haya ningún problema en su horario de conserje, por la mañana de un albergue social!, e irse a casa y cobrar. De todas formas, ya tiene más flema, y con la mejora de su enfermedad, ya no tiene tanto miedo. Así que como siempre puede pasar cualquier cosa, es mejor que vengan ellas solas y a esperar. Hacer trabajar la mente por los alrededores de una situación, solo la sobrecarga.

- Andrés, esto es una mierda. Ayer me rechazan de un trabajo que ya tenía en el bolsillo, ¿sabes por qué?

- No.

- Me dice el antiguo amigo. ¡No hay amigos, Andrés! Que sí, que tengo buena experiencia, pero que él no puede hacer nada, que aunque sea encargado le han dicho que un joven es mejor.

- ¡Por la edad!

- Sí, por la edad.

- Pero Javier, esto no lo entiendo. Tú tienes experiencia, sabes del tema de cocina más que nadie. Sabes cómo disponer una carta, un menú. Toda la vida has trabajado

con todo tipo de gente. Multitud de historias, de problemas se te han planteado. Incluso tu desgraciada relación con el alcohol, que ahora llevas tan bien, te ha dado más sapiencia aún. No lo tomes a mal.

- ¡No, que es verdad! Que me he visto en mil fregaos por la mierda la bebida y unas veces no he salido, pero otras aprendes para ti y también para los demás. Que me gusta ahora avisar a la gente: *«Oye, que yo a tu edad. Que primero se domina, se es joven, se tiene el cuerpo fuerte, mujeres, juergas, pero que llega un momento en que tu cuerpo te engaña. Que si te casas, tienes unos hijos y que cada vez se lleva peor el tema del alcohol... Que no todas las juergas han terminado. Y que con toda la razón del mundo te dejan de lado tu mujer y tus hijos.»* ¡Pero mira ahora, Andrés! Hasta ya quedo con mi mujer para el tema de los estudios superiores de los míos, que cómo les alentamos, que cómo lo pagamos. ¡Es increíble! Nunca creí que pasaría esto después de arruinarme con el alcohol.

- ¿Ves cómo no te vas a tirar al metro...?

- ¡Ya!, pero gente que esté peor que yo del coco...

- Lo que no ayuda nada Javier es el tema de nuestra sociedad. Que si jóvenes solo. ¿Por qué?

- Pues para pagarles poco. Contrato corto, luego cogen otro y otro y así van tirando. Tienen más fuerza, pero no saben conducirse. A la larga la experiencia es la que vale.

- Sí, ganan perras los dueños, pero a la larga pierden, porque vuelta a enseñarles cada vez.

- Sí... y no Andrés. Siempre pagamos los mismos. Como en los sitios grandes tienen por lo menos dos cocineros fijos, tiran con los ayudantes, con los pinches, amargan a ese par de cocineros que una y otra vez deben enseñar las mismas cosas, pero el empresario a llenarse las manos por detrás. Y si no, somos muchos cocineros en el paro.

Y Andrés, incrédulo por la contestación, ¡sí!, ahora lo veía claro. El mundo empresarial es una ecuación mucho menos complicada que la relación simétrica de los antiguos conjuntos. Las relaciones son asimétricas y siempre hay unos puntos, los mismos, por supuesto, que son los que revientan de trabajo.

- Eso sí, un día les da un telele y a hacer fijo al más preparado de los pinches o a echar manos de los imbéciles como yo durante una temporada.

- Pablo, que bien saben los garbanzos con chorizo. Llevan cebollita y todo, que bueno. Ar tete le tero -cogiendo uno de los muñecos con los que mima Andrés a sus padres hasta que tengan nietos. Ellos que tanto los ansían. Ahora se deben conforman con los muñecos que les compraron cuando ellos mismos fueron pequeños.

Toca el teléfono.

- ¿Diga?... ¡Hola! ¿Qué hay? ¿Cómo estás, Bubu?, ¿cómo os lo estáis pasando?

«Pues mira, con un sol que me entra por el balcón del comedor y que me da en las piernecicas, que estoy más a gusto... ¿Y vosotros?»

- Muy bien, ahora te cuento. Eso, eso, ponte que te dé bien el sol, que así estarás bien calurosa y sequita para el invierno. Ya verás qué bien.

«Pues eso, así me dolerán menos. Desde hace dos años me duelen menos con el sol que tomo.»

- Pues acabamos de comer garbanzos con chorizo. El tete los hace muy bien, les pone cebolla y todo, que la fríe antes con el tomatito, como haces tú. ¡Un platazoooo así de grande! ¿Y el papa?

«Pues a las cartas ya. Ha comido el tragón un plato de costilla con patatas que se ha chupado los dedos. Y hemos tomado también una ensalada con pepino, tomate, zanahoria, cebollita, olivas y maíz.»

- ¡Jodo!

«Y vino negro y sandía con un rollo de dulce para postre.»

- ¡Jodo!

«Y se ha ido mudado. La camisa azul cielo a juego con el pantalón azul marino, los zapatos brillantes y su puro. ¡Hala!, al Avenida. Hasta las siete de la tarde.»

- ¿Y tú solica?

«Yo solica, pero no me aburro. Ahora lavaré los platos, veré el parte, me acostaré, me levantaré a hacer faena y sobre las seis me iré por Lanuza a ver a los tíos. Luego acudirá allí donde los tíos el papa.»

- Pues muy bien. Qué envidia. ¿Cómo lo estáis pasando! Venga, que te paso al tete, ¡adiós! ¡Adiós! ¡Muchos besos!

«Espera, me tienes que traer también unos patos.»

- De esos patos que se ponen en el water.

«Sí, para que huela todo bien.»

Y la conversación con mi hermano surge suave y liviana para mi gozo. De verdad, que no me puedo quejar de mi familia. Hemos tenido suerte, aunque a veces mi hermano esto no lo comprende. ¿Ventajas de trabajar en un albergue social, de tratar con infinidad de gente? Gente. La gente somos desconocidos. Somos como partículas gramaticales que sirven para formar frases que se dicen sin fervor. Gente, palabra neutra.

- ¿Y cuánto vale la entrada al museo Marítimo?

- Pues no lo sé.

- Bueno, no valdrá mucho. ¿Sobre qué hora salimos?

...

- Son las cinco y media. Tenemos bastante rato para verlo.

Recogidos dentro de la penumbra suficiente para ver la exposición. Existe el equilibrio necesario, entre luces y sombras, para la contemplación, pero también para el recogimiento, la rememoración de antiguos recuerdos, de momentos e instantes pasados, ¿y por qué no? históricos también.

Hay dos maquetas de las antiguas *Drassanes* (Atarazanas) donde se construían los barcos. Una más profusa, más llena en detalles, más amigable, ¿menos verdadera?: es la más antigua. Otra más liviana, menos adornada, más académica, ¿más cierta?: tiene unos pocos años.

- Pablo, Pablo –le hace señales Andrés desde unos veinte metros. Su hermano es más tranquilo. Solo reacciona cuando el mismo Pablo se da cuenta de la monumental maqueta donde se muestran también las *Drassanes*, pero incrustadas en todo el litoral de la Barcelona medieval, donde se aprecian casas, calles, barrios y mercados, iglesias y monasterios, actividades y talleres, gente y animales. Es una maqueta moderna, también profusa, detallista, adornada, llena de vida, mágica y dada a contar, a soñar el pasado.

- Mira qué cuadros -le dice Pablo a Andrés.

- Qué bonitos.

Los cuadros marineros son dados al romanticismo.

- Vamos a la galera, Andrés –están encima de ella, sobre una repisa de cristal preparada para ello, como un balcón. Es una especie de mirador mágico.

- Ahí está el taller de barcos que el otro día dieron por la tele.

- Mira los veleros, qué maquetas más majas.

...

- Ésta entonces es la zona de los barcos de vapor.

Terminan de contemplar la exposición. Han hablado poco. No se puede hablar mucho cuando hay tanto que ver.

- A mí me han gustado mucho los cuadros.

- Pues ánimo y pinta cuando puedas y te apetezca un barco.

- A ver más adelante –qué bien que Pablo ya esté tan constructivo, tan guiado en su profesión. Por fin ha elegido algo que le llena y colma. Y ya lleva año y medio sin parar de trabajar en la misma clínica de auxiliar los fines de semana. Andrés está bien tranquilo al fin, bien contento de ver a su hermano así. Lo suyo ya no le preocupaba. Su enfermedad ya ha sido razonada desde hace algún tiempo. Era su hermano quien los últimos años le hacía pensar demasiado.

- Las maquetas estaban muy bien hechas.

- Sobre todo la que fotografiaba el litoral de la Barcelona Medieval, con todas sus actividades y mercados. Parecía viva.

- Hemos estado dos horas justas.

- Y no hemos podido ver todo con detalle.

- No se puede leer toda la información. Es mejor venir varias veces que estar cuatro o cinco horas agotándose.

- Tuviste una gran idea.

- Yo nunca había estado en el museo Marítimo.

- De pequeñito te llevamos, pero no te acordarás.
- No, no.
- ¿Cogemos el metro en *Drassanes* o en *Paral.lel*?
- En *Drassanes*. Así cambiamos.

- Hola Papi –sin bajar del coche.
 - ¡Ei, Andrés!, ¡que pronto! ¿Cómo ha ido el viaje? Bien, ¿verdad? –es mejor contestarse uno a lo que es palpable.
 - ¡Venga, monta! –parece que su padre no le ha oído. No le preocupan ya a Andrés estas cosas, es mayor su padre, quizá no le ha oído. Quizá prefiere ir andando a casa y no se ha dado cuenta de contestar. Son pequeñeces. Hace mes y medio que no se ven y eso es lo importante.
 - ¿Mucho tráfico?
 - No.
- Y se besan al aparcar y suben las cosas al piso, aunque antes hay que saludar a mamá desde abajo –antes ha picado al timbre su padre. Y ve tan flamante a su mamá en uno de los cuatro balcones. ¡4 balcones y en la ciudad ni uno!
- ¡Mamá!
 - ¡Ei, Andrés!
- Y suben todas las cosas y se besan madre e hijo.

Qué envidia y qué placer estar ahí por fin. Ellos llevan en total dos meses y medio con un interludio en Barcelona para ir a las playas. Cuando sea mayor yo también quiero esta vejez. ¡Pero no! Ellos jamás morirán, ellos todavía no tienen en consideración estas cosas. ¡Qué digo yo! La muerte les pillarán juntos a los dos, bajarán unos ángeles y sin tristezas subirán allá directamente, al Paraíso. «*Qué más quisiera que así fuese, Dios, cuídamelos mucho durante muchísimo tiempo.*» Es lo único que siempre le pide a Dios, Andrés.

- ¿Y el tío Julio?
- Ya verás qué gordo –le responde su madre. Siempre la gordura es un indicativo. Pero hay un cáncer por medio, con su tratamiento, la quimioterapia, y no se dice ninguna tontería con lo de la gordura-. Huy como se lo mira la gente.
- ¿Qué creían? ¡Que se iba a morir ya! ¡Qué gentuza!
- ¿Y el tío Pablo?
- De aquí a dos semanas bajan a Zaragoza para iniciar el tratamiento.
- ¿El Pedrito?
- El otro día bajaron a verle. Igual.

Y se va a dejar las cosas a su cuarto y diálogos separados van y vienen, abrazos, besitos a su mamá, mimos. Hasta a su papá le besa de nuevo. Y éste a hacer tonterías, a sonar la muñeca, la artrítica como la llaman, porque tiene la pobrecita las manitas

como dobladas, los deditos como malitos. Su madre sufre artritis en las manos y en las rodillas. La broma, dentro de este contexto, es entendible, no es cruel. Andrés pronto se acuesta la siesta después de comer.

«Por fin sin horarios. A hacer lo que uno quiere. Si no me apetece ir a la piscina o caminar, pues no lo hago. Que no quiero escribir, pues tampoco escribo. Y dulcemente buscaré mi recompensa sexual entre mis pensamientos. ¡Qué voy a hacer, Dios mío, si todavía no me sale la chica!»

Y pasa la siesta y se levanta para ir a ver a los tíos. Pasan las calles, las siempre vistas y deseadas calles. La tranquilidad aquí es notoria, toda la gente les saluda y se besan con parientes lejanos, con viejos amigos y amigas de sus padres, con conocidos.

- ¿Tu hijooooo? –con ese acento rural, interior, alejado del diccionario de la Real Academia, el que procura siempre un estándar para escritores, profesores, funcionarios, políticos, periodistas y locutores de televisión y radio. Es lógico que exista el estándar para leer y entender todas las mismas cosas. Pero no hay por qué censurar una cosa u otra. Todo depende del momento y aquí el momento se llama vida.

Y Andrés reparte besos fácilmente. No le importa hacerlo y es piropeado. La gente de pueblo te deja fácilmente, más que en ridículo, en evidencia. Y hay que seguir el juego o contestar amigablemente. No hay por qué discutir. Es que son así y salvo los maleducados, que en todos los sitios existen, son los tributos que hay que pagar por estar ahí, en Alhama, en un pueblo.

- ¡Qué guapo y que educado es!

- Gracias.

- ¿Y tu hermano?

- Está trabajando.

- ¡Ah!, muy bien. Qué suerte tienes Isabel de tener estos hijos. ¡Ooooh!

Y ya estamos por la larga calle Lanuza, de estrechas aceras y de continuo subir y bajar por los badenes de los almacenes de fruta reconvertidos en garajes. Al final, cuando omega es alcanzada, gira la calle, hecha ya carretera, hacia la derecha, abriéndose esplendorosa toda la vega en dos valles, uno lleno de verdor, que acompaña al Jalón, y otro de viñas y almendros, de monte y que asciende hacia el cielo.

Y mi tío Salvador asoma ya en la urbanización. Nos ha visto y se levanta del escalón de la puerta. Ya viene hacia nosotros con su típica pose, una mano en jarra y la otra también, pero sosteniendo graciosamente el pitillo, ladeando todo su cuerpo hacia su derecha. Mi tío Salvador bebe mucho, es alcohólico, dicho técnicamente, aunque es un alcohólico extraño, propio en estos pueblos y que cuidan con mucho sacrificio hermanas, madres y hasta primas.

- ¡Eh, tío! –y los besos vuelven.

El tío Julio, el enfermo no lo está tanto. Menos gordo pero también más gracias a Dios.

Mi tía Patricia está mucho más fuerte también. Se acaba de jubilar y estaba la pobre, la última vez, consumida por la casa y por sus hermanos a quien cuida. Son muy moros, en eso, mis tíos. En cambio, ahora tiene hasta pechos, ella que había sido siempre tan lozana.

- ¡Tía!

- ¡Sobrinooo! ¡Corazóóóónnnn! ¡Dame un beso! ¡Qué bien estás!

- Tú sí que estás bien. ¡Como se nota que ya no trabajas!

Pasan unos intervalos necesarios para reír y acabar de saludar.

- Y éste, ¿qué? ¿Se ha portado bien? –dirigiéndome a mi padre y preguntando también a mi tío Salvador, el más guasón.

- ¡Ésteeee!... En la baraja *tol* día.

- Vaya trabajador.

- ¡Éste! –y riéndose con su característica risa rumorosa, excesivamente confusa por su mal de oídos, de faringe y de pecho. Fuma y bebe excesivamente. De todas maneras, quien recibe los palos y las tortas precisamente en los oídos, es él por parte de su hermana. ¡Ay cuando se cayó encima de la mesa de cristal y la rompió toda! Él siempre tiene suerte. Nunca le pasa nada. Aunque su defecto es hablar muy a menudo de política -típico español que sabe que el Estado no le representa ni se preocupa de los asuntos de todos- y de Aznar. Aznar, que no lo traga nada. La verdad es que es muy soso este Aznar, porque hay completa frialdad debajo de su falsa corteza. Es como el portavoz del gabinete de gobierno actual socialista -otros que tal-, frío y calculador, por lo tanto, muy cercano a la maldad.

- Y tú en el bar a beber –mi padre, con ese tono tan juguetón e irónico y que jamás quiere hacer daño a nadie, porque no sabe, por lo tanto, porque no quiere.

Vuelve a reír mi tío Salvador.

- ¿Y has tenido buen viaje, todo bien en Barcelona? –con su voz ya seria, mi tía Patricia, como la que ponemos siempre para decir algo principal y que tenemos que escuchar, porque las bromas ya se han terminado.

...

¡Espera que vengan esos sinvergüenzas! –no sé a quién dirige los improperios ahora mi tío Salvador. Por encima de estas casas adosadas de protección oficial está uno de los cerros. Cerca cruza el Ave por fin, más despacio de lo conveniente. Allí trabajaron tíos y primos de Andrés. Los cimientos del viaducto que cruza toda la vega alcanzan en algunos lugares hasta 90 metros.

- Aquí no pueden andar con tonterías. Excavaron, pero como todo esto es arcilloso, hasta que no encontraron piedra no pararon. Después, a rellenar de cemento y a poner el pilar.

- ¡Vaya obra!

- Aquí debe ir el tren a 300 por hora y si falla el puente no queda nada.

- ¡Huy! –dice el padre de Andrés. Siempre tan del gusto de él las excesivas medidas de las cosas, los acontecimientos que superan al hombre, ¡y cómo no! también la impresionante naturaleza que rodea a Alhama, con esa combinación casi laberíntica de meandros, de cerros, de montañas y valles sucediéndose hasta romperse el macizo Ibérico al llegar a la Almunia, para terminar allí en un ancho mar de planicie.

- ¿Estamos mejor aquí fuera, verdad? –Mi tía siempre está demasiado preocupada por las cosas de la casa, porque no le toquen nada, porque no le ensuciemos. También mis tíos de Madrid. Ahora al hijo de mi prima hermana, la María José, le han tirado muchos juguetes. Se han comprado un piso nuevo en Alhama y el suelo es de parquet. Ya les diré que le pongan mantas en el suelo, pero que no le tiren mas juguetes capaces de rayar, que si no les va a parar tonto y con rabieta todo el día. El piso no hay que destrozarlo, pero tampoco tenemos por qué destrozar la vida de una persona. La infancia es el cimiento poderoso de muchas cosas de los mayores. Tenemos los humanos capacidad también para hacer muchas cosas buenas. Por lo tanto, de seguro que las mantas son la solución intermedia para que unos estén tranquilos, y para que Jesusito aprenda donde está su zona de juego y donde no puede rayar.

La tarde se va muriendo en este primer septiembre. Pero el calor todavía es fogoso, seco, pero suficientemente ardiente. La sequía continúa y las cosas van mal en mi querida piel de toro. Andrés tendría que hacer deporte, largas caminatas, experimentar. Son esas cosas las que le dicen sus compañeros de trabajo y que por eso mismo hará cuando él lo desee de verdad. Andrés no es que sea cabezón, pero él prefiere antes escribir, tontear con las frases y directamente por medio del ordenador. Antes le gustaba caligrafiar. Se siente uno más importante así, escribiendo de esa manera, hasta tintando con el colorante chino. Pero ahora, también gracias a su mayor maduración, y confirmando ello la curación de su enfermedad, prefiere escribir directamente en el *Word*, lo que ahorra muchísimo tiempo. En los tiempos manuales tenía que transcribir todo el texto desde su malísima redondilla al tecleo enfermizo. Pasar del papel a la memoria electrónica, hasta los mismos errores, le ponía enfermo. No podía reforzar la enfermedad con continuas comprobaciones, con continuos rituales. ¡No!, llega un momento importante en la vida en que hay que saber elegir bien entre tradición y practicidad. Ésta no siempre es mala, materialista o marxista. También puede ser ideal, no excesivamente, pero si suficientemente soñadora y hasta romántica en algunos momentos.

Llega la noche y van a casa de otros tíos, a casa de los padres de Pablo. El hermano mayor de la madre de Andrés se llama Pablo, como fácilmente podemos

imaginar. Viven estas personas en una de esas callejas de pueblo que se van enroscando en sí mismas y cuyos recónditos espacios facilitan la imaginación, ya dada a la dispersión en Andrés. Hay giros de 90 °, subidas en curva y acomodo a la montaña correspondiente con escaleras o rampas. Hay hasta balcones al aire libre en plena calle. Balcones públicos para contemplar el pueblo de otra manera. Están en la parte baja del Barrio del Somero. Se le puede llamar *por la Espesurilla*.

Y ahí están, como cada día, sentados al fondo de la calle sin salida, enfrente de su puerta. Son los únicos vecinos de la calle. Están escondidos. Nadie les molesta. Les da miedo el pueblo. Mi tía cree exageradamente en la culpa que tiene el pueblo de lo que le ha pasado a su hijo. El pueblo cree exageradamente que mi tía y mi tío tienen casi toda la culpa de lo sucedido. Yo creo, intento comprender más bien desde mi pobreza humana, que una serie de circunstancias, facilitadas por el carácter de mi primo, han dado al traste con las vidas que forman esta familia. ¿Pero dónde hemos estado todos, incluso los del pueblo, para intentar ayudar a un perfil psicópata? ¿Dónde la escuela, la administración, la guardia civil? Ya no hablo de la Iglesia, de esa Iglesia que se encierra dentro de su caparazón. E Iglesia somos todos los creyentes, incluida la institución. Han pasado 2000 años como pasarán otros 2000 de igual manera. Todos y todas hemos matado, todas y todos hemos encarcelado. Cada día todos y todas encarcelamos y matamos.

La luz solar ya solo quiere participar hoy con un débil azulado entre el cielo. Tienen sus tíos la luz de la calle ya dada. Y su tío, pequeño, regordete, hinchado por las enfermedades de la vejez, curtido por el trabajo de campo, se levanta poco a poco. Su mujer ha ido a por unas sillas. La hermana menor de Pablo tiene muchos más años de lo que aparenta. No sabríamos como llamar a lo que tiene, porque padecer o sufrir no sería lo correcto. Está ya en la treintena pero continúa teniendo cara de niña. Con su pelo muy largo, lacio, teñido de rubio extravagante como su madre, nos saluda. Está bastante gordita. Entre primos hermanos pueden producirse fenómenos extraños. Mis tíos son primos hermanos y perdieron muchas hijas pequeñas; mi prima se salvó con un nuevo tratamiento recién descubierto, pero digamos que tendrá secuelas infantiles de por vida. Quizá sería mejor que todos fuésemos niños. Pero mi prima, ¡cuidado!, parece estar siempre esperando a ver qué decimos para censurarnos por nuestro error. Esto es propio de la herencia de su madre. Y tampoco ello es tan malo porque le podemos atacar en broma y decir hasta algunas cosas. Tampoco tenemos que machacar. La vida no es tan agria, es mi prima y quiero que me enseñe el muñeco.

- Bájame el muñeco, quiero verlo.

- ¡Ahooraaaa!

- ¡Enséñale el muñeco al primo! ¡Venga, ve! -le dice con energía mi tía.

- ¿Y qué, Andresito, como va Barcelona, como van los catalanes?

- Pues bien, allí como siempre, mucho jaleo, mucho ruido.

- ¿Jaleo, eeh? -habla mi tío Pablo-, pues aquí, sobrino, como siempre, lo que nos sobra es silencio. Siempre muy tranquilos. ¡Y muy bien!; después de comer hoy unas patatejas, tu tío, con carne, me he comido dos peras de agua y tan jaque me he

acostado dos horas mientras tu tía y la Pili se iban a pasear por la Zapatera. ¡Y qué bien, sobrino! Después las he esperado tomándome una cerveza sin alcohol hasta la hora de la cena. ¡Sácales unas cervezas!

- ¡No, no! –todos a la vez, pues acabábamos de tomar.

- ¡Mira! –viene mi prima con el *Jagget*, el Peter, pero está ahorcado, ¡digo!, que viene como vino de fábrica, con el cuello atado con una goma a la caja, para que no se caiga, aunque eso sí, sonriendo, y el muy chulillo con la mano todavía en el bolsillo, el pantalón rotejo de una rodilla y con su chupete, ¡todo moderno! ¡Ah!, y además tiene un kiki naranja que le hace aún estar más a la moda. Este tipo de muñecos conserva todavía, dentro de la modernidad, la gracia y bellezas de un niño de verdad.

- Pero prima, sácalo, que está ahorcado aunque ría.

- ¡Nooooo! ¡Nooo!, déjalo ahí, maño –con esa energía un poco niña, un poco patológica, como no me gusta esta palabra. Vamos a decir un poco diferente y con el acento de la tierra. Una persona no es enferma o tiene una tara, una persona puede padecer estas cosas y poseer, además, deseos, gustos, opiniones, acentos, ideas, emociones y sentimientos. ¿Entendéis?-. Que se mancha de polvo, que me gusta verlo en la caja.

- ¡Anda, anda!, más que tenemos en nuestra calle Padilla en Barcelona, que va directa hacia el túnel de la *Rovira*, una gran arteria de tráfico. ¡Aquí que va a ver polvo! En nuestro piso no hay. Y el *Yagen* nuestro, -nombre traducido por mi madre-, no se mancha y eso que está allá en Barcelona.

- ¡Que no!, ¡que se mancha! -con carácter.

- Pues pobrecillo, lo estás ahorcando a todas horas, aunque ría.

- ¡Ja!, ¡que no!, que dentro de la caja-. Y el pobrecillo solo ha estado fuera el rato que nos lo ha permitido ver. Sí, es un poco enfermizo lo mío. Cojo demasiado cariño a las cosas, demasiado apego. Es un trozo de goma vestido y coloreado, en forma de muñeco, cuya combinación excelsa da un muñeco, que poco a poco va ganado vida dentro de mí, hasta el punto de crear unas conversaciones entrambos, no exentas de humor. La vida tiene que ser algo más que un trozo de goma. He ahí como el hombre y la mujer pueden estar en su justo punto. Después el tiempo, el maldito juez, me hará ver las cosas de otra manera. Pero por ahora prefiero hacer el avestruz, ¡hala! Ya me expreso y todo como éstos, mi familia y mis amigos del pueblo. Cuando vuelvo a mi trabajo ya me dicen que me dura el acento durante varios días. Mejor dicho, siempre me dicen que tengo acento de fuera. La resaca es fruto de la añoranza, de un deseo quizá mucho más profundo. Y hacer mover la mente, aunque sea con un muñeco, es símbolo de que aún estoy vivo.

- ¿Y el chico? –mi tía se refiere a mi hermano. Mi tía es prima hermana de su marido, como ya hemos dicho, con lo que es también de mi madre, y entonces hay unas confianzas familiares, sobrealimentadas en el tono de la voz, que no puedo hacer llegar al público lector sino de manera muy pobre.

- Muy bien, está estudiando, que tiene unos exámenes ahora, y los fines de semana va a trabajar de enfermero al hospital.

- De auxiliarr de clíínica, mamá, que nunca te enteras. Precisamente ahora está estudiando para enfermero.

- ¡Bueno, calla tú, de lo que sea! ... Y muchos muertos, chica, como allí hay muchos viejecillos.

- ¿Y qué esperas si son viejos?

- Pobrecillos, ahí les da de comer, los lava, les habla. ¡Le dan propinas y comida! Muchas familias los tienen abandonados, dice mi Pablo.

- Si es que no hay vergüenza. De pequeños les lavan el culo, les quitan los mocos, les dan de comer, les pagan los estudios; después, a sus padres no les dan nada de lo que ganan con la excusa que están ahorrando para casarse, crían los nietos a continuación, y cuando comienzan a cagarse o a perder la cabeza, les dan la patada.

- ¡Es una vergüenza! Yo he tenido suerte con mi chico, ahí nos tiene en su piso.

- Todavía no os cagáis –digo.

Y mi tía ríe.

- ¡Oye, majo, te cagaras tú! –mi madre.

- ¿Tú qué opinas papa?

- Yo ya me meo-.

- Y yo -mi tío-. Y todos a reír.

Y la noche ya se ha apoderado del cielo. Pasan unos momentos y Andrés se vuelve a quedar absorto. Noche, no hay humedad, cierto relente desde los valles y montañas, donde habitan los espíritus de siempre en Alhama. Suena en su cabeza *I Guess The Lord Must Be Innew York City* de Nilsson. La vida ¿qué es la vida? ... Tantas teorías, tantas escuelas, tanta confusión desde que estudió Historia y Geografía. Hace unos años, cuando exploró los campos de la filosofía y de la ciencia, fue complicando y aclarando conceptos. Ahora, aprovechando que trabaja en un centro social y religioso, hablando con enfermos y desahuciados sociales, leyendo la pseudo-teología del hermano Paco, que si la conferencia episcopal, que si los concilios y encíclicas, que si el magisterio eclesiástico; que si Buda, que si Rafa, su compañero de trabajo, discutiendo muy de frente con dicho hermano y con nosotros mismos. ¡Qué buenos debates! ... ¿Qué es la vida entonces? ... La vida para Andrés es este mismo relente que le hace recordar una buena canción al son de la conversación, verdaderamente hermanada, con sus tíos y primos. Porque también, después de mucho rato, casi al punto de irse, debe preguntar por su primo que está en la cárcel. Le cuesta mucho a Andrés preguntar por él. ¡Qué van a decirle! Puede que lo mejor sea esperar y que sea el silencio el que le ayude a preguntarles. «¿Y mi primo?» Porque él sabe que le van a contestar que bien, más bien su tía, el amor de madre, porque su padre, le lleva dentro, pero está tan desesperanzado ya, tan escarmentado y dolido por el hijo que no ha podido ser, ¿que qué va a decirme?

- Bien, sobrino –con una voz muy pausada y triste-. El otro día le llamamos y está bastante mejor.

Y suena como despedida de hoy el *I believe* de *The Young Rascals*. La música sirve para escondernos de este mundo y para sosegar nuestras aguas profundas, que tan tumultuosas se vuelven a veces.

Llegan las mañanas, éstas que aquí son tan libres, con ducha en baño grande y natural; con desodorante, afeitado, masaje, colonia y luz; con hacer la cama, vestirse de *esport* y luz; tomando el desayuno, alguna vez acompañado de música y con la luz que procede del sol, natural. Sus padres siempre están con él. Y después a escribir un buen rato en su cuarto esas pseudo-experiencias, esas, mejor vivencias, que solo hay que traspasar con los dedos a través de la pantalla. Esa ida y vuelta tan real, pues buena parte de la escritura merece simple y llanamente la copia de la realidad, porque de ella sonsacamos pensamientos, ideas y hasta rememoraciones.

Lllaman al timbre y es su tío Julio. Tan flamenco y liviano, mañana tiene quimioterapia y le acompañará Andrés.

- Pues ves Isabel, ¡qué bien estoy!

- Pues claro, ¿qué se pensaba la gente?

- Pues mira, que me iba a morir en cuatro días.

- ¡Que sufran los envidiosos!, tío.

- ¡Que se mueran todos! –siempre mi avezado padre.

- ¡Eso, Bartolo! –riendo mi tío con su gesto característico e incitando, al conocer bien a mi padre. Solo queremos reír, porque realmente nadie desea mal a nadie, solo las lenguas del diablo, y se ve que muchas tiene por clientes, aquí en el pueblo, el maldito fantoche.

En eso la mañana recibe el paso de una nube, pero la luz es todavía inmensa. El piso goza de una disposición que incluso las nubes no consiguen ocultar.

- Pues he visto al Pablo que ya iba al huerto.

- ¿Y qué te ha dicho?

- Que le queda una semana para bajar a Zaragoza.

Otro tío mío que pronto va a recibir quimio, como el padre de mi amigo Manuel. Duramos mucho más en esta vida que nos han regalado Dios y la evolución del hombre, porque los dos han sido copartícipes, aunque el primero que ha encendido la chispa está muy callado desde hace tiempo, porque claro, ¿no pensaréis todavía que es el hombre el que ha dado rienda suelta a la vida?

- Pues ahí iba con la bici, moviéndosele las manos, pero que tiraba, tiraba bien de la bici. Pequeño, pero siempre tan trabajador.

- Mi hermano, ¡cuánto ha trabajado! -mi madre.

El trabajo en un pueblo no se solía medir por horas prestadas al ajeno. En él se deben incluir las tareas propias de cuidar un huerto, una viña, de hacer el vino, las mermeladas mi tía.

- Pues han dicho que en Madrid pronto comenzarán las restricciones como no llueva pronto.

- Pues también en Barcelona, Julio.

La lluvia escasea, las inundaciones parecen ser cada vez más violentas. El reloj de nuestro planeta Tierra dicen que ha sido alterado por nuestro proceso contaminador, aunque otros científicos protestan argumentando que ese efecto humano ha sido mínimo. Responden los otros con que están untados por las grandes empresas que quieren seguir produciendo con mínimos costos. En fin, sea como fuere, las cosas parece que están cambiando. A lo que podían llegar los dos partidos es a la comunión de que la contaminación atmosférica, las basuras y la quema y tala de bosques continua, empobrecen nuestro paisaje, siendo el resultado de pura y real antiestética. Pero parece que un partido simplemente hace de bisagra. A nadie le gusta soportar los fuertes y malos olores cerca de su casa, ¿no? ¡Pues venga!, sean los que sean los motivos de tal cambio climático, mejoremos al menos nuestro aspecto. Y si un vaho de gasolina o de gas-oíl, del propio tabaco, son molestos para nuestros pulmones, busquemos otras energías, porque lo malo no debe ser bueno y el tiempo va acumulando el veneno año tras año.

La utopía siempre con él y con todos los que no comprendemos. Los padres no se están preocupando seriamente por el futuro de sus hijos. Si el mundo que les dejan es nocivo, ellos ya no estarán aquí para verlo y sufrirlo. En cambio, les habrán pagado los estudios en Estados Unidos o en Europa, tendrán muchísimo dinero, multitud de cosas, hasta vicio abundante y variado. Ésa es la manera en cómo los padres ricos o con suficiente poder se preocupan de sus hijos y de cómo asimismo ansían este status muchos padres mediocres y mezquinos, adjetivos nada que ver con su verdadero nivel de plebeyos. Pero sus petroleras contaminantes -me refiero a los ricos-, por mucho que se disfracen de verde en sus crueles y embusteros anuncios, simplemente ganarían menos dinero, y la diversificación ecológica crearía, de seguro, muchos más puestos de trabajo que el de aquellos asesinos gremios. Siempre con lo inmediato, con lo concreto, con el mero mañana. Aquí, mira por donde, la sincronía sí que interesa.

- Pues como siga sin llover no se qué va a pasar, ¡maño!

El cielo rasgará las vestiduras de la Tierra.

- Y mira, Isabel, que aquí no llueve desde noviembre. Solo unas gotas por Semana Santa.

- Menos mal que aquí tenemos aguas termales.

- Pero el secano necesita agua de lluvia como el monte también. La naturaleza necesita de la lluvia, hasta las personas.

- Claro, pues no se qué va a ser esto. No ves que no paran de tirar cohetes y bombas en las guerras. ¡Venga a fabricar bombas y a matar gente, en vez de darles de comer!

- No sé, pero todo debe influir.

Aunque no influyan las bombas directamente en la sequía, son tan malas al triunfar de nuevo la lucha, la ruptura. Qué triste el devenir de estos gobiernos, la influencia de los grandes poderes. Debemos crear guerras para que las empresas de armamento continúen produciendo. No les importan los motivos de tales enfrentamientos, que tantas veces provocan mintiendo o incitando odios locales, y

menos sus efectos, pero lo cierto es que deben continuar las mil batallas para que sus ganancias particulares prosigan, para que del presupuesto nacional ellas saquen la mejor tajada. Por otro lado, el resto de empresas con intereses estratégicos, como la producción de ciertas materias primas a bajos costes, necesitan violentarse con los que quieren las cosas de otra manera. Ya tenemos un buen número de guerras en activo por este motivo.

Y debo bajar a Zaragoza. Con el viaje, con ver a mi amigo, a su mujer y a su hijo adoptado, con volver a mirar el paisaje desde la ventanilla del tren, espero dejar al lado, al margen un día, todas estas consideraciones que solo me producen dolor y pesimismo, y dada mi enfermedad potencial, la posible depresión al respecto del mundo y su funcionamiento. La música es la mejor morfina, ¡Dios! Ahí está *Eric Carmen* con *That's Rock'n Roll* y *All By Myself*.

- Pues iba el Marianete, tu primo, al trabajo, con una cara de haber bebido toda la noche anterior, que pa qué.

- ¡Ooooooh! ¿Ves? Luego van si fuerza a trabajar, con mal cuerpo. Así que muchas veces no cumplen.

- Y hasta no van.

- Si el otro día nos dijeron sus padres, cuando fuimos de viaje a ese pueblo, a Fijar o Fijer.

- A Híjar ¡mama!

- Bueno, a Híjar, Fíjar, ¡dónde sea!, ¡yo sé lo que me digo!, que se habían discutido esta mañana con él, que llegó a las 5 a casa. Que solo habrá dormido una o dos horas. Y que la propia Ramona le ha dicho a su jefe: «Échalo, maño, échalo si ves que no cumple.»

- Pero, ¿cómo le va a echar? ¿Para que le vaya todo peor?

- Pues eso mismo le dice el jefe a la Ramona. «¿Pero cómo voy a echar a tu hijo? Si trabaja bien. Algún día no me viene, pero bueno.»

La vida. La vida pasa temporalmente. No decimos nada con ello. Gusta tantas veces escribir de cualquier manera, a modo de juego, a modo de puzzle, como encajando tan diferentes piezas, pero de cualquier manera, como no queriendo transmitir ningún mensaje con las palabras. Es tan bello jugar así, sobre todo, cuando todavía se cree en esta vida. La vida pasa su tiempo delante de nuestros ojos para ofrecernos tantas cosas. La experiencia de mi primo no es la mejor, pero Mario, el royo, trabaja tan bien. ¿Por qué, Pablo, no hiciste al menos cómo nuestro primo Mario? ¿Por qué no solo bebiste y te dignaste a ir a los trabajos? En fin, espero que al menos mi primo Mario no traspase esa cruel línea que le derribe y le arroje hacia el precipicio. Espero que si Pablo ha sido un ser antisocial, hasta puede que algo psicópata, Mario no termine siendo alcohólico.

- ¿Y cuanto se bebe en los pueblos?

- ¡En todas partes!

- Es verdad, en los pueblos todo se ve, todos se conocen. En las ciudades cada uno se mete dentro de su piso y no se sabe nunca nada hasta que no pasa algo gordo, hasta que no se mata a la mujer o hasta que uno se pega un tiro.

- ¿Y qué vicio ahora toda la gente? Y no solo beber, sino el tabaco, ¡y las drogas! Ahora en cualquier sitio uno puede pedir lo que sea y te lo dan. Solo hay que tener dinero.

- Y los políticos tienen toda la culpa.

- ¿No ves que todos ellos chupan? Consumen droga también; hasta alguno la venderá.

- ¡Pues qué va a ser esto!, Julio, ¿a dónde vamos a ir a parar?

- No lo sé, pero yo ya no tomo nada. Pero si al Marianete el sargento lo ha encontrado muchas veces durmiendo en la vega. Mira si tendrá poco conocimiento que una vez hasta en el mismo camino se atravesó. ¡Cómo la llevaría!

- ¡Ay Dios!, ¿pero en el mismo camino, para pillarlo un coche o una moto?

- Suerte que ya estaba amaneciendo cuando se echó allí; eso le dijo al Pepe, el sargento; pero quién sabe si un día va un vehículo, no le ve y lo mata.

- ¡Ay, ay, aaayyy!

- ¡Qué conocimiento! -digo yo.

- Y después a trabajar con ese cuerpo.

- Sí es verdad, Julio, un día nos dijo el sargento a nosotros, que estábamos con los Molinas y sentados en una terraza con su mujer, tomando algo, junto al camino de la vega, en *El Rincón* precisamente: «¿Sabéis dónde seguro puedo encontrar a vuestro sobrino los fines de semana, si no está en los bares?» -y apuntando con la mano al camino-, «Ahí, ahí.» El sargento es el típico guardia civil de antiguamente en cuanto a la bebida. Le gusta mucho el trinquí, aunque pueda desarrollar muy bien su faena. Bueno, hasta algún día, antes de la enfermedad de mi tío Julio, cuando iban juntos de rondas, en el mismo coche de la patrulla, le decía el propio Pepe: «Cómo la llevamos hoy, Julio. ¿Y yo tengo que guardar el orden?» Eso sí, ahora están mucho más preparados que antes, tienen más conocimientos y variados, como que en tareas administrativas ya a nadie tienen que envidiar. De los antiguos guardias civiles es mejor olvidarse, salvo algunas grandes excepciones. El pasado ha sido bastante negro como para que nos tengamos que acordar también de los que perdieron, porque que no tuvieron su oportunidad; quizá hasta habrían matado más incluso. No juguemos más con la Historia. Es el presente el que interesa ya a los jóvenes. El pasado estimulémosle solo como ejemplo de lo que somos, pues los uniformes y las banderas, sean del bando que sean, solo han servido para matar. Hasta los anarquistas tenían banderas y fusiles, con los que a veces comulgaba nuestro héroe. Andrés, cuando ve un hombre o una mujer demasiado politizados, se pone a temblar. Pero él no puede olvidar su pulsión cristiana, es decir, humana y tremendamente ética al respecto del perdón y de la 2ª, 3ª y ## oportunidad. Sean todos recordados. Los que murieron asesinados, recojámoslos de su fosa abandonada. Démosles sus restos a sus familias y descendientes. Cualquier muerto sea enterrado dignamente. Hagamos incluso los honores, los respetos. Y no olvidemos, pero

intentemos reunirnos cualquier contrario de nuestra maldita tierra, para conformar un nuevo mundo pleno de paz y de amor verdaderos; eso sí, los que intenten volver a medrar y a manipular el precio de las cosas -precios y salarios-, para su único beneficio y no el de toda la comunidad, tengan y padezcan leyes que los frenen y les prohíban hacer un mal uso de los frutos de la viña del Señor o de la viña llamada Tierra, para los que no seáis creyentes.

- Pues mira, que con ese comportamiento no le sale ninguna chica. Perdió aquella tan maja, Julio. Como su padre bebía, se diría la moza: “¿Yo me voy a casar con otro bebedor?”

- ¡Pues claro!

Y la mañana va pasando mientras mi tío se bebe una cerveza sin alcohol.

- Y a mí el médico me ha dicho que un poco de vino, para las comidas, puedo tomar.

- Pero mejor que no.

- Pues eso, que no voy a tomar nada, así el cuerpo recibe con más fuerza la medicina.

Y son dos cuartos de hora más los que transcurren hasta que mi tío Julio se va. Y nos despedimos y nos ponemos a comer, porque mi tío siempre quiere hacerlo en su casa, pues nuestra tía ya habrá hecho la comida y no la habrá avisado.

Cuando comen Andrés y sus padres, la paz aparece sobre la mesa. Se habla, se goza de las viandas y pescados, ensaladas y verduras, frutas y dulces. El buen vino de la zona, ya más matizado de sabor por las nuevas bodegas, sin perder ninguno de sus trece o catorce grados y medio en vinos tintos, estimula en una agradable copa y media el gástrico. La luz lo inunda todo, una luz solar que no da de frente, sino que de refilón resbala sobre el balcón. Es el mismo cielo es que dice que sea la luz sobre los cuatro balcones y en su interior. No hay televisión. Andrés aquí no desea la televisión como en Barcelona. Quiere descansar. En Barcelona ¿por qué es necesaria como ruido estimulante, como hacedora del runruneo necesario? Aquí tranquilamente hablan, como también cuando comen y cenan en la ciudad condal, pero se necesita del televisor. ¿Hay causa lógica que lo justifique? Quizá no, quizá es momento de razonar y de intentar que tampoco funcione allá, aunque mayormente son películas las que se ven; es que no quiero que me mientan ya más en los telediarios. El silencio, el escaso ruido producido por alguien que llama desde lejos, por el revoloteo de algún pájaro, por el ladrido de un perro que cesa, acompañan la comida. Vivaldi se supo acompañar adecuadamente del sonido perfecto, quizá como aquí, para estimularse mientras componía sus *4 estaciones*. El filósofo optimista puede que aquí también se estimulara y no en los campos de batalla, del odio, de la enfermedad o del hambre. Televisor, que permaneces apagado, ¿para qué sufrir con la contaminación de la industria, con asesinatos que no comprendemos, con excesos de la juventud en ciertas

fiestas -¿qué se les ha enseñado, qué se les ha ofrecido?, con el caótico estado de las relaciones humanas que solo entienden de leyes económicas y jamás de fraternidad, con más modas y con más necesidades innecesarias? Es así como puede ganarse tanto y tanto dinero, con las leyes mercantiles y políticas, esas que pretenden encubrir la injusticia y el racismo con bonitas palabras y con escudos que caen ante los pies del verdadero cristiano, musulmán, budista, agnóstico, añade tú el etcétera.

Me gustaría estar durante largo rato en la parroquia de Alhama, después de comer, para apreciar y disfrutar los haces de luz de la tarde, ver cómo penetran por sus ventanales, jugando con nuestros sentimientos ópticos. Querubines y serafines traslucen desde la oscuridad y puede que la música sentida, vívida, mejore su imaginación, la de Andrés, y pretenda éste, sin ningún ánimo vanidoso, crear, construir, aunque solo sea para leerlo únicamente él -¿qué pretendes?-, para simplemente apreciar arte consigo mismo, independientemente de la crítica y del público. Dios le comprende y se ríe junto a él, y de él mismo, de lo tonto que se pone el hombre y la mujer contemporáneos cuando les dan un premio, por mucho que ellos lo nieguen. Son muy pocos los que hoy crean sin pretender, como antiguamente sí hacían los artistas verdaderos, que muchos más sí eran, sin nombre, sin fama, solo con su eco, el que sí oyen y guardan los ángeles del Cielo y en el Cielo mismo.

Mis tíos, los *Salinas*, son los que van a abrir el telón ahora. Son una familia estropeada. En cuanto a intenciones con nosotros, en líneas generales, son buenas, pero son una familia estropeada. Viven en Madrid y tienen otro piso en Alhama, ambos por herencia de la madre de mi tío -el marido y padre ya murió-, la cual está en un asilo por fijación mental con mi tía, y acaban de coger otro en Alhama. Se supone que cuando terminen de pagar el de protección oficial alameño, lo venderán para evitar gastos, preocupaciones y el siempre estar limpiando, ¿para qué? Parte de los pobres, que después tuvieron un buen salario, han creído que tener más de un piso era hacer riqueza. Pero yo creo que solo puede comerciar y forrarse especulando el que tiene muchos pisos. Como mínimo 5..., aparte de los que necesite uno para vivir..., aunque hay gente espabilada que ha formado una pirámide a partir de 1 maldito rincón de 50 metros cuadrados. Se ha de señalar que mi prima hermana, la hija única, vive en su propio piso con su hijo, el nieto único también: todos como el abuelo, que también fue hijo único. El marido de mi prima yace muerto en aquel accidente que ya se ha reflejado en este libro. Lo que pasa es que he presentado a los *Salinas* en forma de agrupación familiar porque los cuatro van siempre juntos a todas partes, como Andrés con sus padres. El niño pequeño es como un pequeño demonio de Tasmania, valga la redundancia. ¿Y por qué he comenzado a hablar de pisos y no de otras cosas más importantes? Pues muy sencillo. Porque hay gente que considera el tener, la cuestión de propiedades o el dinero como lo más importante o lo único importante de la vida. La verdad es que estamos en un mundo de hipócritas, pues casi toda la gente de este primer mundo considera el tener como lo básico. Así, sus

conversaciones siempre me aburren como puedan aburrir las mías a los demás propietarios. Que si el *Chanclas* se ha comprado otro piso, que si comienzan a hacerse un chalet por la estación *Los flecos*, que si la que acaba de enviudar ha cobrado del seguro del marido 10 millones de pesetas (60.000 €), que si el coche nuevo de, que si los marcos de vuestras puertas, ventanas, que si el alicatado. Evidentemente, este continuo aumento de adjetivos, conjunciones y otros particulares sobre el mundo material tienden a reforzar la mentalidad obsesiva de los personajes. Así mis tíos, sobre todo mi tío y mi prima, continuamente ven migas donde no las hay o donde las debe haber, el suelo siempre está sucio y el niño puede rayar el parquet del piso nuevo, por lo que se han tenido que tirar los juguetes que pueden producir en su uso, en su juego, semejante problema, es decir, todos.

- Hola sobrino, ¿cómo vamos?.

- Bien tío, ¿cómo estáis?

...

- Me tendréis que enseñar el piso.

- Sí, ya iremos.

...

Salimos a tomar algo, porque esto ha sido por la noche. A mis tíos no les gusta la naturaleza, solo ir al lago del balneario porque no hay arena en la playa –es de compostura- y porque el agua es caliente, no da frío al entrar. Además, existe cierto elitismo en el mismo, cierto elitismo que se está perdiendo porque las antiguas generaciones están muriendo y los militares, burócratas y otro tipo de especuladores están siendo barridos por las nuevas generaciones de ejecutivos, altos funcionarios y banqueros, todos de rediseño científico y capaces de robarte, por eso mismo, con la misma desvergüenza que antes y aún más y mejor; también van matrimonios jóvenes de todo tipo que gustan de venir un fin de semana a tomar las aguas, a tranquilizar el estrés. Y ese elitismo les gusta, el estar con la gente que siempre se ha dicho *bien*, cuando generalmente han sido empresarios que viven de la cruenta diferencia entre sueldos y ganancias. Los funcionarios de primera línea, es decir, los que no reparten mucha justicia que digamos, al mantener con sus decisiones esa injusta diferencia, vienen a continuación; al tiempo, surgen algunos militares, que por su mismo nombre se definen y otro tipo de abogados, arquitectos, propietarios dispares y hasta médicos de índole variada. Yo proclamo gente bien a la que no me miente o no utiliza de esa injusta diferencia socio-política para seguir esquilmandonos, pero claro, habría que probarnos también a nosotros en aquellas circunstancias para ver qué haríamos. ¿Será problema todo, al final, del propio gen humano, no muy humano, por cierto? Puede que la historia a partir de los nuevos hombres libres comenzase de nuevo a formar clases y sociedades injustas para en una vorágine infinita desmerecernos todos de todos. Asimismo, últimamente va al balneario gente muy variopinta y de todos los trasfondos sociales, y eso, al tío de Andrés, ya no le gusta tanto. ¡Vivan los currantes!

Lo que realmente me apena de mi tío, y al que le hecho un guante, porque no me gusta ver a la gente sufrir en balde, y que ni tan siquiera se da cuenta de su palpable

ridículo, es que la *gente bien* a la que adula, busca y saluda, no le hace ni el menor caso, o como diríamos en lenguaje muy vulgar, ni puñetero caso.

- Hola don José, ¿cómo va el servicio?
- Bien gracias. ¿Qué? ¿Paseando un poquito con la familia?
- Pues sí, acabamos de comer y ahora vamos a casa a reposar un poquito.
- Bien, don José, esta noche nos vemos.
- Pues no va a poder ser porque vamos a cenar al cuartel de Ateca
- Pues... que vaya muy bien.
- ¿Y tú qué? -se refiere a Andrés.

Yo a Pepe le trato como es y hasta quiere.

- Pues haciendo, descansando, disfrutando, paseos, buena comida, hacer lo que uno quiere, ¡vamos!

- Eso está muy bien. Tú sí que vives.

- Bueno, ¡cómo todos! –la vergüenza a mí sí que se me apodera muy fácilmente para caer en convencionalismos que pretenden recoger el guante para devolverlo muy amigablemente. Me floreo porque quizá soy algo así, algo pretencioso también.

- ... Pues bueno, señores, hasta luego, que vaya bien.
- Adiós, que vaya bien, hasta luego –despedida general.
- Buen servicio, señores –mi tío.

En el lago termal las cosas fueron parecidas:

- Ese tiene una inmobiliaria en Madrid. Comenzó con cuatro pisos. Todo es posible en esta vida. Hay que tener, eso sí, dinero para comenzar. No todo el mundo puede hacerlo-. Mi tío no ha tenido dinero, capital fijo suficiente para desarrollar todos esos embolados que después nos precipitan a todos en cualquier dantesca burbuja inmobiliaria. Hay expertos que saben robar, digo, conseguir sendos beneficios de puros movimientos especulativos y hasta piramidales, no a lo Keops, porque este apuntaba solo hacia las estrellas.

Esta último comentario del señor Salinas es el que define a una persona. Hasta ahí podía tratarse de una simple descripción, que Andrés, quizá por su exceso estoico, no hubiera realizado. Pero como por los excesos de Andrés tampoco estamos, hemos esperado algo más del tío *Salina*, y ahí ha llegado la frase definitiva. Triste, tristeza es la que se expande por el lago, y ahora estamos con ella. Es decir, que no todas las personas están preparadas, que no todas tienen la categoría, la suficiencia y desvergüenza que produce el dinero. Se puede intuir hasta cierto racismo, el del dinero. ¡Sí!, esa piel de papel que envuelve y recubre todos los sentidos, que los anula. Puede que no se tengan sentidos internos. Deben de estar inertes desde ya hace mucho tiempo. Igualmente, una persona que sube con esa idea desde pequeño, no puede evolucionar. Sus padres le inculcaron el no fiarse de nadie, del ahorro y de la venta de lo superfluo, de lo que no se va a utilizar ya nunca más, como los trajes de novias o de comunión. ¡Mueran los recuerdos y los sentimientos! De todas maneras,

y en honor a la verdad, su tío tiene otra forma de comportarse. Y esto hay que aclararlo, porque si no, no se es justo con él.

Mi tío es muy amable en cuanto que regala siempre cosas. Es muy dadivoso. E invita constantemente hasta el punto de ser maleducado, porque cuando uno pide, cuando te descuidas, va él y ya ha pagado, y más si hay algún tercero (guardia civil, gente pudiente del pueblo, cura incluso) al que invitar también en ese momento. Queda como Dios, como que es el que posee el dinero. La verdad es que puede tenerlo, pero no como un *Rockefeller* al que se debe obligar a pagar todo. En fin, Andrés, ya no me preocupan esas cosas ni el ridículo que ello conlleva. Mi intención es la que cuenta y si los demás no se percatan, me da igual: 1) No voy a entrar en un continuo estado de ansiedad por el que dirán. 2) No voy a entrar en un continuo estado de culpa por el que dirán. Paso a paso, piedra a piedra construiré la pirámide que represento. Esa, arenosa y pobre, soy yo. No me importa más que mostrarme con tal integridad... ¡ejem!

- Hola, señor Vicente.

- Hola, señor cura.

- La política llevada a cabo por el partido en el poder no permite que la economía reluzca en todas sus posibilidades.

- Había que instalar un orden más comedido en las cosas.

He de decir, que en el fondo mi tío es airado, discute violentamente sobre política, pero no pierde el control, como yo, delante de terceros. Es suficientemente flemático. Pero cuando le pica mi tío Salvador sí que lo pierde, pérdida lógica con los comentarios tan caóticos de éste. Las barbaridades de ambos, las espeluznantes humoradas de mi tío Salvador, el hervidero que crece sin parar, me hacen reír a carcajadas. De todas formas, indican también cómo de airados somos hablando todavía en este país, influencia ibérica, indoeuropea, mediterránea, germánica, oriental-africana, germánica, todo posado durante muchos años y bien batido para deleite del ajeno público.

- Que sí, que los del PP son todos unos sinvergüenzas y chorizos.

- ¡Pues bien se pusieron las botas con Felipe!

- Y vosotros, vosotros, matabais en la guerra de noche y por la espalda –ya comienza el ataque directo.

- ¡¡Mira quién habla!!, que matasteis a curas y monjas, a éstas todas violadas, sin haber hecho nada. Encima que ayudaban en el frente a curar a los heridos.

- ¿Los curas? Salvo don Antonio, todos un tiro, peseteros y ladrones, hasta mujeriegos.

- Pues a ti también te detendrían, si hablaras así, en un follón.

- ¿Sabes que te digo cuñado? ¿Sabes que te digo? Que tú en el norte, tres tiros, tres tiros, -con voz todavía más sinfónica-: tres - ti – ros-. Y claro, mi tía Patricia, ya no aguantó más. ¡Plis, plas!, dos chuletones a uno de sus hermanos pequeños.

- Calla ya borrachón. Y tú, Salinas, calla también. ¡Anda!, que no te gusta discutir, y siempre fuera de tu casa.

A pesar de la violencia, el resultado es positivo, porque la reacción de mi tío Salvador es paradójica para el devenir violento de la situación.

- ¿Pero estás loca? ¡Vete a Rusia!

Todos riendo, incluso mi tío *Salinas*.

- ¡Pero serás salvaje! Así que te tengo jodido el oído –riendo con voz bronca, la de uno que ha bebido demasiado.

- No le des en el oído –le dice mi madre a su hermana.

- Así siempre con él, Isabel. Es un desecho, como decía la madre. ¡Pobre madre! *Tol* día borracho el muy sinvergüenza. Se fuma dos paquetes o tres de tabaco diariamente. Bebe vino a todas horas, cuando va con sus amiguetes, otros sinvergüenzas redomados, a beber cerveza y vino. Y luego, el tonto, siempre a invitarles. Se le cae el dinero continuamente al suelo al tonto. Pero es que es idiota, desecho, más que imb... –y no puede terminar de hablar porque la ira, el enfado mayúsculo, la pueden. Se lanza de nuevo sobre él y le da dos palmadas sobre la cabeza.

- ¡Ay, ay, ay, ay, ay!

- Que lo vas a dejar tonto –ríe mi madre.

Mi tío *Salinas* continúa riendo. El espectáculo bien vale la risotada. Mi tío Salvador es un alcohólico con el que todavía más o menos se puede convivir. Se deja pegar como los niños y bien asume su culpa, pero la bebida, la bebida le puede, le puede. Y no hay manera para que intente hacer un tratamiento. No hay manera, no hay manera. ¿Habría que echarle de casa y abandonarlo para que se viese entre la espada y la pared? Su nivel de OH jamás se violenta contra la familia, por lo que es querido, no temido, pero estas escenas, donde él recibe las broncas de mi tía, una tía que padece mucho por el estado de su hermano y también por el gasto, ¡claro!, son continuas. “*Hay que vivir con él para que sepáis lo que es esta vida: ¡una continua tortura!*” –chillando y tiene toda la razón mi tía, pero ¿vale la pena siempre violentarse así? Mi tío beberá y beberá. El alcohol ya forma parte de su personalidad. Quizá es mejor dejarle e irle diciendo las cosas con cariño, a ver. Mi tío Salvador es él y sus cervezas y amigos. No hay más ni medicación milagrosa que devuelva su antiguo carácter, que tampoco es que básicamente haya cambiado mucho, solo que era muy joven y podía con todo. Eran pocos años de alcohol aún.

Volviendo otra vez al lago termal:

No se habla de mi primo que ya está muerto. Muchas cosas duras han pasado. No creo que deban haber castigos premeditados, pero la vida enseña. Quizá de ahí deriva la palabra castigo, de la propia vida y no al revés. La vida se convierte en un castigo cuando creemos que solo les van a pasar las cosas a los demás y nunca a nosotros. Castigo es un problema grave de inexperiencia, que suele estar muy unido a la maldad.

Mi primo perdió el timón, con razón o sin ella, pero perdió el timón. Las circunstancias fueron muy rápidas, nuestra reacción no existió, por lo que se dieron todas las claves para que la ruptura fuera definitiva. En este caso, perdió él el que

más. Ahora está muerto por su locura. Igual es más feliz allá arriba. Yo en esto creo aún, a pesar del supuesto absurdo de Camus. El niño sí que va a perder también. Mi prima solo tiene ya una solución, y es la de recoger todas las piezas rotas, rehacer su vida y pensar menos en el pasado, aunque al niño, poco a poco, se le vayan contando algunas cosas. Pero a mi prima no la veo capaz de hacer esta catarsis. Las culpas siempre se echan a otros o a las circunstancias extrañas del destino, que vienen siempre de fuera o de arriba, del cielo violento y nada compasivo. Espero, poco a poco, con frases sueltas, hacerle ver la verdad. Mi miedo, es decir, la falta de confianza con mi prima, me impiden hablarla con el corazón a rebosar.

Y un apunte, porque hasta ahora solo hemos hablado del tener; mas falta el ser. Y si nos referimos al ser sobre el otro, al ganar en cualquier deporte olímpico o no olímpico, a tener el mejor trabajo, casa, coche, joyas, vestidos, objeto multimedia, incluida la mujer o el hombre, a ser el/la mejor en la cama, a ser el más guapo/a y hasta simpático/a, a ver quién ha tenido más y mejores experiencias vitales -viajes de todo tipo incluidos-, a competir, en resumidas cuentas, pues que todavía estamos en el tener, no os equivoquéis. Desde mi punto de vista, si así son nuestras vidas, qué fracaso. El ser va con otro adjetivo, es ese ayudar a los demás, y hasta se quedaría ahí en los casos más dogmáticos y santos, pero se nos debe permitir gozar de la vida para que todo nos cuadre emocionalmente también, a lo epicúreo, y si al placer no egoísta añadís ese dar y ese amor, sin esperar nada a cambio, sino más amor, ¡pues qué os voy a decir más! ¿Os parece poca esa contraprestación? Y vuelvo a las Olimpiadas para desgranaros mejor “mi” tesis sobre el tener y el ser, y con el ejemplo demoledor al respecto de las ilusiones midaicas (adjetivo relativo al rey Midas), y es que desde que en estas competiciones modelo entró a formar parte también el deporte profesional, todo se ha corrompido. Llegó el dinero, y para conseguirlo, como así también la fama, ya desaparecieron todos los amigos de la competición, y el apretón de manos, como el abrazo y hasta los besos del ganador y del perdedor, son mero maleficio e hipocresía. Los veo siempre, horrorizado, desde mi televisor, y reviento al ver teatro tan malo. Habrá excepciones, pero dejarme buscar mi lupa para observar los ojos y la sonrisa, las comisuras musculares de la cara. Yo recuerdo que antes, continuamente, se repetía el famosísimo y tan ético lema de las Olimpiadas: “*Lo importante es participar.*” Hoy nadie ya lo dice, y menos lo asume, porque lo único importante es ganar, por lo que todas las miradas ya son frías entre los supuestos hermanos. Se debe ganar para compensar a las marcas a las que te vendes. Y si antes, estúpidos como los rusos y americanos entraban en dura competición por la Guerra Fría, incluyendo todo tipo de dopaje, para demostrar la eficacia de uno u otro sistema sobre su contrario, hoy, el apoyo químico y de la física sirven para obtener la soberbia que descansa sobre el pútrido dinero. He terminado.

Suenan las campanas a muerto. La señora Trinidad, hermana de no sé quién, y tía del *Palometas*, ha fallecido. Andrés no conoce toda el entramado de parentescos del pueblo. Sus tías presumen de estas tonterías, o más que presumir comienzan a decirle a mi madre, la mayor, la que primero emigró, pues sus hermanas Patricia y Marta fueron las que más tarde se fueron, que no conoce a nadie. Además, Patricia volvió hace diecisiete años al pueblo, al morir la abuela, la que cuidaba a los solteros. Ahora debe ser otra criada, también mujer, por supuesto, la que los cebe. Los hombres todos se quedaron en el pueblo. Probaron la ciudad, pero no les gustó. Son muy rústicos mis tíos. Se morirían si no vieran, cada día, las montañas y los valles. ... Pues eso, que usando la lógica, es cierto que todos conozcan mejor que la madre de Andrés ese intrínquilis, que sobre la sangre se puede hacer en un pueblo. Concluyendo: no hay ningún mérito. Se ríe Andrés cuando su madre se equivoca sobre el nombre de una ramificación, pues emplea su propio y personal dialecto, o por el desconocimiento sobre las hojas del árbol mayor; él sabe mucho menos aún. Los otros hasta se alteran, incluso mi tío Salvador, al vocear, sobre algo que no tiene mayor mérito. Mi tío Adolfo, el *Salinas*, también se altera por estas cosas. Le gusta todo lo relativo a chismes, todo lo que ataña a gente y a sus desgracias.

Tocan a muerto. Ella es Trinidad.

- Tú, Andrés, ven conmigo, sígueme siempre.

Respira Andrés, pues la verdad, no sabría qué hacer en la plaza, frente a la iglesia. No conoce a nadie de a los que tiene que dar el pésame.

- ¡Vamos al coro! –en voz baja.

La iglesia está a rebosar, toda plena de mujeres. Los hombres, muy educados en esto, esperan fuera, en la plaza, cediendo sus asientos. De paso se libran del tostón del cura. La verdad es que el cura es muy soso en el sermón. No hay vida ni muerte en sus palabras. Mucho clero sudamericano o es casi reaccionario o adormece la libélula, ¡o sí!, lucha de frente contra la injusticia. ¿Dónde están éstos, sino al otro lado del mar? Se parecen los de aquí a mucho jovencito autóctono post-moderno, metido a cura y hermano más por problemas personales que por verdadera vocación. Bien, esto es incierto. Me explico mejor: cuando siempre arrastras en el tiempo tus problemas personales, sin ningún cambio, te haces mal a ti mismo y a los que pretendes ayudar. *¡Vivan la superación y redención de mi humanidad y la de los demás, juntos en comunión y ayudándonos siempre!* Es muy difícil, en estos tiempos, encontrar algo grande y sublime. La verdad es que la experiencia debe enseñar el camino a los nuevos. No por ser joven uno es revolucionario. Más bien, es un ser acalorado. Que pocos son los que unen juventud e inteligencia. Lo que también ocurre es que con la edad nos volvemos conservadores, tendemos a conservar por miedo, casi siempre, lo que hay. Llámenme usted conservador si quieren. Solo faltaría. ¡Qué sosada de sermón, Dios!

- Y la luz de la vida culminará la muerte cuando el Más Allá...

El problema del discurso está más en la falta de ganas, en el acento rumoroso y plano del discurso, que en las propias palabras.

- A ver si acaba este rollo –dice mi tío Salvador.

- La verdad es que sí, tío, qué rollo.

Y cuando llega el final y deben darse a las mujeres los pésames dentro de la iglesia, mi tío fervorosamente sí que los sabe dar, se nota que hay relación con la familia.

Yo saludo a continuación, pegado junto a mi tío, intentando no separarme ni un milímetro de él, porque hay mujeres que intentan impedirme dar el pésame. ¡Malditas! ¿Hasta en estos instantes tan íntimos crecen las prisas y la vanidad?

Los besos de Andrés provienen del desconocimiento, pero el calor y el fuego están con él. ¿Sabe disimular, sabe interpretar o es cuestión del deber?

- ¡Venga, maja!

- Le acompañe el sentimiento, señora.

- ¡Venga, Mariana, ánimo, que ya descansa, mujer!

- Que le acompañe el sentimiento, señora.

Ya salimos de la iglesia. Ahora es el turno de dar el pésame a los hombres. Esto es mucho más fácil, están puestos en hilera, como en una presentación militar, y apenas hay alboroto. Dentro, junto a las mujeres, es donde hay calor, aroma y perfume.

«Estoy fuera de la estación. Si no te importa, sal para no perder tiempo mientras aparco. Estoy provisionalmente en la parada de taxis.»

- Voy inmediatamente.

Ahí está, mientras un guardia de seguridad le llama la atención. El aparcamiento, único y obligado, es el de pago. ¡Viva la democracia! Un fisiócrata post-moderno me dirá que eso es la modernidad. Un pseudo-revolucionario le responderá con la palabra: ¡canalla!

José Luis le da un par de besos como si fuera de la familia.

Es al final del saludo cuando Andrés se mostraba más afectivo. Él es así, aprende muy despacio, sobre todo en los contactos, dando la mano, mostrando con caricias el amor. Pero es una falta de experiencia táctil, porque el corazón siempre está rebosante. Él ama espléndidamente. Dentro de sí, cerebralmente, es toda una tormenta. Solo falta dar el segundo paso.

- ¡Cuánto tiempo!

- Mi mujer e Iván no han podido venir porque ella está en la cocina y el niño se ha levantado tarde y ya no era plan. Le hacía ilusión. Estas cosas son tan nuevas para él.

- ¡Bah!, tranquilo, en otra ocasión. Os he visto últimamente tan estresados.

- ¡Y tanto! Ya verás cuando sepas todo como fue.

- Me lo imagino. Ni en la guerra.

- Éste es el mismo coche. ¡Mejor!-. A José Luis, aunque no se vean en años, puede preguntarle, decirle, comentarle, sintiéndolas, cosas triviales, pero que en la vida tienen su razón de ser. La diferencia es que el objeto coche es utilitario de verdad y no un *pasanarices* para el vecino.

- No, Andrés. El anterior se lo he pasado a mi padre. Los años no pasan en balde Andrés.

- Bueno, cuéntame cómo está tu mujer.

- Pues mira, días antes de ir a Rusia por última vez, ¡es increíble!, ¡fíjate, días antes de que nos puedan dar el niño!, el ansiado niño tras 2 años de luchas y penurias, a Begoña le dio una depresión de caballo que ni ella misma se conocía. ¡Tres días nos quedaban!

- Se agotó y ya está. Nuestra cabeza sufre como nuestros huesos, como nuestros músculos. ¡Qué manía con llamarle locura a los temas de la cabeza! Además, ella no alucinaba ¿no? ¿Y aunque así fuera? Es una enferma, es una persona. ¿Le había ocurrido alguna otra vez?

- No, pero puede comenzar de golpe.

- Sí, ya sé. ¡Pero no! Fue el agotamiento –Andrés no puede doblegarse. Encima se va a quedar loca de por vida, después de sufrir y asimilar, por fin, el no poder ser madre. Después de la estafa rumana y del calvario ruso para la adopción. ¡No, y una mierda!

- ¡Bien!, tuve que cargar con todo. Me dijeron que lo primero, en estos casos, es un internamiento para una cura de sueño. Yo dije que imposible. Evidentemente le conté lo que nos jugábamos. ¡Una madre loca, que no podía ir a buscar a su hijo! ¡Denegada la adopción!

- ¡Madre de Dios!

- Así que, ¡menos mal que pillamos un buen especialista!...

- Es decir, con empatía, humana y que tenía sangre.

- ¡Exacto, Andrés, eso mismo!

- Pues la cargó de medicación, yo tuve que asumir rápidamente su complicada pauta y preparar lo más delicado del viaje. Ella solo tenía unas horas de una lucidez reducida. Los encuentros con los responsables de consentir la adopción aún tardarían bastantes días, por lo que era posible, según el psiquiatra, que Begoña durante la mañana y parte de la tarde estuviese bien. Con que no mostrase cara de alelada. Con la excusas de que no sabíamos el idioma...

- ¡Vamos, un caos!, pero que había que echar todo en el asador.

- Exacto. Suerte que antes del viaje ella podía, aunque muy lentamente, vestirse y situarse.

- ¡Jo! Pero ahora está bien.

- ¡Y tanto!, pero Andrés, por eso estoy dando vueltas con el coche.

- Ya me extrañaba que estuviéramos tan lejos. Conozco lo suficiente de Zaragoza –se reía José Luis como en la mili, como un niño grande, como un intelectual al que no le importaba haber sacado la oposición a instituto, y de latín, con cum laude. ¡Toma ya! Él continuaba siendo sano, siendo un crío incluso. Caiga la bendición de

Dios sobre estas personas que se muestran tan humanas, a pesar de todo, a pesar de sus conocimientos.

- Estoy perdiendo tiempo porque no quiero sacar el tema delante de ella. Te pido que tengas cuidado después.

- Queda muy tranquilo.

- El niño vino el 24 de Diciembre del año pasado.

- ¡Vaya día para celebrarlo por todo lo alto!

- Pero Begoña, hasta hace escasamente dos meses, no ha vuelto a ser ella, y lo peor, que solo se ha preocupado verdaderamente del niño desde ese tiempo. No se sentía con ganas ni de haber conseguido a Iván.

- ¡Dios, qué triste! Queda desahuciada tu mujer para lo que más deseaba después de ti.

- Así es, Andrés, así es.

- Y tú habrás llevado toda la carga.

- Exacto.

- ¡Cuéntame!, porque el niño se habrá dado cuenta.

- No tanto, porque Iván estaba en un orfanato, donde ya te contaré, tenía de todo, menos cariño.

- Aquí ha tenido todo un padre, unos abuelos, amigos en el colegio, el niño de la escalera y un poco a tu mujer.

- Ni ese cariño de mi mujer.

- Seis, siete... siete meses sin ella.

- Tú mira lo que he soportado. Y lo del viaje, ¡huy cuando sepas lo del viaje!

- Pero tú eres toda una roca, tranquilo y tenaz como no hay nadie.

- Sí, pero la profesión va por dentro. Estoy mucho más cascado. Tú, en cambio, estás igual.

- Los niños que no maduramos nos conservamos siempre niños.

- ¡Ja, ja, ja!...

Bueno, ya estamos.

Ya en el garaje Andrés vuelve a repetir:

- Este coche azul es el que tenías la última vez que vine.

- No, es el blanco, el que está aquí al lado. Ahora es de mi padre, para que vaya a la huerta.

- ¡Ah sí!, si me lo has dicho antes. ¡Huy, ya verás que caídas de memoria tengo yo! Caídas de tensión, prefiero llamarlas.

Ríe José Luis.

- Pues lo mío es sencillo, sufro de Trastorno Obsesivo Compulsivo, pero tipo puramente mental, el más raro. A mí me gusta hacer las cosas bien.

- Ya recuerdo en la mili que eras especial.

- Pues nada, a darle a ideas raras e ilógicas, que te hacen sufrir, que no puedes evitar pensarlas -ese es el problema, por eso es enfermedad- y que consumen casi todo tu tiempo. Poco queda para realizarte o disfrutar de lo que realmente quieres

hacer, o mejor dicho, cuando haces y piensas tus cosas, esas ideas absurdas se entrometen continuamente.

- Ya entiendo.

- Y no le busques explicación lógica. No la tiene. Es la máquina ésta de arriba que es más complicada de lo que todos creemos. Funciona mal y ya está. Es inevitable.

- Te comprendo. Yo no he perdido del todo la cabeza, estos últimos años, de milagro, porque aparte del accidente del padre de Begoña, estuvo luego su operación de ovarios. En fin.

- ¡Y tú en Sariñena de lunes a viernes, a 80 kilómetros de Zaragoza, a pesar de ser doctor y de sacar la tesis, igualmente cum laude, sobre Emilia Pardo Bazán!

- ¡Claro!

- Los sindicatos tienen mejores candidatos: amigos, fulanas tuyas, recomendados.

- ¡Hasta untados!

- ¡Cómo no! Pero si hay numerarios que están en Zaragoza desde hace muchos años, mucho más jóvenes que yo.

- Pero no va por méritos y por antigüedad.

- Va por chorizada.

- ¡Hombre, José Luis! Estamos en el país de los chorizos, muy buenos algunos, por cierto, ¡ja, ja! ¡País se sátrapas! ¿No queremos no ser orientales y africanos cuando queremos? Pues seámoslo en todo. Somos Europeos y Americanos a la hora de rentabilizar la hora del trabajador, pero no a la hora de modernizar el país. Y eso que hemos avanzado.

- ¡Sí!, tal como están otros países, hemos avanzado en derechos individuales – cadenciando el mismo tono de voz de Andrés para demostrar su aprobación.

Antes pasaron sobre el puente del Ebro, ese río Ibérico, identidad nuestra, que para la cabeza tan romántica de Andrés identifica épocas pasadas. Pero ahora prefiere llamarlas épocas, en cierto modo, perdidas. Los tiempos que pudieron haber sido para que el futuro pudiera devenir siendo más justo. No vale la pena ya –se dice Andrés-. Aquel planteamiento era erróneo. Es su momento presente, el que va conformando desde hace unos meses, también con materiales antiguos –pues el pasado es aprovechable aún en tantas cosas-, la realidad que puede y solo ya quiere concebir por siempre. Ha sido tan diferente hoy bajar en tren a Zaragoza...

¿Y sobre el trasvase? Todo está muy claro para Andrés, no para los que no conocen ni para los interesados. Se podría trasvasar parte del agua, pero tampoco se pueden construir urbanizaciones a lo loco en el campo de Cartagena, donde no hay nada de agua. Las frutas y verduras crecen por doquier en el humus tan benéfico que ha regalado Dios a Murcia. Y con el sol tan maravilloso, que demasiado tuesta aquella tierra, ya tenemos la combinación. Después ocurre lo de siempre: vamos a decir que Dios se ha olvidado de regar suficientemente esta tierra o que los humanos somos unos perfectos imbéciles. Podremos ganar campos a la tierra reseca, pero hagámoslo con cabeza. Para mayor seguridad, el agua del Ebro, que está siendo invadida por unos moluscos microscópicos que todo lo taponan, entra en acción. Gastemos el agua primero para la tierra existente. Después ya veremos. Y si solo nos

queda el turismo –parece que España es ya solo tierra para el turismo- habrá que desalinizar el agua. Que investigar nos cuesta mucho en este país. Que lo queremos todo con poca inversión nacional. De la solidaridad no hablo porque en este país somos muy burros unos con otros. Todos nos llevamos mal en esta piel de toro. Solo hay que ver los refranes sobre provincias ajenas y sobre el carácter de cada uno. Aquí Andrés tiene mucha razón: él ya no quiere saber nada de todo este tira y afloja entre regiones. No hay nada que hacer. ¡Viva el Rock & Roll de todo tipo, incluido el genuino!

Después de la rememoración:

- ¿José Luis, tú crees que este país tiene solución, tú que eres una persona con experiencia, que está dando clases en las últimas y que tratas con tantos que se hacen llamar padres?

- No.

- ¿A qué es el individualismo y el egoísmo, como ya dicen nuestros clásicos, nuestros peores defectos, a pesar de parecerlos ya tópicos desde el origen de los tiempos?

- Lo llevamos hasta en la sangre Andrés.

- Bueno, ahora saldría el Hitler de turno o el comunistilla utópico, pobre hombre este último, y cada uno a imponer a tiros, que su verdad, sobre todo la del comunistilla, es la pacífica. Que se precisan de unos muertos. Bueno, ha habido un error de cálculo, que si el plan quinquenal. El primero juega abiertamente con las personas. Es terrible de frente. Aterroriza. El segundo juega con las vidas humanas como un economista, como si fuéramos pura mercancía, pobres denarios que se pueden crear continuamente del presupuesto. ... Perdona la paliza, José Luis. Siempre se me va la olla.

- ¡Qué va, si es así! Me alegro mucho de verte. Continúas igual.

- No, José Luis. Las ideas me dan igual, asustan y son peligrosas para la gente. Mueran las ideologías. Estoy mucho mejor, porque al fin me he dado cuenta de que lo mío es una enfermedad de por vida, que hay que saber llevarla con el adecuado tratamiento y que a esta vida hay que sacarle el mayor jugo posible, pero siempre según nuestras convicciones. Yo ya no creo en ningún partido político, en ningún sistema. Y mi religión me la han corrompido los hombres. ¡Pobre, Jesús! Estará llorando todo el día, mientras que por la noche hasta se dirá, entre sueños, que debería acabar ya este mundo para crearse uno nuevo con nuevas reglas. Todos han matado o están matando de una manera u otra. Hay una reestructuración en una empresa: ¿cuántos se han suicidado, cuántos acaban desahuciados por depresiones? Ahora matamos en silencio, ¡hipócritas! Los más débiles sucumben antes y a ellos todo el mundo abandona. Esta sociedad es racista múltiple: racismo es también considerar un tipo de belleza como superior, llevar una marca de ropa, ¡una marca de pollas en vinagre!

- ¡Genial, genial, me apunto a tu partido!

- ¡No!, que se me irá la mano con la válvula de gas.

- Estamos perfectamente coordinados y eso que solo nos relacionamos por internet.

- Esta es la tercera vez que nos vemos desde la mili, hace 23 años, y como si fuera ayer.

- La amistad es otra cosa. La gente no entiende.

- ¿Tú has visto a un burro reflexionar?

- Pues no.

- ¡Qué sí hombre! Que reflexionan sobre la calidad de la alfalfa y sobre los palos que les han atizado hoy. Éstos de dos patas no sienten ni como burros. ¡Ni burros son!

- ¡Jua, jua, jua, jua, jua! –ése es José Luis. Cuando ríe como la famosa onomatopeya es que se ha llegado a tal punto de desmadre en nuestra sociedad, que es mejor continuar haciendo ¡jua, jua, jua, jua, jua! que ¡je, je, je!

...

- ¡Hola Begoña!

- ¡Andrés!

- ¿Cómo te encuentras?

- Mejor, mejor, ¿dónde está Iván?

- Ahí está.

Andrés no tiene vergüenza, hay confianza y va con la caja gigantesca de unos camiones que conforman las brigadas de obras y basuras del ayuntamiento. Obreros, señales para el tráfico, arbolado, contenedores. Multitud de piezas que se pueden desmontar y montar en los camiones. Estos son los juguetes preferidos de Andrés, los que te permiten formar una caravana inmensa de acciones y sucesos. Faltan trenes, coches, soldados (pacíficos), edificios que se puedan montar y desmontar, caballos, vaqueros.

- ¡Ah!, te pillé. Tú eres Iván. Un beso-. Y se deja dar con toda confianza dos besos. Ríe el pequeño espabilado-. ¡Toma!, para ti –y le entrega la inconmensurable caja, cuyo papel envolvente es mortalmente herido, rasgado sin compasión por el centro. Miguel, su amigo, contempla atónito, y riendo el muy pillo, la caja-. Toma tú otro besos-. Es el vecinillo.

José Luis habla delante de él. Hay que ser directo.

- Iván está dejado de la mano de Dios.

- El pobre no ha tenido más disciplina que la del palo –dice Begoña.

- Y ahora se ha visto suelto y hace lo que le da la gana.

Al cabo de un rato, Iván, con la colaboración de Miguel, le ha dado a Andrés una demostración de lo que es subirse por los sillones, encima de una mesa, de cómo hacía el pino en el orfanato ruso, de cómo con los juguetes se puede hacer una montaña de escombros, de cómo se va al piso de Miguel como si fuera el suyo.

- Muchas veces Miguel está en nuestro piso y Andrés en el de Miguel. Se pasan juguetes, se confunden sus cosas.

- ¡Vamos, una comuna!

- Más o menos.

- Y como solo sois dos vecinos por rellano, esto es Jauja.

- Y se llaman continuamente, ¡y tiran todo por el suelo! –en ese momento se ha caído un gigantesco coche de policía desde una de las mesas, que debe ser del comedor, si es que es el comedor donde estamos.

- ¡¡¡Quietos ya!!! –José Luis ha perdido los nervios en este momento. Le voy a ver perder los nervios muchas veces hoy.

- ¡Vale ya! –dice Begoña.

En ese momento pasan los padres de Miguel. Como la puerta de la calle queda muchas veces abierta.

- ¡Quietos Miguel! Pégalos José Luis, que yo voy con la niña –aquí los cuatro miembros que conforman los dos matrimonios tienen permiso mutuo para pegarles en el culo cuando la situación lo requiera urgentemente. La verdad es que ahora están en un momento histórico, ése que si conocen bien los padres y que parecen desconocer los psicólogos infantiles hasta que son padres. No paran de tirar juguetes, y con la risa de uno, el otro niño tira más fuerte el próximo juguete.

- ¡¡¡Alto, Iván!!!

- ¿¿¿Te estás quieto, Miguel, o te arreo???

Andrés ve que la situación ya se hace insostenible para la estabilidad normal de todos los que allí estamos y es José Luis el que primero coge a Iván y le da dos azotes secos en el culo. Calla de repente y protesta, pero la histeria incontenible se ha parado.

- Y tú... –refiriéndose a Miguel. No se atreve a pegarle delante de su padre.

Miguel mira a su padre y éste asesina con los ojos a su hijo. Pero pasa la madre y coge a la niña, con lo que Miguel no se libra de otros buenos azotes.

- ¡Esto es la guerra! -dice Andrés. Y los niños ríen, pero se están quietos-. Vaya elementos.

- ¡De cuidado!

Son todos presentados.

Se van al poco rato los padres de Miguel con la niña y aprovechan para escabullirse también en el piso de Miguel los niños.

El sol se refleja en los grandes ventanales del comedor. También lo hacen en la habitación de Andrés y de sus padres. Es Zaragoza, y la avenida, extraña, es la entrada y salida hacia carreteras y autopistas del norte. Es anchísima, cual Amazonas asfáltico. Sin embargo, los coches están bien lejos. Antes hay una, o dos paseos vecinales. ¿Puede haber más de 500 metros de anchura en esta avenida? Pocos coches pasan cerca de casa. Tranquilidad y sol de cierzo. No hace hoy demasiado bien. Es un día normal de verano en Zaragoza. Se puede gozar del pasado desde este estado actual de la cosas. Andrés por fin vive.

Begoña le cuenta las cosas agradablemente, y sobre todo, con sentido. Parece como si en las fotos que le enseña de Rusia ella estuviese totalmente en sus cabales. ¿Qué importa nuestro estado mental cuando no es nuestra la culpa? Los enfermos de la mente deben merecer otro trato, sino que me lo digan a mí, que estoy delante y detrás del mostrador al mismo tiempo. Ella continúa haciendo la comida y

enseñándome las fotos. Toda su conversación es coherente. Incluso impone de nuevo paz en el comedor. Aquí están de nuevo las sabandijas. «*Iván y Miguel, tomar un poco de zumo.*» Andrés se mete con Iván, que se va a llevar el juguete a su habitación. Iván rompe la caja. «*No importa, tengo una bolsa para llevármelo igualmente.*» El niño muestra una inteligencia muy desarrollada, inteligencia que hay que hacerla convivir con la paz de un matrimonio como éste. «*Y nos dijeron después de ver a Iván al llegar, que ya no lo veríamos hasta después del juicio, que aunque nos quedáramos en la ciudad no lo veríamos. Así que a Perm otra vez, en un taxi cochambroso, tres veces más de lo que cuestan y jugándonos la vida, claro.*» Y dos semanas por Perm, ciudad helada con solo 6 horas de sol frío al día. Vuelve Begoña a sus cacharos. José Luis toma el relevo. Me da una cerveza –puedo arriesgarme hoy, que estoy tan feliz- y continúa.

- Lo de Fidel ya lo sabes.

- Inaudito.

- La realidad siempre es más fantástica.

- Los humanos no tenemos la imaginación tan desarrollada como los hechos de la misma realidad.

- Eso, eso. Y en el juicio, ¡vamos! Parecía el estado mayor, pero hacinado en una habitación la mitad de nuestro comedor. Y gracias a Serguei, que nos iba traduciendo. ¿Pero para qué también?, porque tampoco podíamos replicar. Begoña ese día estaba bastante mal, a pesar de que podía ser el día más feliz de su vida desde hacía mucho tiempo. Suerte tuvimos que no nos entendíamos con el tribunal. No se podían dar cuenta del estado de Begoña. Yo con los nervios destrozados por dentro. ¿Y si se dieran cuenta que Begoña estaba muy enferma? No comprenderían que la misma enfermedad era fruto de sus manejos, de la forma de llevar a cabo las adopciones, de que todo este tinglado de las adopciones se aprovechaba para conseguir ellos dinero. Que sí, que de otra forma no podían subsistir. Pero nosotros les hubiéramos dado los millones de golpe, en un solo día, a cambio de Andrés. Además, les quitábamos una carga, dicho en el buen sentido

- Hombre, y tanto, y esos niños de orfelinato, cuando son mayores, casi todos paran en el lumpen. Las niñas, además, fácil lo tienen para ser prostitutas.

- Pues espera, que a la niña de nuestras compañeras de viaje le faltaba solo unos días para que por edad no la pudiesen adoptar: 8 años -. Ahora se la ve en la foto toda una mujer para que baile flamenco: alta, rubia y espigada niña, que naces de nuevo. No es cuestión de naciones, es cuestión del amor que te puedan dar, por fin, tus primeros padres. Padres por fin. La biología es una simple cuestión técnica. No cuenta.

Y comemos y bebo un poquito de vino y después una copa de cava, vamos a ver a los abuelos de Iván y ya me tengo que ir. El sol cálido, no excesivamente molesto, se deja caer por mis hombros recordando días pasados, cuando niño, cuando mi cabeza estaba en otras cosas. Pero hay sabores y matices de Zaragoza que no han cambiado apenas. El sol casi es el mismo, ir por el barrio antiguo también, y la nueva estación,

aunque no sea ya la del Portillo, parece la misma. Soy Andrés y la vida al fin tiene pleno sentido para mí.

- Adiós, José Luis, ya sabéis, a Barcelona un fin de semana.

- Eso por supuesto, pero cuando este secuaz sepa comportarse –se vuelven a besar cual hermanos, cual primos.

- ¡Ánimo, Begoña!, ya tenéis al niño, ya todo arreglado.

- Sí, sí, que vaya bien Andrés.

- Y tú, perillán, dame dos besos.

Y pone la carita de niño bueno y malo a la vez. Niño gozoso que sabes por qué estás aquí, tu definitivo hogar.

- Adiós, Andrés-. Varias veces ya me ha llamado por mi nombre. Este niño es muy espabilado y sabe muy bien lo que quiere.

Adiós a todos. El tren ya marcha y es el paisaje, antes del inmediato anochecer, el que le distraerá ahora.

Son las seis de la tarde del día siguiente y va con sus tíos solteros, su madre y su padre, al que recogen de jugar a las cartas. Vamos a hacer una excursión campestre.

- Iremos hasta el estanque y seguiremos por el camino del ave.

- ¡Qué bien!

Los frutales y huertos, los panizos, los campos cultivados ya son muchos menos.

- Voy a por una reineta. A la tía Marta las reinetas son las que más le gustan –dice la madre de Andrés.

- Pues a mí, Isabel, las manzanas reinetas, si te digo la verdad, son las que menos me gustan –con ese ritmo especial con el que quiere imponer algo más que el enunciado: su carácter especial y bien diferenciado de los demás. A veces queremos poner tanto énfasis para diferenciarnos de los demás que acabamos perdiendo la naturalidad, aspecto que Andrés más valora en esta vida, pues es la expresión del carácter sincero, libre de toda vanidad, de toda dependencia material, tan en comunión con los cielos y Dios. Pero dejémoslo ahí, porque mi tía solo tiene ese defecto también, entre otros veniales, pues nos quiere bastante. Nos da siempre de comer y a mí mi cerveza diaria por la tarde, bien fresquita, y que suele sacarme mi buen tío Salvador, que tanto me ha apreciado siempre desde pequeño.

- ¡No cojas esa, que está pasada!... ¿Pero no veis que están picadas por los pájaros?... A ésta le faltan días aún... ¡Huy, qué agusanada! Que no se veía, ¡oye!, que no se veía-. Mi tío Julio, tan conocedor de la fruta, de la naturaleza, que toda la vida lleva en Alhama, salvo algunas temporadas para trabajar en invierno y primavera en Vitoria, para la campaña del azúcar.

- ¡Hummmmm!, ¡qué güeno! -su padre sabe estampar de humor el carácter mucho más soso de mis tíos.

- ¡Ay, que tragón!, come a gusto, come –mi madre es el complemento perfecto para mi padre, con lo que sus piezas encajan perfectamente dentro de mi corazón. Ha tenido mucha suerte Andrés.

Las montañas giran lentamente, las perspectivas y los puntos de vista cambian para que el amplísimo paisaje que se puede disfrutar desde aquí, el de lejanas y por todas partes montañas, valles, que se abren hacia otros horizontes también limitados por cerros y colinas misteriosas, que de seguro que ofrecen otras tantas grandes aventuras.

- Mirar Santa Quiteria. Desde aquí, qué vista maravillosa hay. Yo creo que mucho mejor que la que se ve desde *La Zapatera*. La Zapatera es el camino elegido para esconderse mi tía Conchi de la gente del pueblo, pues este camino está a un minuto de su casa. Así se esconde de la afrenta, de la vergüenza, hasta quizá un poco del injusto juicio del pueblo, el pueblo que jamás perdona, que jamás habla de frente sobre los problemas, común sentir en casi todo el mundo aún.

Entonces he ahí una nueva causa con la que diferenciarse, sobre todo en ánimo superior, según los caminos elegidos, según los gustos, según las cosas de la vida. La madre de Andrés pronuncia vagamente: “*Sííí*”, porque a ella le gustan tantas cosas y no para diferenciarse, sino para sentir las. Ella, si acaso, dice que algo es mejor por detrás, para no molestar, y no siempre.

- A mí no me digáis que no es la mejor vista del pueblo –qué pesada mi tía.

Qué pesada es la tía de Andrés, Patricia, con los gustos, formas y sabores superiores –pues sus pechos tienen unas formas que quizá en los de su otra tía estén mejores. ...Por fastidiar, por jugar, tan lejos ya de sus malditas obsesiones comparativas, porque siendo distintos, le gustan los dos por igual, por sus diferentes o parecidas figuras y sean mayores o menores o hasta iguales sus volúmenes. Que sea la mente la que mande, no la enfermedad y mucho menos las estúpidas modas.

Están ya junto al estanque. Por las lluvias del otro día ha subido bastante.

- Aún tiene que llover más.

- Unas dos o tres veces más, y así de bien.

Pasan por un pequeño puente metálico al otro lado. Es la primera vez que pasa Andrés por esta pasarela y el momento es importante aunque no tan patológicamente necesario como antaño. Camina, observa, goza y continúa en paz. Ya como las primeras veces cuando pequeño, como los recuerdos no son tan obsesivos. Es así como se puede gozar de verdad en esta vida cíclica.

El padre de Andrés continúa a unos cincuenta o cien metros. A veces hay que esperarle. Andrés y su madre se giran habitualmente. Van vigilándole en silencio. Él anda un poco más torpe, los años, o lo que sea, le ralentizan, pero ahí están vigilándole.

- ¡Qué lento eres!

- ¡Bah!, él va a su paso. Luego a casa, a cenar, a ver un poco la tele y a dormir. ¡Que vida nos pegamos!

- ¡Huy qué manzanas coloradas!

- Esas sí que son dulces –comenta mi tía.

- ¡Qué manjar! –digo entre mí.

Que pureza encarnada existe entre los frutos que Dios ha regalado desde esas hojas y tallos.

- ¡Cuánto coméis!

- Y el *Caballito*, ¡cuántas huertas tiene!

- Pues ese campo de patatas también es suyo.

- ¿Ese también?

- Así que luego tiene tanta variedad en la tienda.

- Sí le tenía que pagar algo el Estado, pues es de los pocos que cría ya bien en la vega.

Ahora que han hecho una parada, puede mi tía decirle algo a mi padre. Y es que mi tía también tiene su buen punto de conversación. Bien por el equilibrio, aunque sea en cadencia intermitente. Todo puede mejorarse. Hay que tener paciencia. Y si no... Tampoco pasa nada:

- ¿Te acuerdas, Bartolo, cuando la vega toda era una, toda plantada, llena de árboles con fruta a rebosar?

- ¡Calla, calla!, aquello sí que era vega. Ahora todos están en el bar.

- ¡Pues como tú!, mira éste. Tú te pasas desde las 2 hasta a las 7 en la baraja.

- Pero yo ya no soy de campo.

- ¿Cómo que no? Pero te podías haber cogido un huerto y plantarlo para pasar el rato y tener algo que darle a tu mujer –entre risas sinceras.

- ¡Bah!, mejor estoy en la baraja.

Dulce entretenimiento para personas ya mayores que han trabajado tan en cadena en la ciudad.

Unos tomates se le cogen al *Choyo*.

- ¡Ay! cuando vea que le hemos quitado cuatro tomates. ¡Que los tiene contados! -
Risas y más risas de mi tía y mis tíos.

- ¿Pero cómo? –dice la madre de Andrés.

- Que sí, que menudo disgusto se va a llevar.

- Pues que se lo lleve.

- ¡Ja, ja!

- Pues esta mañana, el miserable, con lo gordo que está, le decía al Moro que no se llevaba el cinturón, que él necesitaba que sobrase, que sobrase cinto.

- ¿Pero qué quería, cinco metros de cinturón, oh qué?

- Y me ha dicho, ¿cómo estaban las plumas del pavo? Ya se lo han contado que el pavo que dieron en la excursión a Híjar estaba sin limpiar. ¡Qué alcahuetes todos! El *Cañamoneta* se lo habrá dicho, menudo alcahuate-. Y más risas de mi tía.

- Ese, ese habrá sido.

- ¿Pero qué os van a dar por 9 €? Os dieron una muñeca, un reloj, la comida, el viaje. ¡Ya lo vale de sobra el gas oíl! ¡Pero que de muertos de hambre han ido a esa excursión! Yo los hubiera tiroteado o volcao, ¡ta, ta, ta, taaa! –se me apeteció decir con todas las ganas del mundo.

- ¡Si es que todos eran unos muertos de hambre, Patricia! Contra más les hubieran dado, más hubieran querido.

- Así que os dieron plumas con pavo.

Ya salen a la carretera y la excursión termina. ¿Para qué más? Después a tomar jamón, queso y buen chorizo en casa de los tíos. Cerveza bien fría, y un cortado con galletas hasta arriba para mi madre, ¿y qué más se quiere de esta vida?

- Bueno, pues tú te quedas aquí.

- Ahí voy a iiiir, para que luego estés diez horas en elegir una lata de anchoas.

- Si no puede hablar el cabronazo, si ya va bebido a primera hora de la tarde.

- De lo que vomitas tú, tú.

- ¡Anda!, deshecho, como te decía la madre, ¡majo, majo estás! -Mirándole con cara de asco-. Me refiero que no vayas al pueblo, a Calatayud no te iba a llevar, para que hicieras la risa.

- Anda a tomar por culo.

- Bien –el tío Julio. Con una cadencia tranquila y explícita sobre la situación presente, actual, cotidiana. Con una sonrisa en los labios.

Andrés prefiere que no vaya así su tío Salvador porque tendrían que ir todo el rato al bar y tardarían mucho más en la compra. ... Aunque esta idea solo se le ocurre a él. Él no iba a venir de todas formas. Se quedaría en Alhama. Ahí iba a perder el tiempo elemental, su tío, en las indecisiones de su hermana.

Marchan ya.

- Huy como la lleva ya el Salvador –la madre de Andrés-. ¿Y así va a bajar a Alhama de nuevo?

- Así siempre con él, Isabel, el muy sinvergüenza. Igual no baja, se queda ahí en la puerta fumando, como ha hecho también otras veces, pero como baje, cuando suba no habrá quien le aguante. Comenzará a hablar de política, de los inventores, de sus idioteces y le daré 3 tortas que, que para qué.

- Y si todo lo guardara en una caja.

- Millonario sería, millonario.

El tío de Andrés es gracioso, no pega, solo hay que aguantarle sus disquisiciones, a las que muchas veces ya no hacemos caso, y ahí su salud y el gasto. La tragedia aquí es comedia dramática. ¿Hay qué escribir más líneas sobre uno de nuestros problemas nacionales? Sí, unas cuantas. Hay más intereses, muchas más ganancias. Médicamente el tabaco crea un problema mucho mayor porque los tratamientos suelen ser largos, y más caros por culpa del negocio de las farmacéuticas. ¡Qué vergüenza! Hacer un negocio de una necesidad vital; entre la vida y la muerte no tienen vergüenza esas empresas amparadas por sus empleados, los Estados, es decir, los políticos. Socialmente el alcohol genera un problema sanitario que afecta a las familias. Médicamente el gasto es mucho menor para que la arcas del Estado se vean tan perjudicadas. En fin, ¡viva el Estado!, nuestros amables gobiernos que se

preocupan de nuestros verdaderos problemas, que se preocupan tanto por las personas. El Estado, nuestro guía, nuestro ordenador, nuestra suprema cabeza para Locke, Montesquieu, Ortega y Gasset, y que en los filósofos griegos tuvieron sus preclaros guías. ... Nuestra esperanza en la transición. ... Estamos como siempre, aunque de otra manera. Antes se mataba a la luz de la noche, ahora se mata en la sombra de las habitaciones de nuestras casas. ... Es decir, que llegado un punto, se deben frenar las ganancias desorbitadas de las farmacéuticas por cuestión del tabaco. Se hacen imposibles para el presupuesto. Hay un límite en todo. Pues a saco con las campañas anti-tabaco. ¡Y bien!, pero por el motivo de origen, todo ya está corrompido desde el punto de vista ético. Como el alcohol sale mucho más barato a sanidad, ya que lo sufre la familia mayormente, y el negocio del alcohol produce muchos más ganancias que el del tabaco, pues a no hacer campañas salvajes contra el mismo. ¡Hipócritas!

- Qué verde está el campo. Solo ha llovido dos días y mirar qué verde todo.

- Es verdad, tía, las plantas están reventando, ya tenían ganas de hacerlo y no podían.

- Que los cerros y todo comienzan a verdear.

Que amable esta naturaleza de septiembre con ese sol que ya no quema tanto, ese sol que comienza a cristalizarse aunque estemos a final de temporada, pero todavía le queda un último suspiro a la vida.

- Iremos después del supermercado por tiendas por Calatayud, ¿no?

- Solo a ver un jamón.

- Pero qué mal está esta carretera. Aún así es mejor que ir por la vieja. La vieja todo son curvas y todavía estará más desecha. Menos mantenimiento tendrá aún que la autovía.

- La vieja ni tocarla. Aquí aún se ven remiendos. La otra ni sirve ni para ir entre los pueblos.

- ¡Sí, sobrino! ¡Aún sirve! Para gente torpe como la Conchi –riendo la tía Patricia-. Que no se atreva a ir por aquí, por la grande. ¡Madre mía! ¿Para eso se saca el carnet?

- Ya tendría que acostumbrarse por si un día tuviese necesidad urgente de ir a algún sitio. Pero bueno, cuando hay miedo no te atreves a nada.

Ya se divisa Calatayud, ya se internan hacia ella abandonando la autovía.

- Gira después del semáforo hacia la izquierda, que ahí va la tía Conchi para no pagar.

- Y si no, se paga una hora.

- Nada, nada a estos ladrones. ¿Todavía quieren más estos alcaldes?

Y consiguen aparcar gratis.

En la tienda de jabones la conversación no es del agrado de Andrés. ¿Por qué vamos a transcribirla? La mujeres mayores de antes o mi familia, o mejor dicho, mi tía, es decir, algunas personas maniáticas... Por algo no quería bajar el tío Salvador. A él mismo incluso le han querido transmitir parte de ese carácter. Se había habituado. Pero siempre yace el límite. Aunque tampoco vale la pena ponerse así.

- Pues verás, no nos lo ponga aún. Ya pasaremos esta tarde o mañana –con lo que queda dicho que no se va a pasar.

Ya fuera.

- Pero es mucho más caro que el que te lo trae a Alhama.

- Mañana se lo encargo al *Viudo*.

- Pues el Bartolo le podía pedir uno también.

- Pero el papa no es amigo de él.

- ¿Cómo que no? ¿No juega cada día a cartas en su bar y se toma cafés y cervezas? ¿Qué más quiere?

- Pues que le pida.

...

- Voy a aparcar en la sombra aunque esté más lejos. Ya iré yo después a llevar los carros.

- Tú aparca donde veas mejor, ¡y tranquilo!, que te ayudaremos.

Debajo de unas acacias y de unos exiguos chopos todavía existe sombra para varios coches y hasta el final de la tarde. ¿Es necesario describir que en este rincón también existe un lugar romántico suficiente para que se pudieran transcribir ciertas líneas desde el corazón?

- Dame dos monedas de 1 euro o de 50 céntimos, que también valen.

- Toma, sobrino.

- Espera, ¡que yo tengo! –su impetuosa y rápida madre.

- Que ya tengo yo, Isabel, que ya le doy yo.

- ¿No te ha dicho la tía que ya te da ella, pesada?

- ¡Calla tú! Como me pone este criajo.

Ríe la tía de Andrés.

- Es que siempre complica todo. ¿No te han dicho que ya tenemos monedas?

- ¡Halaaaa!

Y se introducen los cuatro en el mundo maravilloso y laberíntico de la compra, en ese mundo que a todos da quebraderos de cabeza por lo que hay que comprar, por los precios y por el propio vaivén del mismo. Ese mundo de miles de colores que a niños y niñas entusiasma, y que parece que a muchos mayores también, porque todas las mujeres y hombres comienzan a ver, a leer y a descifrar la cantidad inmensa de rótulos satinados y a doble tinta, salvo mi tía, que hace unas complicadísimas cuentas sobre el restando del sumando anterior, ¡que para qué!, lo cual nos vuelve a todos locos, como decía el Salvador.

- ¡Bueno!, ¿nos vamos ya, eh?

- Sí, sí, sí.

La espera en la caja.

- Yo saco, mama, las cosas y las vuelvo a meter. Tú ayúdales en su carro a los tíos.

- Vale.

Mientras yo introduzco los productos en las bolsas, mientras poco a poco del carro quedan menos por elegir, por reclasificar, veo que un señor, parece que empleado del supermercado, que está ahí para vigilar, se ríe de cómo una niña al montarse en su carro se ha atascado. Solucionado un problema, viene una vendedora de olivas, toda de blanco, y se lanza verbalmente sobre tres niños gitanos y su padre.

- ¡Oye!, que la cebolleta que el niño se ha comido vale 60 céntimos.

El padre se queda avergonzado por la entereza y fuerza con que lo ha dicho.

- Bueno, ahora no tengo cambio, al salir le pago.

Los niños le siguen en la vergüenza.

- No hace falta. Con que no vengáis más, todo aclarado ¿eh? ¡No vengáis más!

- ¡Vale!

El vigilante resulta ser un vendedor de la Once. Busco el motivo por el que vende ciegos y no se lo encuentro. No hay que pensar mal, habrá una discapacidad. Yo soy muy mal pensado. Entre tanta re-clasificación le dice el vendedor a un tercero.

- Siempre igual, siempre hacen alguna de las suyas.

Falta de conversación cree el narrador. ¿Por qué no se dicen las cosas bien claras, pero no de forma tan determinante? El motivo es obvio, pero si con suave voz se pueden exigir las cosas. No es que tenga que regalárseles la cebolleta. Todo siempre depende de lo que se compre previamente. Hay sanísimas excepciones. Por la cara de vergüenza, se podía haber intentado el cobro. ... ¡Sí!, son gitanos. ¿Y si paga? ¿Y si la segunda cebolleta se regala? ¿Y la pobreza donde queda?

- Vamos a ponerlo todo bien en el coche. Sin prisas.

- Las separaré unas de otras con una toalla.

Pero una bolsa resbalará y se confundirá con las nuestras. Al día siguiente se la llevaremos a mis tíos. Antes hemos llamado por el móvil. La primera vez que mi madre y mi tía hablan por el móvil, y en esta ocasión sí que para algo útil. Lástima que por estas necesidades cuatro sinvergüenzas especulen con nuestro dinero. La comunicación es también una necesidad y vuestro mercadeo está corrompido. Séneca se asquearía de todos vosotros.

- No cabe la tabla de planchar-. Sí. Se ha comprado una tabla de planchar y un carrito de compra. Ya hemos dicho que estos supermercados venden productos muy variados.

- Tranquila, tía, que tiro un asiento de los de atrás hacia adelante y la atravesaremos encima de él-. Y así cupo.

- Y el carro, ¿ves, tía?, sobre las bolsas.

- ¡Pues qué grande es este maletero, sobrino! -dando como un chillido, con su estilo de siempre, ensordeciendo el alrededor.

- Leí en una revista que esta marca era la que mejor había diseñado el espacio de carga con respecto al volumen total del coche-. La explicación puede que no se entendiera, pero Andrés ya hace tiempo que no hace concesiones. Habla, se extiende, abruma y calla, tan tranquilo, poco después. Es una ansiedad que ha superado y por lo

que habría que aplaudirle. Incluso un poco de malicia hay a veces en su sonrisa interior. También justificaba sus explicaciones pitagóricas con la falta de conocimientos concretos en su público sufridor. ¡Malo, pero malo! Sobre todo juguetero.

Viaje, descarga primera en el piso de sus tíos y vuelta a casa para descargar de nuevo, subir la carga al piso y clasificación y almacenaje de todo lo comprado.

- ¡Quita la tele!

- ¿Ya estamos, papá? Hay que estar enterado de las cosas. Solo la pongo un momento, a la hora del telediario, para ver qué pasa.

- Solo hay muertos. ¡Mira! –y coincide que emiten las imágenes de un entierro. Debe ser el extranjero, porque hay muchos ataúdes, la gente grita y se golpea en el pecho, aparte de vestir pobremente. Los muertos autóctonos son más serios. La gente va como en profesión, no se agolpa desordenadamente, todos parecen sentir lo que ha pasado. Además, hay coches negros en una ordenada columna. Aunque aquí pueden deberse también a accidentes, violencia de género o a asesinatos de otro tipo. A veces, consecuencia de un atentado. Las guerras ya son de fuera.

- Bueno, bueno, es que aquí no hay la *bobina*-. Mi hermano le sacó un buen nombre al canal 3/24, que emite todo noticias en Catalunya. Que te interesa en cualquier momento ver qué ha ocurrido, pues pones el canal y cada treinta minutos te machacan repitiendo las noticias, los deportes y el mismo tiempo, por lo que los sucesos violentos, al quedar muy constreñidos, se visionan en *telegramáticas* imágenes. Mi padre prefiere entonces la *bobina*. Es la mejor forma que tiene mi padre de censurar la violencia, de ver noticias sin mucho temor. Mi padre no goza entonces con la violencia. Gusta por tanto de la vida. Magnífica concepción tomista la de mi padre. Envidio a mi padre.

- Qué pena ver así la vega. De pequeña estaba tan frondosa de perales, de manzanos de toda clase. Siempre estaba llena de gente a estas horas de la tarde.

- Incluso cuando vivía la abuela, hace veinte años –dice el padre de Andrés.

Ahora se ven frutales caídos o viejos y secos en pie. Y muchos claros, muchos campos sin árboles y sin huerta.

- Nunca se podía ver la carretera del *Monasterio*. Y ahora mira, hasta los pisos y por dónde va el río.

- Si es que la gente solo va al bar a emborracharse –mi padre.

- Mira quién habla, ¡barajero! –mi madre. Le vuelven a dar.

- Pero yo estoy en Barcelona-. Se vuelve a defender.

- Pero te podías haber cogido un huerto como distracción –yo.

- Pero el padre es de ciudad. Cuando me lo traje de novio, mis amigas me decían: ¿de dónde has sacado tú este hombre tan guapo, este galán de cine?

- ¡Huy, Bartolo!, ¡cómo te defiende!

- Es la mejor mujer del mundo.

- ¡Jodo, maño!

- ¡! –yo-. Aunque también estos jóvenes del pueblo ahora ya no tienen como distracción el campo. Prefieren descargar su ocio viendo la tele, jugando al ordenador, saliendo demasiado. La mentalidad de la vida ha cambiado. Podían dedicar unas horas para la cesta de la compra de sus casas, no obstante, porque ya se sabe que no es rentable el huerto para vender fuera, sino tienes mucho terreno. Y aún así a veces, según los años. Tampoco pueden trabajarlos los que están en las fábricas, porque la cadena es muy dura-. Creo haber puesto sobre la mesa todas las posibilidades. Mi maldita codicia mental.

- ¡Bah!, todos unos borrachos.

El padre de Andrés coge primero una manzana. Poco después su madre. El mismo Andrés tarda más, porque es un hombre de ciudad muy vergonzoso.

- Qué bonito el campo. Es lo más maravilloso del mundo.

- Qué bien estáis aquí. Si pudiera jubilarme con lo mismo o con un poco menos, me venía ya.

- ¡Ayyyyyy, hijo! Qué bien todos aquí. Es que no acierto la lotería. Soy un inútil.

- Que no nos hace falta tanto.

- Pues que toque lo necesario para venir juntos aquí –dichas todas sus frases últimas, con el tono de un niño pequeño muy deseoso.

- ¡Venga!, ¿Vienes o no?

- Querrá irse al bar –dice el padre de Andrés.

- ¡Pues claro! –contesta el tío Salvador.

- ¡Venga!, que allí beberás también, pero estarás con nosotros –le digo yo.

Esta frase no es cruel, es simplemente práctica. Para que beba el tío de Andrés como un desaforado, botellines y botellines por los bares, es mejor tenerlo a la vista controlado, aunque beba casi lo mismo, pero algo comerá. Él no maltrata, da mala vida, sí, porque no es agradable ver a alguien descontrolado por la bebida. Menos mal que se mete en la cama cuando ya va lo suficientemente cargado. Pero él siempre tiene el detalle de llenarnos las manos con zumo, con frutas o con el mismo alcohol cuando vamos de visita. Quizá la solución que queremos los seres que nos llamamos racionales es otra, pero quizá los seres que nos llamamos a nosotros mismos racionales estamos equivocados.

- ¡Vete a la mierda! –le dice mi tía Patricia.

- ¡Vete tú! ¡Ostia! ¿No te jode?

Al cabo de un rato de estar sentado en un escalón del cuarto de máquinas de al lado, se levanta y dice:

- Venga, me meto al coche.

Y arrancamos cinco. Mi tía Patricia se queda. Vendré ahora a por ella.

La carretera se introduce por el valle que asciende, por el valle que se aleja del río Jalón, valle mucho más profundo y hendido en la tierra. En Godojos es un riachuelo el que le da vida al entorno como a las arboledas que lo decoran. La carretera surca el llano montañoso previo al embalse de la Tranquera.

- Ahí está.

- Qué bonito se ve. Parece mentira que esté tan seco.

- Ha llovido bien, pero hace falta que llueva así dos o tres veces más.

- ¡Eso!, a ver qué pasa este mes y el siguiente.

Siempre España se lo ha jugado todo a los dados y ahora lo hace a la baraja.

- Pues ahora nos dejas Andrés, te vas a por la tía y yo mientras voy preparando la merienda.

- Que nos pongan una ensalada y vino y cerveza, los dos con gaseosa, en dos porrones.

- Yo quiero solo cerveza –mi tío Salvador.

Ya aparcan y se sientan sobre un banco largo y verde. El merendero lo componen bancos muy largos y verdes a ambos lados de una mesa muy larga y verde. Cuando llueve o hace mucho viento lo cierran con unas lonas opacas y otras transparentes para no estar cegados al paisaje ocre y verde. Se puede asar carne, pero la familia de Andrés no quiere meterse en berenjenales. Ellos son de vida más tranquila. Eso en casa, no aquí a la vista de la gente. Verde sobre fondo de cremas y claras rocas, algunas más oscuras y otras tantas hasta pizarrosas. Pinos y algún enebro, chopos en las zonas más bajas y más cercanas a la humedad.

- Ahora vuelvo. Voy a por la tía.

...

- ¡Venga, tía, vamos!

- Espera, que cierro bien.

Su tía comprueba varias veces el cierre de la puerta, pero no representa un problema de gran pérdida de tiempo. Nos es normal, pero en absoluto anormal. Las cuestiones de grado en esto son importantísimas.

- El otro, qué borrachón es. Y que no hay nada que le haga cambiar.

- Es muy difícil y más cuando está bien cuidado. Allí en el albergue van, piden ayuda porque ya no tienen ni donde dormir. Han pasado muchos días en la calle. Sus familias y amigos ya no los quieren o ya no los aguantan más.

- ¡Claro!, éste está tan bien cuidado.

- Y mira que a veces le controlas el dinero.

- Pero nada, ¡nadaaa! Enseguida coge su cartilla o de pesado que se pone le tienes que dar.

...

- Toma tu cerveza, tío.

- Aquí un poco de chorizo. Tomad el jamón y el queso.

- Pues tiene buena pinta la ensalada.

- ¡Jo!, que bien aquí, qué aire.

- Y buenas vistas ¿eh, Bartolo?

- Buenas, ¡qué bien se está aquííí! –cantando y riendo todos a su compás irónico, el que demuestra una pura y verdadera alegría humana, apacible y confraternizadora; la de un amante de los niños, de su resuelto juego.

- ¡Ay madre, Isabel!

- ¡Éste lleva un verano!

- Y todo el verano en las cartas.

- Todo el verano ¡chica! Cuando eran las doce ¡ya ponía la mesa! Así que yo ni verano ni nada. Nada más desayunar, a hacerle la comida al jefe.

- ¡Baaaahhhh, solo unos días!

- ¡Unos días! ¡¡¡Cada día!!! Se iba a la una y veinte para coger puesto y hasta las siete. Y después, cuando hacía aún calor, se sentaba en el rincón con la Marichú, los Mistales y el del queso.

- O sea que hasta las ocho y media no te subía.

- Y yo encerrada. Pero me ponía mi butaca, salía al sol, en el balcón, y después a ver la tele. Todos mis programas. Pero si no me voy con la prima y la sobrina a la Zapatera, no llego a ver el campo. Ahora, al año que viene como dice el chico, un día sí un día no a la baraja.

- ¿A qué se está bien aquí, Julio?

- ¡Cómo lo sabes!

Mi tío ha recuperado la fisonomía y casi todo su peso. ¿Por qué no se iba a poder curar? ¿Por qué todos lo ponían tan negro? ¿Por qué ya nadie cree en la esperanza? ¿Es todo cuestión de envidia, de mala idea, de mala fe?

- Pues yo bebo cervezas sin alcohol y apenas noto la diferencia. Más adelante igual tomo algo de vino. Ya me dijo el especialista que podía beber algo en las comidas, sin problemas.

Mi tía mira a un punto de la mesa no muy bien definido.

Yo creo que hay que tirar hacia adelante como sea, lo demás es entristecerse. ¿Qué te engañas? Bueno, pero no sufres. «¡Además, ¡mi tío se va a curar!» -siempre dice Andrés.

Han terminado de merendar. El padre de Andrés alza su purillo y continúa canturreando.

- Está tonto este hombre.

- ¡Déjalo, Isabel, déjalo!

- ¡Claro que sí!, sino uno se va al hoyo.

- ¡Qué disfrute! ¿Eh, Bartolo? –dice el tío Julio-. ¿Qué querían muchos sinvergüenzas del pueblo? ¡¡¡Y de la propia familia!!! Que me fuera, ¿no?

- Pues que se jodan. Ojalá les explote una bomba: ¡¡¡booommm!!! –y haciendo el gesto con el codo hacia atrás mi padre. Todos riendo de su comedieta.

Estoy tan contento de verlos todos así. A mi tío, a mi madre tan bien en su artritis. El año pasado, para Navidad, todo era tristeza. Demasiado miedo existía.

- ¡Vamos abajo al pantano, tíos! ¡Venga, mama, que te ayudo a recoger!

Dejan el sitio limpio, paga Andrés y todos se van de paseo tras dejar las bolsas en el maletero del coche.

- Pues ésta era la antigua carretera. Mirad como queda asfalto todavía.

- Qué bonitos árboles –dice mi tío Salvador, pues nos acompañan a ambos lados de la antigua carretera que baja al pantano, enebros, chopos y unos pinos que no puedo definir y que se distinguen claramente de los repoblados en los cerros de alrededor. Sus ramas son más rectas y acampanadas, muy profusas sus hojas y de un verde mucho más oscuro.

- Qué bien se respira, cuñado. Yo no me marchó de aquí, que se vayan éstos.

- ¡Ay!, ¿qué sería de ti? Te quedarías en un rincón, todo el día jugando a cartas y se te comería la mierda.

- Ah, ¡ja ja, ja! –ríe la tía Patricia-. ¿A qué no, Bartolo, a que no?

- Iría a comer a casa de éste –apuntando a su cuñado el Salvador.

- ¿Ésteeee? Si por éste fuera; mejor que te fueras a Barcelona. Éste no ayuda ni a cagar -la tía.

- ¡Pues vaya comida! -el padre.

- ¿A cagaaaar? ¡Mira lo que dice ésta! Que no ayudaría ni a cagar. Cágate tú sola - el tío.

- ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

- Eso, cágate tú sola, cágate tu sola –el padre de Andrés ya ha comenzado con su tic. Cuando encuentra un tic verbal, que haga gracia, ya no para. Es imposible contenerlo.

- ¡Cágate tú sola, cágate tú sola! –y apuntándola con el dedo.

- ¡Cágate tu sola, cágate tú sola! –prosigue su cuñado el Salvador.

- ¡Ja, ja, ja, ja!

- ¡Cágate tú sola, cágate tú sola!

- ¡Ja, ja, ja, ja!

- Han perdido la cabeza, ¿verdad Andresito?

- ¡Al albergue!

- ¡Ja, ja, ja, ja! Ahí los tenemos que llevar, ¿verdad?

Ya están en la orilla.

- Qué vista más preciosa para un cuadro.

- A ver si se anima mi hermano.

- Qué belleza.

- Estas montañas tienen algo de especial.

- ¿Verdad que sí, maño?

- El color, la tonalidad general, las colinas en forma de sierra. Ésta de la derecha mirar qué arrugas muestra, cómo enseña sus estratos a simple vista.

- ¡Me tiene que pintar algo mi sobrino!

- A ver, a ver si se anima, ahora que todo le va bien –mi madre.

- Ese chico, de tan listo que es, está un poco trastornado –dice el tío Salvador.
- Tú sí que estás trastornado, ¡chalo borrachón! -Patricia.
- ¡Cágate tu sola, cágate tú sola!
- Y mi padre también a coro repite y repite la cantinela tic.
- ¡Ay madre, ay que dos locooooos! -poniéndose el puño sobre la boca mi tía Patricia.
- ¡Ja, ja, ja, ja, ja!
- ¿Aquí fue, verdad Julio? -dice mi madre-, que se tiró el *Raspas* en la guerra cuando iban en el camión para matarlos a todos.
- Más adelante creo que fue.
- Y mataron al padre del Juanico, el del café. Que por eso te pusieron a ti su nombre.
- Sí, sí –dice mi tía Patricia. A Julio le cuesta mucho mostrar sus sentimientos.
- Y luego los ponía verdes el *Raspas*, que se hizo el muerto, pues dispararon sobre las aguas. Se metería entre algunas cañas, respiraría con algo. Y los ponía verdes cada año en la procesión: “¡Ay pecadores!, ¿cómo os atrevéis a acompañar a Jesús, a Dios, asesinos?” Y nadie decía nada, en el silencio de la procesión, ni la guardia civil.
- ¡Cágate tu sola, cágate tú sola!
- ¡Cágate tu sola, cágate tú sola!
- ¡Ay, ay, ay! Éstos han parado locos.
- ¡Cágate tu sola, cágate tú sola!
- ¡Cágate tu sola, cágate tú sola!
- ¡Ay madreeeeeee!
- ¿Pero estás tonto? –y mi madre le sacude tres palmetazos mientras a ella misma le dice varias veces, claro: - ¡Cágate tu sola, cágate tú sola!
- Franco era un cabrón –dice mi tío Salvador de repente.
- Pero él no sabía lo que pasaba detrás. Él estaba en el frente –dice mi madre.
- Pero él es el responsable –balbuceando, alterado por la cerveza y la política ya-. Él debe saber lo que pasa detrás de sus líneas. Por lo tanto, él es igual de asesino que todos estos del pueblo.
- ¡Ayyyyyyyy!, qué noche nos van a dar Isabel.
- ¡Ja, ja, ja, ja, ja! –mi madre.
- Pues cuatro palos a los dos.
- ¡Cágate tu sola, cágate tú sola!
- Porque él es el responsable, menudo matón asesino.
- ¡Cállate ya, borrachón!, si tú harías igual para bebértelo todo en cerveza –y le arrea un chuletón.
- ¡Estás maltratándolo! –dice el padre de Andrés-. ¡Cágate tú sola, cágate tu sola!
- Así que tengo el oído destrozado, Isabel.
- No le pegues en los oídos, Patricia.
- Pero si lo voy a matar. Siempre hablando de los demás y de sus borracheras no se puede hablar nunca nada, ¡cabronazo! ¡Ay que estar aquí todo el año para sufrirlo!

- ¡Cágate tu sola, cágate tú sola! –el padre de Andrés.
- ¡Cágate tu sola, cágate tú sola! –el tío Salvador, y con la mano en un oído.

Y así en el coche, dos viajes, hasta Alhama, pues en el primero se metió el tío Salvador, mientras que mi padre se quedaba a esperarme.

La noche cae sobre el horizonte contrario. La vega del Jalón ya se aprecia. Surge con fuerza, en medio, el viaducto del Ave. Más lejos el valle de Valldeloso, el viaducto de la autovía y Santa Quiteria. A la izquierda, el pueblo con su castillo, mientras que se divisa en medio, cómo penetra, el valle de la Zapatera hasta el fondo profundo del Jalón, en pleno pueblo. La visión pictórica es estereoscópica. La visión del corazón la acompaña en la sombra, siempre en la sombra.

- ¡Pasar, que está abierto! ¿Para qué llamáis?
- Que no sabíamos si estabais.
- ¿Pero dónde íbamos a estar, redíos?

Y los tíos de Andrés están sentados en los sillones de manera majestuosa. Se levanta mi tía. Mi tío ya tiene confianza.

- Estoy tan bien en la butaca que no me voy a levantar.
- Tú, hermano, sigue ahí bien tranquilo.
- Ya era hora que subierais.
- Bajar vosotros también.
- Pero vosotros os movéis más. Nosotros, hija, no salimos nunca de aquí.
- ¿Y el Marianete?
- Ahí dentro, en su cuarto está, leyendo o escuchando música. Ahora saldrá.
- ¡Venga, saca algo!
- Ahora voy, Mario, que acaban de llegar.
- ¡Venga, venga, venga! –dice el padre de Andrés.
- ¡Ja, ja, ja, ja, ja! –ríe el Marianete, que acaba de incorporarse en plena escena.

El soriano, ¡ja, ja, ja, ja, ja! ¡Venga!, saca las cervezas ya, ¡ostias!

- ¡Ya voy, ya voy! ¡Cuántas prisas!
- Ya viene el invierno, Ramona.
- Sí, hace un viento más malo.

- Pronto, hermana, a poner cazurros de leña en la estufa y a asar patatas, que con pimienta y aceite están muy bien.

- Y a hacer cocidicos con verdura, carne de ternera, tocino y chorizo, ¿eh, Ramona?

- Y tanto, ¡lo mejor!
- Y buena tajada y fruta y a ver la tele. En casa, en casa, que este invierno va a ser muy malo.
- ¡Bueno!, como todos –dice mi primo.
- ¡Soriano!, ¿cómo va la baraja?

- ¡Bah!, un desastre, ¡todos somos unos imbéciles, unos incautos! –Ya vuelve a hacer payasadas para que todos riamos. Es mucha suerte tener a un humorista en la propia familia.

- ¡Ja, ja, ja, ja!

- ¿Pero cóóó-mooooo? –dice mi tío Mario con la cadencia suya tan peculiar-. Pues a mí me dicen que tocas las cartas como nadie, que las sacas, las escondes y que nadie se da cuenta, que les juegas con memoria y que los dejas a todos con veinte palmos de narices.

- ¡Bah!, ¡incautos!

- ¡Ja, ja, ja, ja, ja! –mi primo está en su salsa. Tiene juerga gratis. La tele se convierte en un rumor más, quizá necesario, pero prescindible en cuanto a su atención en estos momentos. Sólo Andrés, más nervioso, mira y la remira de vez en cuando.

- Bu-eee-no, bue-nooo. ¿Qué va a ser esto, Bartolo? Ya pronto el invierno, otra vez a Barcelona, a ver a los catalanes.

-¡Otra vez a la mierda!

- ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

Mi padre sigue con su rustica basteza. Aunque es un sentimiento lógico porque ya se va del campo, ya se aleja de la tranquilidad, ya va a entrar a la locura, a la magia urbana, pero a la estresada ciudad que corre, que siempre está corriendo y no sabiendo muy bien porqué. Dicen que una ciudad se define a sí misma, como tal, por ese frenético correr nunca muy bien explicado.

- Pues la hija pequeña, esa de la plaza, la de las gemelas, está estudiando catalán para un trabajo.

- ¿Quién?

- Esa que son dos iguales, que su padre creo que trabaja en el balneario.

- Pues sé quiénes son, pero no sé cómo se llama su familia.

- La del Ciruelo, ¡coño! ¿Es que ya no te acuerdas, hermana?

- Bueeeee-no. Pues la del Cirueee-lo-. Se queda atónita la madre de Andrés. Son muchos años fuera de Alhama y ya las relaciones, los motes y los lazos se olvidan, los hay nuevos y ya son otros también.

- ¿Catalááán! –dice mi primo.

- Sí, para un trabajo.

- ¡Catalán!

Nuestro país vuelve a dar una vez más muestra de lo que es, en palabras de mi primo. Unos y otros nos odiamos, entre vecinos sobre todo, como las peleas que se dan entre miembros de pueblos de la misma zona, cuando fiestas. Unos exageran con la política nueva, otros están anclados en la vieja política, y mientras, el trabajador, el campesino, el funcionario, ¡todos!, dan alas a tópicos, que si muchas veces son más ciertos de lo que creemos, las sandeces, dichas por los mismos y de la misma forma, no se corresponden con un buen plan de futuro. En fin, siempre hay un pero en el paraíso de Andrés. Pero hoy no se va a amargar como cuando sufría del todo la enfermedad. Ahora hay límites, excepciones las que uno quiere y la libertad de estar aquí, lejos de la civilización, lejos del mismo Alhama, anclados en el cerro,

esperando quizá otra respuesta. Andrés, no obstante, encuentra en su madre y en su padre el fino y deseado equilibrio. Equilibran todo tanto, hasta lo imposible, que ¡claro!, esa es la fragua que ha forjado metal tan noble como el de mi amigo Andrés.

- ¡Bueno!, pues nos vamos, que vosotros tenéis que cenar ahora con vuestros hijos y nietos.

Acaba de llegar una hija con su marido y sus tres vástagos. No traen nada. Esperan con las bocas abiertas y el gallinero, por tanto, necesita de su ración.

- ¡Adiós!, ya nos veremos –no sé cuándo ni cuando nos dirigiremos de nuevo a los recién llegados, pues viven en otro pueblo y es el viento la moneda de uso y cambio en esta relación.

- ¡Adiós tíos, adiós primos!

- Adiós a todos. ¡Besos! –al aire.

Y bajan con sus bolsas y Andrés ve que el pueblo, frío y vacío a las ocho y media de la tarde, bajo el azul postal del cielo, tiene un sabor como el de aquellos últimos días de vacaciones, cuando su infancia, cuando su primera adolescencia.

Tres personas se ven por la calle Real, giran y se introducen por una más pequeña, serpenteante. Yo desde aquí arriba, maravilloso mirador desde el cerro, contemplo todo el horizonte vivo, la casa de los tíos de Andrés, los chamberineros, y más allá el fuerte edificio del piso de mi amigo, el héroe, el de sus padres. Yo tengo la mejor visión de Alhama. Puede que pronto me haga mucho más juez de la situación.

- Qué bien, hoy a comer en Berlanga, en tu pueblo.

- Sí, qué bien hijo, e iremos a comer al Pocilla. Le enseñaremos al tío Julio el Castillo, la Colegiata, la Arboleda.

- Que pida lo que quiera el tío Julio en vez de cubierto. Igual la tía Patricia.

- Cubierto ¿no? Si muchas veces es mejor.

- No, no.

- ¿Tú qué opinas Andrés?

- Deja que coman lo que quieran el tío y la tía. No te preocupes. No le des vueltas a nada. Tú siéntate en el coche y deja a nosotros la administración. Que no nos va a faltar de nada. No le des al coco.

- Bueno, bueno.

...

- ¡Huy, ya estás preparado, tío! –estaba ya andando delante de su casa. Él confía en su recuperación y qué mejor forma de hacerlo que andando mucho, que mostrarse activo y confiado, ya que el tratamiento está yendo tan bien.

- ¡Eh, Andrés! Hay que estar ya preparado de buena mañana, sino se pasa el tiempo y no has hecho nada.

- Muy bien, Julio. Así se hace.

Sale mi tía Patricia.

- ¡Buenos días! –y se ríe. ¿Quién, sino?, el tío Salvador- A Soria.

- A Soria la baturranca, como decía la abuela, la madre del Bartolo.

- Igual me quedo allí si conozco una buena chica –dice mi tío Julio. Un personaje obsesivo con las mujeres. ¿Es malo? Su necesidad biológica es mayor que en otros hombres, sin plantear estúpidas conclusiones de que él es más hombre o más macho que los comparados. Su biografía quizá explicaría mucho mejor parte del supuesto problema. Sin embargo, él es muy feliz. ¿Dónde está entonces el problema? Nosotros somos el problema, los que juzgamos algo natural y sobre lo cual no tenemos ni idea.

...

El viaje transcurre tan plácido, tan regularmente por estos llanos de la alta meseta castellana, donde pronto nace el Duero, que el caleidoscopio de mi alma vuelve a recordar la felicidad. Alentisque separa el Mediterráneo del Atlántico. Poco a poco vamos descendiendo.

- ¡Qué de dehesas! Aquí sí que hay campo para cultivar.

- Pero todo es seco, claro, y para que salga rentable, tiene que plantar uno mucho, mucha superficie. Aquí sí que hay terreno, eso sí.

- Y solo han de preocuparse de labrar, plantar y cosechar.

- Sí, sí.

- Los girasoles están casi negros. Los cosecharán ahora, seguro.

- Puede que los dejen sin recolectar. Muchas veces solo buscan la subvención, y como no hay control.

- Pero el girasol ha de recogerse bien seco, para que las pipas puedan caer al remolque. Verdes no se pueden.

Y como Andrés de campo sabe lo justo y más sobre la caída del sol sobre estos campos solitarios, sin gente, pues es más dado al punto de vista poético en el transcurrir del paisaje. El hombre aquí existe porque hay caminos, chopos plantados y pueblos con sus tejados tan españoles. Las iglesias son inconfundibles. El adobe juega fuerte en Castilla también. ¿Qué le falta a esta tierra que casi solo sabe ya contar su presente junto al de su pasado? Quizá nada, quizá ya ha cumplido en esta vida, por lo que su futuro no nos debería de preocupar tanto.

- Qué de carrascas. También hay chaparros por aquí.

Pronto el campo llano, cuando el seco se hará con todo el terreno.

- Pues yo fui con los *Toreros* a por paja. Anda que no hice viajes. Cuatro al día. Máximo llegué hasta Morón de Almazán.

- ¡Mira!, es el próximo pueblo.

Y su calle larga, de casas adobadas, de casas antiguas, muchas ya arregladas, de huella inmemorial, sombrea el asfalto. Nadie. Nadie camina sobre las diez de la mañana en este último septiembre. Y al fondo de la calle, como fondo pictórico, como *grasso*, los campos de diversos ocres, que se alternan en suaves pendientes. Nada más. La naturaleza está aliada con el hombre, aquí más que nunca. No hay nada más. No hay nadie.

- Ya desde aquí no conoces Soria, Julio.

- No. Qué de dehesas, qué de campos.

- Pero nada de fruta.

- Nada. El frío la mataría.

- La poca que hay es pequeñita –dice mi madre-. En Berlanga hay unas ciruelitas muy pequeñas, pero muy dulces-. Mi madre siempre equilibra un pueblo y otro. Su marido merece su propio orgullo. Berlanga, la verdad, es un pueblo maravilloso si se piensa más allá, libre de nuestros mezquinos pensamientos y de los actos ajenos, de incluso los actos del mismo Berlanga.

Y Almazán transcurre. El verbo transcurrir va muy bien con esta tierra. Tierra de celtíberos, de romanos, de bárbaros, de árabes, de cristianos, de castellanos. Pero aquí la historia se percibe mucho más lejana. Sí, ya sabemos cómo se toman las cosas de su historia los castellanos. Cómo los catalanes, como los andaluces, pero también de otra forma. A ello ayuda el que no hay casi gente, en que todo es pequeño, por lo que la Historia está más bien en los castillos, en los escudos, en las iglesias, en el aire. Las personas cuentan cosas del pasado con importancia y sin darle importancia. «*Sí, el Cid. Y pasó y se murió, y ahí está el castillo.*» Amo, sobre todo, las tierras donde ya no queda casi gente, donde la gente está muy próxima al barro que les creó, aquellos hombres y mujeres que se confunden con la planicie, con el mismo paisaje. ¿Suenan voces torturadas de noche, aquí, a modo de ánimas?

Cerca de Berlanga aparecen los bosques de pino resinero. Todo planicie, llanura, garabateadas por los cerrillos que sustentan castillos y atalayas. Sin nadie. Aquí también confluyen, en Berlanga, la Soria seca y una Soria más verde, mucho más arbórea.

...

- Y esta es la casa de la guerra.

- ¡Ja, ja, ja, ja!

De antiguas batallas entre tantos hermanos y hermanas. De conflictos que la cizaña de la mujer, sea hermana, vuelvo a repetir, o nuera o cuñada, alimentan. Qué bien lo refleja la poesía de Machado. La pobreza, el terruño tan afianzado, crea tan falsas expectativas. Una casa de adobe, de pino, que se cree una propiedad de ricos cuando fue la propia hermandad de sangre la que la construyó con los pocos jornales que se ganaron. ¡Cuánta ignorancia!

“*Ahora mis padres qué bien están en su piso de Alhama, nuevo y suyo.*”

Qué cierto.

- Lo mejor, habéis hecho lo mejor, Bartolomé, cogiendo el piso de Alhama. Esta casa estaba bien en su momento, pero ahora habría que arreglar todo el tejado. Tirarlo y hacer uno nuevo. Habría que poner nuevas ventanas, puertas. Los techos son bajos.

- ¡Que no, tío! Es mejor tirarla y construirla nueva. Estábamos equivocados cuando queríamos quedárnosla y reformarla, ya que nadie se hacía cargo. Cuando nos interesamos, todos aparecieron como lobos.

- La ignorancia. Lo mejor, como dices tú, es tirarla y hacerla nueva, cosa que ya no os hace falta. Nada de líos, ahora que estáis en Alhama. Quien quiera algo nuevo que lo pague, que lo construya.

- Creían que aquí había un pozo de petróleo.

- Qué bien habéis hecho, Bartolo –dice la tía Patricia-. Qué bien libres de tantos líos.

Es tan cierto todo este tipo de argumentos. Una familia solo necesita un lugar bien acondicionado donde vivir. Lo demás son gastos y preocupaciones. Hay que vivir el teórico poco tiempo que nos queda. Mejor sería decir: hay que vivir la vida, el tiempo.

...

- ¡Ah!, pues cómo ha cambiado el pueblo. Yo me acuerdo, cuando vine aquí hace...

- 30 años -expone un narrador.

- Estaban todas las casas rotejas. Las fachadas estaban muy mal.

(- Pero se respiraba poesía, paja y verdadero aroma rústico; trillos y mulas; borriquillos)

Los años de la segunda modernidad han mandado a mucha más personas a la ciudad, a Zaragoza, a Madrid y a Soria capital, sobre todo. Ahora hay mucha menos gente, mucha menos vida, pero esta escasa muchedumbre vive muchísimo mejor. El nivel de bienestar es muy superior al de la ciudad. Los que se aburren pueden hacerlo, pero es cuestión de cómo tomarse la vida. También hay coches y buenas carreteras para ir a las ciudades los fines de semana. Andrés se conforma con la misma Soria, pequeños lugares pero suficientes ambientes, caminos y paisajes, libros y poesía, música y películas, pensamiento.

Ahora la casa de la abuela se hundirá por la mezquindad de los hermanos de mi padre.

Suben al Castillo. A día de hoy lo lucen de noche, con iluminación de mercurio, contra el cielo estrellado. Están reformándolo por fin. Ya ha dejado de pertenecer a un dueño privado. En este país los amos no suelen dar vida a los monumentos. Las riquezas son muchos más mezquinas, como su carácter. Hay una grúa. Eso sí, puede permanecer anclada durante años. En este país las grúas de castillos e iglesias a reformar pueden pasar a formar parte del patrimonio del mismo monumento. Van mi madre, mi tía y mi tío por delante. Yo muy cerca. Mi padre tiene vértigo y se queda en la seguridad del plano. Le entiendo. Cuando pequeño yo sufría de tales delirios. Ahora que estoy mucho más desquiciado no me doy cuenta de los peligros.

- No, no.

Sorprendentemente hay una chica que pide 1€ por cabeza para ver el interior del recinto. No creo que se recaude mucho. No creo que sea la solución para sufragar los gastos. Debe ser meramente simbólico. La gran historia del pasado, de lo que hoy son centros deprimidos, debe sufragarse con impuestos sobre los centros que hoy rezuman frivolidad y afasia. ¡Je, je!

- 3 euros por cabeza. Para ver cuatro piedras.

- ¡Que no, tía!, que es 1 por cabeza y os ha visto a 3, pues $3 \times 1 = 3$.

La malicia es mayor. Los pueblos vecinos se odian y se tienen envidia. Siempre están compitiendo los idiotas, los imbéciles.

- ¡No, no! 3 por cabeza nos piden para ver 3 piedras.

-¡Que no!, que lo he leído en un papel que hay en la puerta.

- ¡No, no, no! –mi tía es muy terca. ¿Es aragonesa? ¿Los tópicos son ciertos? Ahora no tengo ganas de entrar en estos juegos que solo me hacen perder el tiempo y en los que creo cuando se explica toda la historia, toda la geografía, toda la economía, toda la antropología y todo el arte del pueblo y de sus artistas, sean más ricos o menos ricos.

Finalmente Andrés salta totalmente airado, totalmente enfadado, totalmente fuera de sí y con el matiz enfermizo que da la ira. «*Somos pueblerinos. No leemos. Los carteles que hay en las entradas de los sitios no existen. Solo vemos la tele y así nos va.*» Así puede resumirse su perorata. La acumulación visceral ha sido arrojada en un segundo. Queda totalmente tranquilo en esto, pero intranquilo por haberse mostrado violento. De todas formas, le perdonamos de nuevo. ¿Es solo culpa suya?, él que siempre se interesa por comprender, por mejorar, por curarse.

...

Pasa el tiempo y él se acerca de nuevo a sus tíos. Da conversación y se la devuelven. No quiere asustarlos ni que tampoco se enfaden.

...

Ya está todo arreglado. Ya han tomado un vermouth. Ya están en la arboleada y continúan hablando del pueblo.

A su tío le encanta una hoz natural que hay en la arboleada.

A su tía unos nidos de pichones. Hay muchos en la hoz.

- Los ajos, este año, muy mal, Bartolo. Todo seco. No los hay violetas.

- Si el Escalote baja seco.

- Seco, seco, Bartolo.

Aquí los primos hermanos se llaman primos carnales.

Ha muerto un primo carnal de mi padre. Él no se ha enterado.

- La Florinda solo llama para decir lo que le interesa. Mira que no decirte que ha muerto tu primo en febrero.

Es lo malo de la distancia cuando solo una vez al año contactas.

- Pues el suelo de las calles, Bartolomé, es mucho mejor que el de Alhama.

- Las fachadas de las casas qué bien están conforme a cuando vine.

Es sincera su dicción, Andrés. Él lo sabe y menos mal que la razón se ha apoderado del día. Después de comer, cuando van a ver a la alocada Florinda, una nuera cizañera de su padre, se empeña en enseñarles la casa a los nuevos visitantes.

- Tú, Patricia, habrás visto muy cambiado el pueeeeblo -con el deje tan propio de la zona y en el que sobresale el acento propio de la tía de Andrés, matizándolo todo a su manera.

- Sí, sí, Florinda, qué cambio, tan rotejo que estaba todo en su tiempo.

- Pues ahora vivimos como reeyees.

-

El silencio es la mejor contestación para Andrés. Él ya no finge. No puede hacerlo cuando todo es evidente. Hay personas que llevan la mentira ajena hacia adelante, incrementándola incluso, adornándola y esculpiéndola como si de un David de

plástico se tratase. Les gusta vivir siempre dentro de la mentira, provenga de donde provenga.

- Vamos a ver los chalets nuevos que han hecho.

- ¡Bah, bah, bah, ostia puta! –el padre de Andrés.

Y se van las tres mujeres. Y la tía de Andrés vuelve sorprendida. La verdad que son unos chalets hercúleos, realizados a base de piedra, mampostería y también con ladrillo vista. Son obras contundentes. Berlanga ha cambiado mucho y no es la pobre Soria de antaño, Patricia. Pero ¿dónde está la gente que los habita? Solo hasta última hora de la tarde, después de los trabajos, una pareja -sin casar, por supuesto. Ya no hay confianza-, quizá con un solo hijo, trasluzca a través de los cristales. ¿Para qué queremos ahora tanto espacio si ya no hay piernecitas de llorones que correteen por corrales y campos?

El suave paisaje es contemplado por individuos acristalados, que mayormente, como en todas partes, transmiten soledad y egoísmo. Estos seres pintan muy bien el nuevo paisaje, pero es tan falsa la composición de estos nuevos cuadros, de este nuevo estilo, que prefiero emborronarlos dentro de mi mente.

- Bueno, Florinda, ¡nos vamos! Me he quedado impresionada con Berlanga.

- ¡Pues que te creííías! –Ahí está una sinceridad, que si no fuese solo material, sería celestial.

Y vuelven. ...

Y retornan. ...

Y la planicie va quedando atrás como parte del corazón de Andrés. Parte de su vida, incluso antiguos amores jamás concretados, pululan también de noche, en el espectro invisible de la vida que aquí puede acercarse a tan remoto mundo de ánimas.

- Pues la casa de vuestra cuñada Florinda, de ladrillo vista, está mucho mejor hecha que la nuestra.

Andrés pone orden. Tampoco es cuestión de que la balanza tenga que irse forzosamente hacia el otro lado. Equilibrémosla.

- Tía, pero ahora que os la han arreglado, después de que ya está bien asentada vuestra casa, y con el color blanco, también está bien, es bonita. Además, vosotros tenéis terraza y patio interior. El garaje vuestro es más pequeño, pero la vista que disfrutáis es incomparable. Allí solo da a la calle. Hay cosas mejores y peores en cada una, como en todo.

- Es verdad.

Es verdad que el día ha sido, finalmente, bastante bueno. Su ira se ha olvidado y esa mezquindad entre vecinos no parece existir hoy en su familia. ¡Hoy es un gran día también! Alhama y Berlanga son dos jalones en mi corazón, inseparables, quizá diferentes, pero ¿a quién tienen que parecerse más si no es entre ellos? Glorias de mi España, de esa España que no quiero que pugne, de esa definición que casi nadie sabe ver, de esa sencillez paisajística para delicados y tristes corazones. Démosle música entonces con una jota, con una copla, y ya que soy de otra generación, ¡esa es la verdad!, pero asimismo de corazón triste y antiguo, despedámonos de hoy con *The Cars* y su *I'm Not The One*. ¡Bye!

- ¿Te has recogido, papa, tu carné de identidad, todos tus papeles?

El hombre de la casa tiene tan poca cosa que hacer en estos casos.

- Yo tengo que cargar con todo, limpiar la nevera, recoger todas las cosas, hacer el café para el termo, lavar lo del desayuno y estar preocupada porque nada se quede.

- ¡Venga, dime que hago, mamá!

- Tú poco, que después lo haces tú todo conduciendo, que ya no te ayudamos a nada. Pues ves sacando al recibidor las bolsas que ya veas cerradas. ¿Tú cama está hecha?

- ¡Claro! y no queda ya nada en mi habitación. Ya he dejado entreabierta su puerta. Te hago yo el café.

No es mucho su mérito y no sirve de nada una mínima justificación, pero algo es algo. Ahora se muestra mucho más activo en los quehaceres de la casa. El cansancio mental apenas ya existe. Muchas veces hasta no piensa nada, por lo que únicamente puede estar preocupado por las labores más triviales.

- ¡Ay cariño!, ¿qué haría sin ti?

El padre se pierde en tanta dispersión. Ha sido tan bien tratado, ha vivido tan bien desde que se ha jubilado. ¡Y antes! La antigua enseñanza, la antigua división del trabajo todavía está con él. De él no sale iniciativa alguna en las cosas de la casa. Tan solo exagerar la visión que sobre el gasto hay en el hogar. Pero ya no es tiempo de censurar nada sino de hablarle con palabras cariñosas. Lo contrario siempre es un error, porque él solo se enfada como un niño inocente, no como un carcamal. Y hay tantos carcamales, ahí fuera, haciendo daño de verdad.

- ¿Ya podemos comenzar a bajar cosas al coche?

- Sí. El gas ya está apagado. Cuando suba quito el agua y en el último viaje, cuando cerremos, la luz.

Hay cosas que se llevan a otro hogar, al piso de Barcelona para pasar el invierno, pero son tan insignificantes. Hay 2 hogares, 2 formas de vivir, hasta como 2 formas de amar, pero que se funden en 1 mismo objetivo. Los padres quisieran quedarse, pero desean estar con sus hijos en el fragor del combate. Prefieren su compañía, la de los niños, la de la familia de verdad. Allí del nido no salen después de las compras de la mañana, y eso cuando necesitan algo. El invierno también puede ser muy crudo por la humedad. Calefacción, refugio y conversación, pura conversación, aderezada con el mejor entretenimiento del cine.

- Yo ya me quedo aquí en el coche. Apaga la luz, mira que todo esté cerrado. No os dejéis nada.

- No te preocupes, amigo.

- Venga, mama, ve al lavabo, que yo también voy, y echamos después las cadenas. Cuando se carguen las cisternas, cierro el agua.

El piso ya ha adquirido el ritmo adecuado para reposar. Hasta Navidades no se volverá a llenar de vida. Ahora descansará con todos los sueños habidos durante este

verano. Los recuerdos poseen vida. Ya lo han cerrado. En el coche vuelve a preguntar su padre. Andrés quiere llegar ya a Barcelona. Es hora de comenzar un nuevo curso laboral, un nuevo ciclo donde diferentes cosas se repitan de la misma manera. Y salen a la antigua nacional y las montañas, cerros, valles, riachuelos, árboles y pájaros se les despiden pictóricamente. No hay prisas por llegar. El viaje tampoco es largo, pero es un deber continuar con paso firme. Ya han subido hasta la autovía. Ya han dejado el valle del Jalón. Ya están en las alturas.

Pasan Calatayud, donde han cargado gasolina y revisado las ruedas. Bajan el macizo y ya yacen sobre el llano de La Almunia. Una última estribación les abre el desierto de Zaragoza, a pesar del Ebro. Dejan el tramo de la autopista estatal para adentrarse en la bien adecuada de peaje. Siempre lo mismo. Muchos salen a la carretera Nacional. Qué triste, salvo casos justificados, meterse hasta Barcelona detrás de tanto camión, detrás de tanto vehículo lento. Necesita Andrés adelantar con seguridad cuando lo precise. Y eso que su media es de 110 km/h. Paran en el área de servicio donde los gorriones limpian de migas de pan el suelo.

- Tomad bonitos -mi padre es el ángel niño y mi madre la virgen niña, ¡claro!
- ¡Eh, ven, ven!
- ¡Ei, ricura!

Son de campo, quieren la naturaleza y además odian cualquier tipo de violencia por parte de las fieras salvajes. Los gorriones se les acercan sin miedo. Están tan acostumbrados a la gente estos animales de campo tan motorizados.

- Pues que pronto vamos a llegar.

- Hay que madrugar. Tampoco hemos salido muy pronto. A las 8. Y ahora son las 10.

- En Barcelona a las 2 de la tarde ¿verdad, hijo?
- O antes, pero sin prisas, como vayan las cosas.

La autopista culebrea con curvas de horizonte. Aquí en los Monegros el tiempo es planicie muy alargada. No es la Soria ondulada. Es otro tipo de paisaje, también bello para Andrés, con menos matices, porque la sequedad produce mayor uniformidad, pero por cierto, ¿os habéis dado cuenta de todos los detalles?

- ¿Ya en Fraga? ¡Jodo! -después de despertarse de una de sus cabezadas. El padre viaja muy tranquilo, sin ninguna preocupación, seguro y feliz.

La bajada hacia Fraga se toma con cuidado a pesar de los dos carriles. Catalunya ya se cruza.

- Otra vez en la mierda.

Se refiere a que la ciudad está cerca, a que la locura, la prisa y la falta de reflexión ya están aquí.

- ¡Oye!, que aquí nos hemos ganado el pan –dice su mujer.

- ¡Sí!, pero ahora es de locura Barcelona. Contaminación, ruido, prisas. Van como locos todos.

- Tienes razón, papa. Pero bueno, también pasaremos buenos días aquí, y durante el fin de semana cogeremos el coche e iremos a los parques y a las afueras.

- Vale hijo, tienes razón.

Lleida pasa, Poblet transcurre, campos más profusos y ricos, polígonos más incipientes, todo en conjunción hasta llegar al desvío de Valls. 3 carriles. Desvíos a Tarragona, Valls, Vendrell; Vilafranca, Sant Sadurní, desvíos a Sitges y al Pirineo. Ya nos lanzamos por el Baix Llobregat. Ciudades y ciudades. Transportes, trenes, desvíos al puerto y al aeropuerto. La Diagonal ya es ciudad y se debe circular a 50 km/h. Ya semáforos y pasos cebra paran la vorágine de la velocidad. Ya están aquí: «*En este pozo, en la mierda!*» «*¡Ja, ja, ja!*» «*Y Madrid, papa?*» «*Más mierda, mierda pa los Salinas.*» «*¡Ay, papa, malo, malo.*» Es una maldad venial porque critica lo malo de esas dos ciudades, cuando la mayoría presume de vivir en ellas. Podríamos retocarlas, sustituir el tráfico contaminante por el eléctrico, hacerlas más amables, en los trabajos ser menos hijos de puta, pagar los sueldos adecuados, bajar los alquileres indignantes, en fin, ¡gracias, políticos! ¡Gracias, hijos de puta!

- Mira cómo van los incautos, todos tristes y amargados.

- Pues ya verás mañana cuando vayamos al trabajo.

- Yo no salgo ya de casa hasta que vayamos al pueblo para Navidad.

- Pues haberte quedado en el hostel Avenida viviendo. Arriba de donde jugáis hay habitaciones. ¡Como si fuesen Las Vegas!

- ¡Mierda!

Y suben a casa toda la huerta, quesos y embutidos. Andrés aparca el coche en el garaje. Vuelve por las calles de la *dreta de l'Eixample* a casa. No extraña nada. Ya se ha acostumbrado a los cambios tan fuertes. Todo es ya previsible, y por lo tanto, mucho más llevadero. Va tan bien el nuevo tratamiento. “*Mañana de nuevo al trabajo y ya veremos qué pasa con las dos chicas que quiero. A ver por quién me decido y según ellas digan. Con calma, según las circunstancias; sin problemas, sin ansiedad. Así se ven mejor las cosas. De seguro que el resultado será el lógico. ¡Y cómo no! Hasta puedo perder a las dos.*”

En casa se come bien, como en el pueblo, y ya recogidas casi toda las cosas solo hace falta acostarse para la siesta. La correspondencia ya ha sido vista. A la tele se le ha dado un vistazo y la calle está soleada, pero ya soleada con ese sol mucho más frío, como en el pueblo, pero con algo menos y sí con humedad. Malo, malo. Hace menos temperatura para que nos congelemos sin darnos cuenta. Pero uno ya se conoce bien esta ciudad, en ciertas cosas tan maravillosa: como cualquier otra ciudad dispone, ¡cómo no!, de sus cosas muy bellas. Solo hace falta apartar, cuando interesa, sus cosas malas, las cosas malas que ha creado el hombre, porque naturaleza, naturaleza poca hay. Si acaso en las cloacas se matan ratas y cucarachas entre sí. Y las cucarachas hasta comen los cuerpos muertos de sus congéneres. En los parques suelo tener miopía. No me doy cuenta más que de su perfil general.

A 2016:

- El padre de Andrés ya murió. En el 2014.

- El tío Julio también murió. Murió al año de esta historia.
- El tío Salvador lo hizo en el 2009.
- El primo Pablo continúa en la cárcel. No hay perdón para los pobres, solo para los ricos.
- El primo Mario ya no bebe, lee el Corán a su manera y tiene 3 niñas hermosísimas con una mujer de Casablanca. Alguna vez toma alguna cerveza, pero ya no se emborracha y menos lo encontraréis durmiendo en el camino de la Vega.
- El sargento también hace años que no bebe y está destinado en La Coruña. Lleva muy buena carrera.
- Los demás pervivimos. Yo bebo menos. Andrés bebe menos. Gustamos todavía del alcohol porque parece que no nos afecta tanto aún. Tengamos todos mucho cuidado entonces, cada uno somos un mundo y no por no beber uno es menos hombre o menos mujer. ¡Qué gilipollices nos inculcan desde pequeños! Cánceres como éste hunden a la Humanidad como el hecho de prohibirlo.

Y es así como entre culpables y menos culpables, enfermos y menos enfermos, inmaduros y menos inmaduros, es como parte de mi familia ha decaído en el fracaso, en la enfermedad y en la insensibilidad. Somos como un ejemplo nacional de esta sociedad enfermada, aunque cuento con otra parte de la familia que va respondiendo con la mayor de las humildades y hasta con ciertas dosis de concentrado amor. Ya no hablo del amor entre Andrés y sus padres. Es evidente. Es de ida y vuelta, mejor dicho, Andrés lo ha recibido de sus padres y éste no ha de hacer más que expandirlo. Habría que insistir en la educación mucho más; mi familia no ha podido estudiar, pero la enseñanza actual solo se basa en lo técnico y sus padres fueron de los pocos que se creyeron y se aplicaron el mensaje evangélico. ¿Para cuándo en todas las disciplinas habrá, de curso obligatorio, una enseñanza socrática, ética, con toques de lo mejor de todas las religiones y escuelas del pensamiento laico y no laico? ¿Para cuándo los medios de comunicación informarán y enseñarán, dejando de lado su violencia y el morbo que le ponen a todas las noticias? ¿Para cuándo el fin de las guerras y de la competitividad económica, social, nacional y religiosa, motores de nuevas violencias? Muera el todo vale por el pútrido dinero.

FIN